

El espejo humeante

Gabriel Cebrián

Gabriel Cebrián

© STALKER, 2006.

Info@editorialstalker.com.ar

www.editorialstalker.com.ar

Foto de cubierta: *Uxmal*, Gabriel Cebrián

El espejo humeante

Gabriel Cebrián

El espejo humeante



STALKER

Gabriel Cebrián

Los hombres blancos no saben de la tierra ni del mar ni del viento de estos lugares. ¿Qué saben ellos si noviembre es bueno para quebrar los maizales? ¿Qué saben si los peces ovan en octubre y las tortugas en marzo? ¿Qué saben si en febrero hay que librar a los hijos y a las cosas buenas de los vientos del sur? Ellos gozan, sin embargo, de todo lo que producen la tierra, el mar y el viento de estos lugares. Ahora nos toca entender, cómo y en qué tiempo debemos de librarnos de este mal.

Canek, leyenda Maya.

Primera parte

Una suerte de temblor a medio camino con lo inmaterial, reflejo de sombras patinando al espejo desde el anochecer arrabalero, palillo en boca, tagarina entre los dedos, amargor de esputos a medio camino, como el temblor.

Crescendo en el silbido de la pava que indica que el agua para el mate ya llegó al indeseado hervor, como siempre, como todo en la vida, a resultas de no saber machacar la ocasión en caliente, como el fierro, según aquella copla tan vetusta como sus recuerdos.

Al borde del abismo, así se sentía; con la muerte escudriñándolo desde cualquier sombrío rincón del rústico cuarto, uno de los dos de la humilde casa en el barrio porteño del Abasto. Esa muerte que había ido acercándosele de a poco, como el animal temeroso que va tomando confianza y al que incluso alentamos, estirándole la mano. No como lobos que van estrechando el círculo, rezumando sus pupilas fierezas asesinas, no. Su muerte se aproximaba lentamente, procesando domesticidades, casi amancebándosele. No era una idea angustiante, no lo era mucho más que ese departamento sombrío, que esa vida declinante y también cosida con puntos de oscuridad, que esos recuerdos que afloraban una y otra vez como miasmas mentales, detritus de fantasmas ahogados en la incesante marea temporal.

Pero aún debía dar unas cuantas brazadas en aquella ominosa marea memorística, y hasta sumer-

girse, cuando estrictas necesidades así lo demandasen, para rastrear y bucear todos esos elementos que debía dejar consignados, a modo de testamento público; y que se referían a ciertos sucesos ocurridos no hace tanto, cuyos trasfondos esenciales jamás habían sido tomados con la seriedad que merecían. Y no pensaba llevárselos a la tumba, por más que ingresara a ella tomado románticamente del hombro de las parcas, bailoteando rondas o jugueteando manitas. No quería abandonar el mundo sin al menos hacer el intento de dar forma al legado que su reporte podía constituir.

Se incorporó de la dura banqueta sintiendo los rigores de rigor -que así lo pensó, anticipando esas incapacidades expresivas que, prurito tan pueril, eran quizá la causa principal por la que había postergado esta casi póstuma labor para sus diez de última-, desechó un poco de agua hirviente -que se bifurcó, según densidades, en vapores ascendentes y fluidos descendentes-; agregó un poco de fría y arrió pava y mate ya cebado a la mesa, donde papeles y lapicera lo aguardaban para comenzar una empresa que lo intimidaba casi tanto como los recuerdos. Agregó azúcar a la infusión, que para amarga estaba la vida -y todas esas cosas ya dichas, como los recuerdos, los resabios de tabaco rancio en la saliva, etcétera-.

Tembloroso de pulso y ánimo, puso manos a una obra que le insumió casi la totalidad del tiempo conciente de sus últimos días en este mundo.

Disculpen si no me expreso bien o no hallo las palabras adecuadas, lo cierto es que jamás pensé que algún día podía serme necesario contar con facultades gramaticales. Haré mi mejor esfuerzo, pero sobre todo en función de la claridad, que en este caso es crucial. El resto es solo crepitar agónico de antiguas vanidades, que se me han ido impregnando como la propia miseria, como el barro de las oscuras compendias de un destino que jamás comprenderé, aunque ya, a estas alturas, poco me importa. Sé que hay un más allá, he podido comprobarlo; lo que no he podido despejar es esa absurdidad que signa esta existencia y la próxima, y las siguientes, si es que hay, cosa que ya no me consta.

Mi nombre, si bien poco importa, es Eliseo Blanchard. Crecí en el barrio porteño del Abasto, y poco original fue mi infancia, así como mi primera juventud.

Así es que los hechos que motivan al presente reporte, comienzan cuando, al quedar imposibilitado mi padre por un desafortunado accidente, me vi obligado a buscar empleo; y lo hallé prontamente, lo que me hizo pensar que grande había sido mi fortuna. Nunca una presunción más inexacta, aunque el hecho de que no haya sido afortunado a ultranza, se debe pura y exclusivamente a mis incapacidades personales. Mas no debo adelantarme, o me daré de bruces contra los fantasmas que quiero exorcizar, haciendo así fracasar esta catarsis in extremis, ya de por sí funambulesca, tanto en modo como en intención. Es menester que cada elemento haga su aparición tem-

poráneamente, y no compulsado por cuestiones de tensión dramática, veleidades estilísticas o pruritos de estética; todo cuanto haga aquí su aparición sin puntual meticulosidad, sin una muy merituada dosis de oportunismo y ubicuidad, podría constituirse en el elemento caótico capaz de derrumbar este incipiente edificio hasta sus cimientos y dejarme sin siquiera la posibilidad de comunicar el prodigio del que fui testigo una vez y que, agazapado en los vericuetos de una realidad inestable al punto de la desesperación, quizá pueda dar a otro la oportunidad que tan estúpidamente desperdicié cuando estuvo a mi alcance.

Y en función de tales preceptivas, he aquí que advierto que estoy dejando una puerta abierta a ese elemento caótico tan temido, por cuanto su conjuro exige una cierta aclaración previa, y es la de que muchos, al momento de la eventual publicación del presente, argüirán que es el producto de una mente aberrada, e incluso podrían llegar a agregar crónicas judiciales e historias clínicas que, presuntamente, vendrían a demostrar la insania de Eliseo Blanchard y su tendencia morbosa y paranoide respecto de ciertos tópicos, que lo arrojaron a un estado alucinatorio casi irreversible. En respuesta a ello, básteme decir que, cansado de predicar en el desierto de una humanidad inconsciente y consiguiendo a cambio sólo recetas represivas (cuando no lisa y llanamente anulativas), decidí fingir la aceptación de mi delirio y la consecuente sanación del ficticio enajenamiento. Hasta hoy día, cuando con un pie ya en la tumba, nada queda de mí más que la voluntad de mostrar, a

quienes sean capaces de ver, la oportunidad que desde hace algunos años se esconde en algún rincón de la selva misionera, o en un cenote yucateco, o en algún lugar entre ambos pero situado en otra dimensión; oportunidad que temo haber perdido para siempre y a la que seguramente estoy alejando aún más con el rumor de esta pluma, con la que no obstante intentaré dejarla latente sobre estos papeles amarillentos.

Conocí al Profesor Neftalí Szrebro una plomiza mañana de otoño, no recuerdo exactamente la fecha. Apremiado por las circunstancias económicas que afectaban a mi familia –compuesta por mis padres y una hermana menor-, leía los avisos de oferta de trabajo en el diario que alguien había abandonado en un banco de la Plaza Miserere, cuando un hombre que entonces me pareció anciano, de escaso metro sesenta de altura, cabello y barbas canos, algo entrado en kilos y enfundado en un traje gris, se plantó frente a mí y me observó a través de los gruesos cristales de sus gafas.

*-Buenos días –saludé, algo incómodo. El hombre a-
qué! fue directamente al grano:*

-¿Estás buscando trabajo?

-Sí, señor. ¿Sabe de alguno?

*-Claro que sí. Verás, necesito un asistente personal,
un muchacho despierto y obediente. ¿Sabes tú de al-
guno, que cumpla con esos requisitos?*

-Obediente soy, señor. Y no sé si seré muy despierto, pero le prometo hacer mi mejor esfuerzo si me tiene en cuenta.

-Es una buena respuesta, por cierto. Casi te diría que estás contratado. La paga que pienso ofrecerte es muy buena, seguramente estarás de acuerdo con ella. Haríamos la prueba durante una semana, y si al cabo ambos estamos conformes, pues bien, el puesto será tuyo.

-Muchas gracias, señor.

-Si no tienes nada que hacer en lo inmediato, iremos a mi estudio, así lo conoces y vas poniéndote al tanto de tu tarea. Es acá nomás, a unas pocas cuadras.

Caminamos en silencio, al ritmo del paso cansino de mi empleador -que no se compadecía en lo más mínimo con mi estado de ansiedad, y me obligaba a esforzarme para no dejarlo atrás-. No pude evitar, en ese contexto, dar voz a una pregunta, que era expresión de mi zozobra:

-¿Podría decirme en qué consistirá mi labor como asistente?

-No te apresures. Tal vez sería bueno que antes de ello nos presentáramos formalmente, ¿no crees?

Nos dijimos entonces nuestros respectivos nombres, y eso fue todo. Hasta que ingresamos en un edificio de oficinas, atravesamos un largo pasillo e ingresamos en la número 21. Constaba de una pequeña sala de espera, dotada de mesa, silla y lámpara. De la pared frente a la puerta de ingreso colga-

ba una reproducción de El buey desollado, de Rembrandt. Junto a él, y al lado izquierdo de la silla, un teléfono amurado. Más allá, la puerta hacia un amplio despacho central; el que además del consabido escritorio -particularmente suntuoso-, contaba con una especie de laboratorio químico, dispuesto de modo que la luz que entraba por el amplio ventanal diera de lleno sobre él. Todo ese gran ambiente estaba presidido por una voluminosa reproducción lujosamente enmarcada de El alquimista, de Joseph Wright of Derby, dato éste del que, obviamente, iba a enterarme más tarde.

Apenas me permitió un soslayo de esa oficina principal, tanto como para cumplir con una mínima formalidad. Tampoco me explicó cosa alguna respecto de su actividad, o del propósito tanto de su bufete como del laboratorio. Szrebro simplemente me indicó que ocupara la mesa del antedespacho, en la que no tendría mucho que hacer. Sólo apersonarme a sus llamados -que efectuaría con una campanilla de mano-, atender las esporádicas llamadas telefónicas y consultar con él si serían o no tomadas, y hacer los recados que me indicara. Fuera de ello, debería efectuar cortos viajes en busca de elementos que necesitaría para su trabajo. Me despreocupó en el sentido que todos estos viajes serían a sitios cercanos, que podían realizarse en el día. Agregó que como tendría bastante tiempo ocioso, sería bueno que lo aprovechara estudiando cualquier cosa que me agradara.

No voy a negar que en aquel momento, como también durante los primeros tiempos de mi desempe-

ño, estuve exultante. Y más aún lo estuve cuando después de la primera semana de trabajo recibí una paga de quinientos pesos, lo que indicaba que serían alrededor de dos mil al mes. Sólo por permanecer allí, leyendo novelas de aventuras, atendiendo esporádicas llamadas telefónicas o yendo a hacer las compras y trámites del simpático y generoso Profesor Szrebro.

Al cabo del primer mes todo había transcurrido apaciblemente. Tenía suficiente dinero como para aportar significativamente a las magras arcas familiares, y aún me quedaba resto para darme algunos pequeños gustos, los que con el correr del tiempo y si lograba conservar ese interesante empleo, iban a ser menos pequeños, ello en cuanto algunos déficits históricos fueran siendo saldados. Así fue que mi lealtad al profesor y mi contracción a las escuetas tareas que me habían sido asignadas, fueron absolutas, signadas por una especial gratitud. Tanto así que comencé a experimentar cierta culpa por una incipiente curiosidad que comenzaba a crecer en mi interior, y que estaba dirigida al propósito de las actividades que desarrollaba mi empleador en su laboratorio. Pese a que trataba de reprimirla -diciéndome que no era asunto de mi incumbencia, y que el profesor probablemente pagaba tan bien para asegurarse una discreción tan tácita como absoluta-, inconcientemente mi pensamiento recurría a especulaciones sin mayor asidero, y que se disparaban sobre todo ante cada llamada telefónica. Los interlocutores de Szrebro e-

ran no más de cinco o seis, y todos hablaban español con dificultad, o con marcados acentos, diferentes entre sí. Podía reconocer a uno con acento alemán, otro parecía de tipo árabe, y por supuesto, el infaltable angloparlante. Otros dos o tres me resultaban inclasificables, de plano. No parecían en modo alguno africanos, nórdicos ni orientales. Más bien sonaban a alguna lengua de nativos americanos; pero claro, era ésta una presunción absolutamente infundada, al menos por entonces. No es difícil colegir entonces que semejante babel tirada al castellano se constituyese, como de hecho lo hizo, en motivo más que suficiente para azuzar la curiosidad de alguien que por sobre todas las cosas, estaba interesado en conservar aquel trabajo tan ventajoso. Ello, mas el aparente hermetismo que parecía rodear a las actividades del Profesor, me llevaban a barajar hipótesis que más que nada tendían a establecer fundamentos sobre los cuales apoyar las seguridades de mi continuidad laboral. Mas, como es evidente, no poseía los mínimos datos que me permitieran articular teorías ciertas al respecto. Así, todo lo que pude sacar en limpio fue que a los únicos que atendía en cada oportunidad que llamaban era a los de acento aborigen. Y en orden decreciente, al germano, al árabe y luego al inglés, a quien se dignaba a atender cíclicamente, y solamente al cabo de numerosas negativas previas, más o menos cada cuatro o cinco. Por lo poco que podía oír desde el antedespacho, mantenía las conversaciones en el idioma propio de sus interlocutores, lo que demostraba que además de sus aparentes quilates como hom-

bre de ciencia, también era políglota. Y todo ello coadyuvaba a excitar mi imaginación, aunque como ya dije, experimentaba esas lucubraciones como estigmatizadas de deslealtad, casi pecaminosamente.

Ya llevaba dos meses de desempeño cuando el Profesor me dijo que debía emprender mi primer viaje. Así fue que me dirigí a San Ignacio, Provincia de Misiones, con la indicación de esperar a alguien que me contactaría en una especie de almacén-bar que estaba situado cerca de la entrada a las ruinas de las antiguas misiones jesuíticas.

Me apeé del ómnibus, luego de casi trece horas de viaje, y me maravillé frente a esos caminos de tierra color sangre que se internaban entre el verde profundo de la selva. Hacía mucho calor, pero la emoción frente a semejante marco natural, adunado a la circunstancia de que nunca antes había emprendido un viaje más lejos de Buenos Aires que alguna incursión por la costa atlántica, hicieron que tanto el clima como el largo viaje fueran detalles nimios, irrelevantes de frente a la novedosa experiencia. Como el encuentro con el misterioso contacto estaba programado para algo así como tres horas después de mi arribo, tuve tiempo para asegurarme el boleto de vuelta a Buenos Aires y de recorrer la pintoresca localidad, deteniéndome especialmente en la casa-museo donde vivió Horacio Quiroga. Y por supuesto, visité las históricas ruinas durante un crepúsculo particularmente bello. Sí, aquel trabajo había sido una especie de regalo de Dios. Eso era lo que pensaba entonces; y tal vez haya sido así, de cualquier modo.

De camino al lugar del encuentro me sucedió algo extraño, que aunque en el momento no le conferí importancia, con el devenir de los acontecimientos, llegó a adquirir singular importancia. El hecho fue que camino al bar pasé por un puesto de venta de artesanías cuyo fuerte parecían ser las ocarinas -esa especie de instrumentos aerófonos de barro a los que los guaraníes, entre otras etnias, eran tan afectos-. Todos eran de forma ovoide, como aplastados longitudinalmente, y la mayoría pintados con motivos zoológicos, representando insectos y reptiles, además de otros decorados con signos de tipo tribal, de características aborígenes. Pero había una diferente, con forma de pájaro, con las alas extendidas hacia atrás y cogote y pico estirados hacia delante. Era puro barro cocido, sin pintura alguna, sólo relieves que insinuaban el plumaje. Nada tenía de especial más que su morfología diferente, que debe haber sido lo que llamó mi atención. La tomé para observarla mejor – cosa que no suelo hacer, debido a mi timidez constitutiva-, ante la mirada curiosa del anciano de ojos claros y biotipo europeo que estaba detrás del improvisado mostrador.

-¿Cuánto cuesta?

-Buena pregunta. –Me respondió, y añadió enigmáticamente: -Aunque hubiera sido mejor preguntar cuánto vale. Vale muchísimo, sí señor. Tiene un valor superlativo. Pero no te costará nada, al menos en dinero.

-¿Cómo dice?

-Que puedes llevarla, nomás. Es un obsequio.

-No, pero...

-Mira, mozo, el artesano que me la dio lo hizo con la indicación que el primero que la tocase sería su dueño, porque era la persona que eventualmente iba a necesitarla. Y esa persona has sido tú.

-No, pero no puedo aceptarla –casi balbuceé, no entendiendo del todo lo que estaba sucediendo, aunque una parte de mí se mostraba oportunista y codiciosa frente a una pieza que parecía ostentar una suerte de valor agregado de tipo espiritual –¿Y por qué se supone que podría llegar yo a necesitarla?

-Me haces preguntas cuya respuesta desconozco.

-Tal vez pudiera hablar con el artesano que la hizo, entonces.

-Es un mago poderoso. No tiene tratos con la gente, quienquiera que sea. Yo sólo recojo el material y a cambio le dejo mercaderías. Ni siquiera yo puedo verlo. Y si te digo adónde hallarlo, probablemente sería tu fin, y ciertamente el mío. Así que no tienes alternativas, la tomas o la dejas.

-Usted está burlándose de mí –le espeté, en una actitud casi inédita a tenor de las características anímicas que ya señalé; pero ello a cuento de que la situación, por alguna razón, me había alarmado bastante.

-Como broma, se trataría de una bastante estúpida, ¿no crees? No solamente no le encuentro mucha gracia, sino que además comporta una pérdida para mí. Podría habértela vendido por unos pocos pesos, los que, por otra parte, buena falta me hacen.

-Claro, y yo me quedaría más tranquilo si se la pago.

-Pues así sería, sí. Pero no se trata de eso. Te repito, la tomas o la dejas. Y si me permites un consejo, simplemente te diré que será mejor en todo caso que la tengas y no la necesites, que llegues a necesitarla y no la tengas.

-¿Y para qué se supone que podría yo necesitarla?

-Eso no lo sé, y tampoco es asunto mío. Lo único que puedo informarte es que se trata de un “llamador”.

-¿Un llamador? ¿Para llamar qué cosa?

-Originalmente, los llamadores se utilizaban para imitar el canto de determinadas aves con el propósito de darles caza. Pero luego los chamanes desarrollaron otros, que se supone que llaman espíritus, o entidades que no son de este mundo.

-Entonces éste, sería uno de esos, ¿verdad?

-Hombre, supongo que sí, pero no es cuestión mía averiguarlo.

-Y yo supongo que tampoco es cuestión mía.

-Sin embargo, tú has sido el primero en tocarlo. Y por lo que yo sé, este hechicero jamás se equivocó. Por eso te digo, tómalo o déjalo. Es tu decisión y tu responsabilidad.

Lo tomé, esperando fervorosamente que todas esas habladurías fueran sólo eso, habladurías. El sentido común y cualquier pauta de cordura estaban a favor de esa hipótesis. De todos modos, no me ani-

me a extraer el menor sonido de aquel extraño instrumento.

Ya estaba anocheciendo cuando ingresé al almacén. Solo estaban el dueño -o encargado, quizás- y tres parroquianos que bebían vino acodados sobre el mostrador. Ocupé una de las escasas mesitas y pedí un sándwich de jamón y una cerveza. Pese a la ansiedad que me causó el episodio con el vendedor de ocarinas, y a la expectativa por el encuentro que sobrevendría, tenía bastante apetito. Ya había terminado de comer cuando hizo su llegada mi contacto, de quien no sabía yo ni su nombre de pila. Vino directo hacia mi mesa y se sentó sin pedir autorización, sin siquiera saludar.

-Usted viene de parte del Profesor Neftalí –afirmó. Se trataba de un individuo de rasgos amerindios, aunque vestía un traje gris de neto corte occidental, camisa blanca y corbata oscura. Era enjuto, tenía pelo largo y renegrado al igual que sus ojos, sesgados, que sostenían una dura mirada que se clavó en los míos y allí permaneció.

-Sí -contesté, algo apabullado por la fijeza con la que me miraba, que le daba un aire casi alocado.

-Entonces estará al tanto de que el asunto que nos traemos en muy delicado.

Su actitud comenzó a molestarme. Y todos sabemos que las personalidades apocadas tienen una

fuerte tendencia a devenir en su contrario, estallido mediante. Conteniéndome, le respondí:

-No estoy al tanto de nada; solamente de que usted debe darme algo para el Profesor Szrebro, y ya.

-No es tan fácil, jovencito.

-Mire, el profesor me indicó que viniera acá y esperara a alguien que me daría un recado para él. Nada más que eso. Y no encuentro por qué debería ser complicado.

-Porque por ejemplo, debería yo estar seguro de que usted es lo suficientemente confiable antes de entregarle un material sumamente valioso.

-No he venido hasta aquí para dar pruebas de confiabilidad. Vengo de parte del Profesor Szrebro, y eso debería ser suficiente, mi amigo.

-No soy su amigo, ni lo quiero ser.

-Es una forma de decir, nada más. Y tenga por cierto que de acuerdo a su actitud, yo tampoco tengo el más mínimo interés en su amistad.

-Ya lo creo. Usted es blanco, de la Capital, y yo solamente soy un indio infeliz que vive en las afueras de un pueblo de mala muerte.

-Oiga, no salga con eso... ¿de dónde saca semejante ocurrencia? En ningún momento pensé...

-Ése es otro de los problemas, ¿ve? -Me interrumpió. -Que no piensa lo que piensa.

-¿Cómo dice?

-Digo que yo puedo ver lo que piensa, en un nivel profundo, y usted no. Y más allá de eso, no parece ser un sujeto que piense mucho, o al menos, correctamente.

-Oiga, está prejuzgando, y de una manera muy insolente. Terminemos con este asunto.

-Por eso le dije, no es tan fácil.

-Pero es usted quien...

-Claro, claro. Los indios tenemos la culpa de todo. Somos complicados, salvajes, incultos...

-¡Deje de poner en mi boca cosas que nunca dije! –Lo interrumpí ahora yo, realmente ofuscado.

...y cuando las cosas no marchan a su modo, según los códigos establecidos por los europeos o sus descendientes, adquieren ese tono autoritario con el que acaba de increparme.

-Mire, amigo...

-Ya le dije que no soy su amigo.

...indio, o lo que sea, con usted no se puede hablar. No entiende razones.

-Déle, nomás, siga discriminando.

-Yo no discrimino. Es usted quien me ha enredado en todo este asunto en el que no tengo arte ni parte.

-Conozco ese argumento: “Yo no tengo la culpa si estos indios de mierda se discriminan solos”.

En ningún momento había dejado de taladrarme con su mirada, pero ya no me incomodaba tanto. Llamé al encargado y le pedí una ginebra con hielo, sin siquiera preguntar a mi contacto si deseaba tomar algo.

-Bueno –le dije, copa en mano-, creo que no me interesa continuar hablando con usted. ¿Va a darme o no lo que sea que tiene para el Profesor Szrebro?

-Primero tendrá que demostrarme que es confiable. Ya se lo dije.

-Szrebro no me habló respecto de ninguna prueba que yo debiera dar.

-Eso a mí no me importa. Ésta es una cuestión entre usted y yo.

-Ve, está muy equivocado. Es una cuestión entre Szrebro y usted. Yo solamente soy el encargado de recoger lo que sea que usted traiga, y llevárselo. Eso es todo.

-No, jovencito. Eso no es todo. Si eso fuera todo, ya le habría dado el asunto y adiós. ¿O a poco cree que me hace feliz estar perdiendo mi tiempo con un porteño arrogante y racista?

Finalmente, el estallido anímico por fin se produjo, tal vez catalizado por el par de impetuosos tragos de ginebra que me había echado sobre el litro de cerveza:

-Mire, tal vez lo que voy a decirle sustente su idea de que soy racista, pero si sigue en esa vena, me veré obligado a patearle su sucio culo aborigen.

El moreno sonrió ampliamente, por primera vez en nuestra entrevista. A continuación, y sin dejar de mirarme a los ojos, dijo:

-Está bien, jovencito. Ha pasado la prueba. Tal vez sea un poco pusilánime, pero tiene garras que mostrar si las circunstancias lo requieren. –Estiró un objeto con forma de botella, o algo así, envuelto en papel madera y lo depositó frente a mí. –Ésta es una sustancia muy valiosa como para dejarla en manos de un flojo –añadió.

Y se retiró, y eso fue todo. Allí quedé, algo conmovido por tan singular personaje, con el misterioso paquete sobre la mesa, frente a mí. Tomé un par de ginebras más, y pregunté al bolichero por algún albergue para pasar la noche. No tenía ómnibus sino hasta el mediodía siguiente. Iba de camino, según su indicación, por una callejuela bastante oscura y solitaria, cuando oí pasos detrás de mí. Me volví, ligeramente alarmado, pero no vi a nadie. Tal vez había entrado en alguna de las antiguas casas de la cuadra. Continué, y volví a oírlos. Esta vez me volví raudamente, en pleno escalofrío, y tampoco vi a nadie. Y como en la anterior oportunidad, el sonido de pasos cesó de inmediato. Quienquiera que fuese, no habría tenido tiempo de ingresar en ninguna vivienda. Me agité, me quedé parado allí unos segundos, expectante, y luego emprendí nuevamente la marcha, agudizados mis sentidos por la alarma. Llegué al albergue canturreando, para evitar oír nuevamente el ominoso sonido del caminante fantasma; y debo haberlo conseguido, o quizá fue que había cesado, o acaso todo había sido solamente producto de mi imaginación, just my imagination runnin' away with me, -precisamente fue ese clásico del rock & roll que entoné casi como un conjuro-. Renté un cuarto rústico pero que contaba con una cama muy cómoda y un pequeño escritorio de estilo campestre muy antiguo, sobre el cual deposité el objeto que me había dado el misterioso indígena. Estaba cansado, un poco por el viaje y sobre todo por las últimas dos horas, que ha-

bían sido tensas, así que me arrojé de espaldas sobre la cama y creo que me quedé dormido con todo y zapatos. Y con la boca abierta, en orden a lo que sucedió luego, y que vino a hilvanarse en lo que sería una retahíla de sucesos angustiosos. En la frontera entre sueño y vigilia tuve la pavorosa sensación de que alguien estaba soplando dentro de mi boca. La cerré tan fuerte que mis dientes se entrechocaron, y me dolió bastante. Me incorporé agitado, pero en la penumbra del cuarto no parecía haber nadie, igual que había sucedido en la callejuela rato antes. Me dije que aquella sensación había sido producto de un sueño, al menos de una ensoñación, pero había sido tan vívida que tal argumentación no conseguía afirmarse en mi conciencia. Es más, un regusto amargo muy fuerte e inexplicable crecía en mi boca. Encendí la luz y traté de convencerme de que todo aquello era sólo producto de sugestión, trampas de una mente estimulada por la novedad del viaje y los sucesos que habían tenido lugar desde mi arribo a San Ignacio.

Me conminé a tranquilizarme, toda vez que el nerviosismo bien podía inducirme a otras experiencias alucinatorias, arrojándome así a una vorágine que podía desembocar en pánico. De hecho jadeaba, mi ritmo cardíaco estaba por demás acelerado y además sudaba frío. Así que respiré profundo e intenté volver a la normalidad, aunque más no fuera mis procesos fisiológicos. Pero ese intento duró apenas unos instantes, sólo hasta que oí las voces y me quedé tieso como una estaca:

<He's got the stuff. ¿May I kill him, now? >

<No, not yet. We've wait for a while. >

<We can kill the boy and take his money, to simulate a robbery... >

<Shure, but I told you, is not the time. Be patient. >

<Okay, as you said. You're in charge.>

Si bien pude oírlos con total claridad, mi deficiente inglés me permitió interpretar lo que acabo de transcribir, palabra más, palabra menos. No creo necesario consignar la zozobra que tales voces me provocaron, aunque sí quiero destacar la circunstancia de que no supe entonces desde dónde provenían. Sonaban claras y distintas, pero no por ello pude distinguir a ciencia cierta si me llegaban desde el pasillo, o estaban en mi cabeza, o dentro del cuarto. Ésta última posibilidad era desquiciante, pero parecía ser la más probable, a tenor de la claridad e inmediatez con la que las había percibido. Y además tal posibilidad se compadecía con el extraño soplado en mi boca. Para colmo habían hablado de liquidarme, por lo que el asunto tomaba un cariz desesperante. Examiné cada rincón del cuarto, esperando ver algún agujero en la mampostería, o cualquier otra cosa que permitiese inferir recovecos acústicos que eventualmente causaran esa escucha tan fidedigna de voces que por fuerza no debían haberse oído del modo que lo hice. No hallé nada anormal. Así que fui al baño a lavarme la cara y beber un poco de agua, más que nada para tranquilizarme. Mientras bebía, traté de

volver mentalmente sobre la hipótesis de la sugestión, y casi había logrado convencerme de que mi sistema nervioso excitado estaba jugándome una mala pasada, cuando me enderecé y tuve una visión que casi me mata del susto: en el espejo, justo detrás de mi hombro derecho, vi un rostro en sombras; un rostro cuya expresión, a pesar de lo sombrío, ostentaba una malignidad evidente, una especie de odio, locura y determinación asesina conjugados en un rictus pavoroso. Se desvaneció de inmediato, pero no así el sobresalto que me produjo y que casi me hace orinar en los pantalones. ¿Estaba volviéndome loco, así, de repente, y sin una razón definida? ¿O era acaso que el Profesor Szrebro me había metido en un atolladero de alcances insospechables? Ya no me parecía aquel viejo bonachón y generoso, y tampoco mi trabajo lucía, de buenas a primeras, como la bendición que había supuesto. Ahora parecía encajar todo: las reservas del viejo respecto de la índole de su trabajo, la generosa paga, la confidencialidad... al parecer era yo un agente tan inconciente como descartable. El temor cedió su espacio a la ira, y deseé fervorosamente ir a encararme con el viejo, exigirle precisiones acerca de lo que estaba ocurriendo y de paso, cantarle cuatro frescas.

De nuevo en el cuarto vi los dos extraños paquetes que había depositado sobre el pequeño escritorio. El desarrollo de los acontecimientos parecía darle la razón al individuo que me había obsequiado el supuesto llamador de entidades espirituales. Nunca, hasta ese momento, había sido yo proclive a to-

mar en cuenta seriamente asuntos de esa índole, así que contaba al menos con una disposición de ánimo que tendía a minimizar las posibilidades esotéricas, y eso me inducía a parapetarme detrás de pautas racionalistas que, gracias a la falta de nuevos avatares, ganaban terreno en mi mente. Al cabo de unos minutos me estaba fustigando a mí mismo, reprochándome por ser tan sugestionable y abandonarme sin más a supercherías pueriles, llegando al punto de alucinar de puro cobarde. Al día siguiente estaría de nuevo en Buenos Aires, entregaría el paquete a Szrebro y le contaría si no todo, buena parte de lo que había experimentado, tratando de ese modo de averiguar si había o no algo anormal en sus investigaciones. Pero aún así, me cuidaría mucho de poner en riesgo mi continuidad laboral en función de albures tan truculentos.

Bastante más tranquilo, y casi definitivamente convencido de haber reaccionado desmesuradamente a estímulos imaginarios, producidos por una extraña concatenación de experiencias novedosas y circunstancias atípicas, volví a arrojarme sobre la cama; eso sí, dejando la lámpara encendida, recostado sobre el flanco y con la boca bien cerrada. Luego de un rato de rumiar los eventos del día, por fin el agotamiento me indujo al sueño. Un sueño plagado de fantasmagorías tan profusas como difusas, tanto más inquietantes cuanto indefinidas.

Arribé a la Estación Retiro ya pasada la medianoche, y me dirigí directamente hacia el domicilio particular de Szrebro. Sabía adónde vivía por haber visto su dirección innumerables veces en las facturas de bienes y servicios cuyo pago estaba a mi cargo, y no era lejos, tanto de la Estación como de sus oficinas. El impacto de los sucesos de San Ignacio había sido mayor durante el viaje de regreso, cuando tuve oportunidad de analizarlos con más tiempo y mayor tranquilidad. No podía ni quería aguardar hasta el día siguiente para hablar con el Profesor. Toqué a la puerta de una casa de estilo colonial, de aspecto señorial pero sobrio. A poco recorrió la mirilla y luego abrió la puerta; no parecía haber estado durmiendo, puesto que estaba vestido y visiblemente despabilado. No se sorprendió de verme, sino que, por el contrario, pareció alegrarse. Me hizo pasar a la sala -también austera pero amueblada con muy buen gusto y decorada con reproducciones de pinturas tan agradables como las de su estudio-, y me ofreció café. Acepté, ciertamente me hacía falta uno.

-Disculpe que me haya tomado el atrevimiento de venir a su casa, y más aún a estas horas de la noche -comencé a explicarme.

-Has hecho muy bien, Eliseo. No hay ningún inconveniente. Es más, esperaba ansiosamente volver a tomar contacto contigo. ¿Cómo te ha ido en tu viaje? ¿Ha salido todo bien? -No pudo evitar que sus preguntas denotaran cierta urgencia.

-Sí, creo que sí -respondí, dejando un resquicio por el cual infiltrar las cuestiones que atosigaban

mi mente. –Aquí tengo lo que el extraño individuo ése me dio para usted –le informé, mientras abría mi mochila y buscaba el recipiente.

-Ah, qué bien. ¿Un individuo extraño, dices?

-¿Acaso no lo conoce?

-No demasiado; pero tanto personalmente, como por teléfono o por correspondencia, me ha parecido una persona de lo más común.

-Pues créame que no lo es. El poco tiempo que estuve con él se comportó de modo muy extraño – dije, mientras estiraba hacia él el paquete, que tomó con sumo cuidado, como temiendo que fuera a caer-sele o quién sabe qué cosa. Mientras iba a depositarlo sobre un escritorio junto a la ventana, preguntó:

-Ah, ¿sí? ¿Qué hizo?

-Fustigarme, insolentarse, acusarme de imbécil, racista y toda suerte de cosas que no tenían más asidero que su imaginación, febril por cierto. Incluso pretendió someterme a prueba.

-¿Dudó que hayas ido de mi parte?

-No, o al menos no dijo eso. En realidad, puso en duda mi capacidad para ocuparme de una substancia extraordinaria como parece ser esa que le traje. No fue sino hasta que me hizo estallar que dejó de recaer en sus comentarios denigrantes.

-Lamento que eso haya ocurrido. En ningún momento pensé que fuera capaz de una actitud semejante.

-No lo lamente, Profesor, no es para tanto. Se lo comento simplemente para que esté al tanto, no me estoy quejando ni mucho menos.

-No, claro, claro, eres un muchacho muy comprensivo.

-Y sin embargo, hay cosas que no comprendo.

Szrebro me clavó sus ojillos azules durante unos instantes, como sopesando los alcances de mi insinuación. Luego me preguntó:

-¿A qué te refieres?

-Mire, Profesor, voy a ser muy franco con usted. Le aseguro que soy una persona leal y que valoro mucho el trabajo que me ha dado; no quisiera que por ventura vaya a tomar a mal lo que me gustaría decirle. No se trata de curiosidad, ni de intromisión. Es sólo que...

-Te entiendo perfectamente –me interrumpió. –Y seguramente vas a ser tú quien deba perdonarme. Verás, necesitaba de tus servicios, y por eso me atreví a contratarte, pero mi intención fue y aún es mantenerte al margen de ciertas cuestiones, pero veo que gracias al imbécil ése de Albarracín, tal vez ya sea demasiado tarde.

Está de más que consigne aquí la profunda impresión que me causó aquella especie de exordio, formulado desde el más sensible abatimiento. Quise pedirle que dijera de una buena vez en qué demonios me había involucrado, pero no hallé mi voz, turbado como estaba. Sin embargo Szrebro, tal vez consciente de mi atormentado interior, sirvió los cafés y prosiguió con una serie de explicaciones, las que ciertamente me debía:

-No puedo decirte cómo y cuándo comenzó todo este asunto; quizás, o mejor dicho seguramente, hace miles de años. Lo cierto es que para nosotros comienza hace alrededor de cuatrocientos cincuenta...

-¿Tiene alguna bebida fuerte?

-Sí, brandy.

-Sírrame un buen tanto, si no es molestia.

-Está bien, también tomaré un poco. Me ayudará a dar orden y sentido a un relato tan extraño que si no fuera por las evidencias, lo asimilaría a una fantasía aberrada.

-Mire, después de lo que me ocurrió en San Ignacio, creo que podré prestar mejores oídos a esa historia.

-Tal vez será mejor, entonces, que me cuentes tú primero qué fue lo que te ocurrió.

-Temo que así condicionaré su reporte, y siento necesidad de que sea usted absolutamente franco con lo que tiene que decirme.

-Supongo que a contrario, porque de ese modo tal vez tenga menos reservas, aún inconscientes, para trasmitirte el asunto tal y como es, al menos desde mi perspectiva.

Le conté todo con lujo de detalles, y escuchó atentamente, mostrando claros signos de preocupación en los tramos más álgidos. Cuando hube concluido, meneó la cabeza, y ese gesto me confirmó que había ingresado yo en un terreno de difícil, sino imposible, retorno.

-¿Estoy en problemas? –Pregunté, verdaderamente alarmado.

-No sé qué decirte. Puede que sí, puede que no sea para tanto. El hecho es que no sé a ciencia cierta si la cuestión comporta un peligro mortal, o queda en la superficie de una vieja superchería neolítica. Mas de algún modo, todo en la vida parece ajustarse a problemáticas análogas. Esta misma copa de brandy puede ser sólo un trago inocente, o un estímulo para el ánimo decaído, o para infundir coraje; pero también puede ser el primer peldaño de una escala descendente hacia el alcoholismo, la decadencia y la cirrosis.

-Claro, profesor, pero éstos son enemigos mucho más concretos y manejables que fuerzas espirituales desconocidas, ¿no lo cree? –Relativicé su argumento, desde la nueva posición menos dependiente y sumisa a la que el derrotero de los acontecimientos me había elevado.

-Puede ser como tú dices, pero el hecho de haber vivido en peligro durante mucho tiempo me ha llevado a tomar las cosas de otro modo. Uno se acostumbra a todo. Pero voy a ir poniéndote en tema, aunque sea un poco, para que consideres por ti mismo si el asunto es tan grave o no lo es. Verás, hace muchos años, en la misión cuyas ruinas acabas de visitar, uno de los sacerdotes jesuitas que cumplía con su labor evangelizadora entre los guaraníes, caminaba por la selva en busca de setas cuando oyó unos quejidos en la espesura. Se dirigió hacia el lugar desde el que provenían y halló un aborigen que en

modo alguno era del tipo étnico de los de por allí. Tenía el cuerpo lleno de magulladuras y quemaduras, y ardía en fiebre. Sin dudarlo ni un instante, y en función de los valores morales de su orden, lo cargó y lo llevó a la misión. Fue nomás ingresar que toda la indiada dejó de lado los quehaceres propios de la hora y se arracimó en torno a ellos. Ninguno, ni siquiera los ancianos, había visto jamás a individuos como aquél, un moreno de pequeña estatura y ojos más sesgados aún que los de los guaraníes. Tampoco habían visto jamás ropas coloridas como las que cubrían el maltratado cuerpo. El hombrecillo, a pesar de los dolores y la fiebre, los escudriñaba con especial detenimiento. El sacerdote lo llevó hasta sus aposentos, lo depositó sobre su propia cama y le dio de beber agua con una cucharilla, con muchísimo cuidado y esmero. Temía que el extranjero fuera a morir de deshidratado. Luego, recorrió los ropajes y vio que la piel estaba estragada varios lugares, y que el dibujo que formaban las heridas sugería que había sido víctima de quemaduras realizadas intencionalmente; daba la impresión de que el pobre diablo había sido sometido a torturas inhumanas. Lo lavó con aplicación, tratando de evitar que la infección ya declarada continuara agravándose. A poco advirtió que sus escasas medicinas y su limitado conocimiento de las artes curativas probablemente no alcanzarían para salvarlo, así que dejó al pequeño enfermo temblando y convulsionando en su cama, y fue a pedir ayuda al médico brujo de la tribu. Grande fue su sorpresa al recibir de éste una negativa total e irreductible, formulada de

mala manera y sin mediar explicación alguna, ni aún ante los reclamos y las argumentaciones del piadoso hombre de fe. Ante tal situación, pidió ayuda al cacique, pero tampoco halló resultados, aunque sí ciertas explicaciones, que no resultaron nada tranquilizadoras. El cacique le dijo que el hombrecillo era un brujo poderoso, y que había llegado allí desde el lugar de donde nadie retorna.

“¿Qué lugar es ése?” Preguntó el sacerdote.

“Nunca estuve allí”, respondió el cacique, “pero creo que es el lugar al que ustedes llaman infierno”.

-Tras lo cual, y a pesar del esfuerzo, no pudo el piadoso hombre de fe precisar nada más. Conspiraban contra ello las diferencias radicales de sus cosmovisiones y, por supuesto, las barreras idiomáticas. Ni siquiera pudo aclarar cómo había sabido el cacique lo que creía saber, aunque consideró que se trataba de meras suposiciones, propias del pensamiento supersticioso de aquellas gentes.

Por tres días el buen jesuita cuidó del misterioso hombrecillo, desatendiendo toda otra cuestión que no fuese ésa, a la que consideraba una obligación insoslayable de caridad. Y en las pocas ocasiones que salió de sus aposentos advirtió que los indios del asentamiento lo miraban con recelo, sin preocuparse en lo mínimo por disimularlo. Luego de esos tres días, la fiebre había cedido, el paciente lucía mucho mejor y hasta era capaz de ingerir caldo de carne. Pero la situación lo obligó a varios conciliábulos con sus superiores —ya fuera el Corregidor, los miem-

*bro*s de Consejo de Indias o los demás religiosos-, y apenas si pudo mantener al moribundo bajo sus cuidados, a base de argumentaciones humanitarias casi imposibles de contrariar sin entrar en contradicción con los principios fundamentales de su Orden.

Al anochecer del tercer día, cuando el sacerdote tomaba la cena frugal de costumbre, oyó que el *hombrecillo* a sus espaldas decía:

“Gracias, buen hombre.”

-Dio un respingo y trató de domeñar el galope cardíaco que la frase, dicha en perfecto español, le había provocado.

“¿Acaso... hablas español?” preguntó anonadado.

“Sí, lo he aprendido de los hombres de metal que llegaron desde el mar, allí, en mi tierra, muy al norte de aquí.”

“Veo que estás mucho mejor...”

“Tal vez, desde tu punto de vista.”

“¿Qué quieres decir?”

“Que seguramente estaría mejor si pudiera morir de una vez, y ya.”

“¿Cómo puedes hablar de tal suerte?”

“Tal vez lo entenderías luego de vivir más de dos milenios, como yo lo he hecho.”

-Entonces el sacerdote pensó que la fiebre y el sufrimiento habían sido demasiado para aquel pobre hombre anciano y enclenque.

“Tal vez, tal vez...” concedió, con connivencia, respetando el desvarío febril, o senil, o ambos a la vez.

“No me tengas la cuerda” observó el anciano, con rudeza. “Lamentablemente para mí, estoy en pleno uso de mis facultades.”

-Entonces el jesuita recordó todos los prodigios y leyendas que había visto y oído en esas nuevas y extrañísimas tierras, y por un momento cruzó por su mente la alocada idea de que el viejo podía estar diciendo la verdad. Dios se mueve en modos misteriosos, se recordó a sí mismo, abriendo su corazón al extraño con una inocencia que no dejó de sentir como sagrada.

“Parece que tienes mucho que contar” dijo al fin, habilitándole tal posibilidad.

-El pequeño anciano levantó su torso, dejó sus pies colgando al borde del camastro, se estiró como quien acaba de gozar de un descanso reparador, y respondió:

“Tal vez tenga mucho que contar, sí; pero quien oiga mi historia puede verse inmerso en un drama de proporciones universales. Y justo tú, hombre benévolo y piadoso, pareces ser quien debe oír algo de lo que cualquier mortal, por cabal o valeroso que sea, huiría como de la peste. Déjame verte” dijo, mientras concentraba sus ojos semicerrados en la persona del Jesuita. “Sí, pues. Has cargado poca basura en tu vida, y la poca que llevas apenas si consiste teniendo en cuenta la grandeza de tu alma. No

en vano he sido devuelto aquí, y has sido tú quien me ha hallado. Espero que tengas bastante aceite en tu lámpara. Lo que tengo para contarte puede llevar un buen rato.”

-Y a continuación, el anciano comenzó a contar su historia.

“Casi he olvidado ya mi nombre, perdido en las brumas de una extensa memoria. Soy Tezcatlipoca¹, fundador de la estirpe de los Toltecas. Tal vez eso no te diga nada, pero ha sido mi linaje el que ha llevado la llama del conocimiento a lo largo de más de dos mil años, y ha sido también depositario de la llave que sella la puerta del mundo de los demonios.”

-El jesuita pensó entonces que el hombrecillo o bien desvariaba, o bien era una suerte de Jesucristo americano. Se dispuso a seguir escuchándolo con atención plena, a fin de dilucidar cuál de los supuestos era el correcto. Si bien era un hombre cuya fe se había cimentado según los cánones más ortodoxos, el trato con las culturas americanas había conferido a sus estructuras mentales una elasticidad impensable años atrás, en su tierra natal.

“Nací entre los Olmecas, en el centro ceremonial de Tres Zapotes. Mi padre, Omoteotl, era un hombre poderoso, y sobre sus espaldas pesaba la responsabilidad del bienestar material de nuestra gente.

¹ Espejo humeante.

No era un hombre de talante espiritual, era un hombre práctico; y yo hubiera seguido sus pasos si no hubiese sucedido lo que sucedió. Cierta día, cuando yo contaba con cinco años, más o menos, mi padre decidió llevarme en un viaje de negocios hacia el oriente, en busca de sal, la que obtenía a cambio de frijoles, cacao y estatuillas de jade. La sal de esa zona era la mejor, y mucho muy apropiada para fijar las tinturas de las fibras vegetales con las cuales teñíamos nuestros ropajes. Mientras mi padre estaba ocupado entre protocolos y regateos, un ave portentosa llamó mi atención. Me miraba, mientras se contoneaba como voluptuosamente, provocando iridiscencias hipnotizadoras sobre su plumaje negro brillante. Fue demasiado para mí. No pude menos que seguirla cuando se escabulló entre la maleza, siempre perdiéndola de vista y volviéndola a ver unos pasos más allá, como si desapareciese y volviera a aparecer, cada vez más bella, cada vez más mágica, onírica, irreal. No sé cuánto tiempo perseguí, embelesado, a la portentosa ave; lo cierto es que cuando de alguna manera conseguí romper el embrujo, temí haberme alejado demasiado de mi padre y sus ayudantes, por lo que me volví y grande fue mi sorpresa cuando no pude ver el pueblo, ni referencia alguna del lugar en el cual había estado sólo unos cuantos segundos antes. Estaba solo, en medio de un chaparral que se extendía hasta el horizonte en cualquier dirección que mirase. La sorpresa dio lugar al miedo, de modo que rompí en llanto y comencé a llamar a mi padre.”

“No sé cuánto tiempo estuve allí plañendo, llamando a mi padre a gritos, desesperando. Hasta que oí unas risillas y volví a espantarme. Parecían risas de niños, pero no podía ver a nadie por allí. Luego se sumaron escarceos en el matorral, a mi derredor, al parecer provocados por remolinos de aire. Presa del pánico, ahora sólo sollozaba quedamente, mientras los remolinos y las risas arreciaban. Sentí un impacto en la espalda. Alguien me había aventado una piedra. Me volví y vi a un individuo de mi misma estatura, vestido como los campesinos de la zona. Era de mi tamaño, pero adulto. Pero eso no era lo más extraño, lo más extraño era su rostro. Estaba cubierto por un pelaje corto, tupido y grisáceo, y sus ojos muy redondos y puro iris, junto a una especie de hocico, le daban expresión gatuna. Hubo otros remolinos, y a poco varios de aquellos duendes me rodearon. Me escudriñaban, con grandes sonrisas dibujadas en esos rostros que yo hallaba antinaturales, monstruosos. El que apareció primero me tomó de la mano y me condujo hasta un cerro, en el que había varias cavernas que eran sus hogares. Fue entonces que me di cuenta que siguiendo a la portentosa ave había ingresado en otro cemanahuatl², ya que momentos antes, cuando había mirado en derredor tratando de hallar el lugar adonde había dejado a mi padre, aquel cerro no había estado allí. Sólo había visto planicie y chaparral.”

² Mundo.

“Esas fantásticas criaturas se llamaban a sí mismas Aluxes, y yo fui el primer hombre de este ciclo en recibir su enseñanza. Pasé mucho tiempo con ellos, aunque no podría decir cuánto, porque mi existencia en ese plano se parecía mucho a un sueño. No obstante fui instruido en varias artes y ciencias, algunas de ellas vedadas a los hombres comunes por más esfuerzo o voluntad que pongan, tanto ellos como quienes pretendan instruirlos. Luego fue tiempo de volver a vivir entre los hombres, y llevarles los tesoros de conocimiento que aprendí entre los Aluxes. Créeme si te digo que cada persona que traté luego de este maravilloso e iniciático entrenamiento, me pareció inconsistente, vana, pueril, en comparación con los maravillosos hombrecillos de aquellos parajes de ensueño. Todo eran egoísmos, pasiones, brutalidad, avaricia, en fin... sin embargo pude fundar y establecer un linaje de sabios, a quienes llamé Toltecas, y en cuya compañía este mundo parecía menos salvaje y horrendo. Fui adorado y temido por mi gente, tanto así que me dieron el nombre que aún llevo por cuanto mi mera presencia les arrojaba el reflejo de su imperfección, instando a los mejores a superarse y emprender la senda del conocimiento, pero arrojando a la mayoría a verdaderas simas de desesperanza.”

“Mi linaje creció, en número y calidad, y pronto no hubo pueblo de la gran comarca que no tuviera como guía a uno o varios de los nuestros. Emprendimos viajes por reinos de conciencia desconocidos y tomamos contacto con seres tan extraños que ni si-

quiera imaginar podrías. Por un tiempo conseguimos que todo floreciera y que los dioses de la luz tuvieran sus veneraciones apropiadas, tanto así que erigimos una esplendorosa ciudad en su honor en el que luego se llamaría Valle de Teotihuacán, en un todo de acuerdo con las instrucciones que nos habían sido impartidas por las jerarquías más altas en nuestro peregrinar por los confines del infinito. Y todo continuó de esa suerte, los videntes atestiguaban la voluntad de lo Alto y las gentes, piadosa y benévolamente, evolucionaban y mejoraban día a día su relación con la tierra.”

“Hasta que un buen día, luego de officiar sacrificio a Tláloc, me dirigía a descansar cuando el aire comenzó a arremolinarse a mi paso. Mi corazón brincó de júbilo, ya que pude ver a Huitzilin, el Alux que me había abierto las puertas del conocimiento. Pero la alegría del reencuentro duró muy poco, por cuanto traía consigo malas noticias.”

El Señor Tláloc ha sido magnánimo conmigo, *le dije*, ya que luego de elevarle ofrenda me permite ver a mi buen amigo Huitzilin.

Pequeño habitante de Olman, ahora llamado Tezcatlipoca, igualmente feliz estaría yo de verte, si no me trajeran hasta ti vientos de muerte.

¿De qué hablas? Nunca los hombres han estado mejor, y rinden cuidadosamente los debidos honores a los dioses. Mira la ciudad que hemos construido en su nombre. ¿Por qué habrían ellos de castigarnos?

Éste vuestro mundo es muy grande, pequeño habitante de Olman, y no en todos los sitios los hom-

bres son tan justos como aquí. Allende el agua salada grande las cosas son muy distintas. Son tantas sus blasfemias y sus maldades que los demonios del inframundo están a punto de violentar el Miquiztli Calacoayan³.

¿Qué cosa dices?

Digo que luego de observar toda clase de masacres, pestes y guerras de codicia, el Dios de Dioses Hunab-Ku les envió en carne y sangre a Itzám-Ná, su hijo, para intentar enderezar las cosas, y estos impíos no tuvieron mejor idea que someterlo a torturas y luego acabar con su cuerpo terrenal. Entonces los videntes de mi raza se reunieron y concentraron su esencia, hasta que consiguieron comunicarse con Hun Ahau, el Príncipe de los demonios del Mictlán⁴. Luego de beber ceremonialmente licores de texometl y fumar apipiltzin cuidadosamente preparados por nuestros maestros yerberos, Hun Ahau se dignó a informar a las proyecciones astrales de nuestros sabios videntes, así que les dijo:

‘Pequeños guardianes de la milpa humana, creo adivinar por qué han emprendido un viaje tan indeseado por vosotros, y ciertamente azaroso. Vienen a pedir por los tlacameh⁵. Sólo una cosa puedo decir: mientras que el nagual iquizayo⁶ crece y se

³ Portal de la muerte.

⁴ Infierno.

⁵ hombres.

⁶ Nagual oriental. El nagual sería -entre otras muchas funciones y atributos- el componente universal que se asimila a la bestia

hace uno con sus cuerpos superiores, el nagual icalaquiri⁷ a punto está de desaparecer. Y casi ni puedo controlar a mis Tzitzimine⁸, que arden en deseos de conquistar los últimos vestigios de voluntad que les resta a vuestros tlacameh.'

Eso dijo Hun Ahau a los videntes Aluxes, pequeño habitante de Olman. Y ellos llegaron a la conclusión que la pérdida del nagual de nuestro pueblo se debe a las enseñanzas que te encomendamos difundir. Como has dicho muy bien, las gentes son piadosas, serviciales a los dioses y justas, pero se están quedando sin voluntad. En tiempos como éstos el nagual cordero será fácilmente borrado de la faz de la tierra. Y con él, se irá el conocimiento. Y con él, los Tzitzimine y todos los monstruos del Mictlán devorarán la milpa humana y abonarán con las heces todo su mundo de pesadilla.

Mi querido Huitzilin, *le dije entonces*, mucho me perturban tus noticias, y mucho más la responsabilidad de haber contribuido a la pérdida del nagual de mi gente.

No es tu responsabilidad, es consecuencia del extravío del juicio de nuestros videntes, que te enviaron a difundir la cultura tolteca en el momento menos adecuado para ello. Tan desolados estaban nuestros

depositaria de todas las pasiones bajas e instintivas, a la vez que de la voluntad que motoriza toda obra.

⁷ Occidental.

⁸ Monstruos infernales con forma de esqueletos que causarán el fin de este ciclo.

videntes que llegaron, como te conté, a aventurar sus energías a la propia guarida de Hun Ahau. Pudieron traer de nuevo sus cuerpos de luz, eso sí, pero ello fue después de que les fuera requerida una prenda. Una prenda muy dolorosa, a la que primero se negaron, pero luego la dejaron a tu criterio, pequeño habitante de Olman, hoy llamado Tezcatlipoca.

¿A mi criterio? *Le pregunté, sorprendido.*
¿Qué podría sugerir yo a los videntes Aluxes, que han sido precisamente quienes me han enseñado lo poco que sé?

Tú eres esa prenda, Tezcatlipoca. Hun Ahau te reclama. Caso contrario, vendrá por las conciencias de nuestros videntes. En caso que aceptes ofrendarte, deberás volver a mi tierra a prepararte para el aciago viaje, que tendrá lugar en el día fuera del tiempo de nuestro Tzolkin⁹, cuando podrás alcanzar la octava que te elevará a las dimensiones superiores.

¿Qué me esperará entonces, mi buen Huitzi-lin? *Inquirí, ahora abatido.*

Ojalá lo supiera, aunque sospecho que el malicioso Hun Ahau nada bueno debe traerse.

No puedo negarme, tú lo sabes.

Tu destino, pequeño habitante de Olman, hoy llamado Tezcatlipoca, es destino de grandeza, Eso sí lo sé, y lo saben nuestros videntes. Pero también sabemos que un destino como el tuyo sólo se realiza con sacrificios dignos de un verdadero Dios.

⁹ Calendario Sagrado Maya.

“Así fue que volví a la tierra de los Aluxes, donde fui recibido con todos los honores. Pero no hubo mucho tiempo para ello. Los sabios videntes, aprovechando el impulso que mi energía cobraba en aquellos parajes de ensueño, me dieron de fumar apiltzin y me mostraron mi nagual, que resultó ser te-colote¹⁰ y ello explicó una de las razones por las cuales el Maligno Hun Ahau me reclamaba. Mientras aprendía a manejar mejor mis cuerpos superiores, recibí las enseñanzas y la información que necesitaba para cumplir con mi destino. Supe que mi nagual había mermado tanto o más que el de las gentes a las que había brindado enseñanza, así que tuve que reconstituirlo alocadamente, sin pausa, entre viajes que aún hoy, después de milenios de visión, casi ni puedo imaginarlos, mucho menos recordarlos. Y supe también que los seres oscuros que incitan al nagual de los hombres muy pronto avivarían la flama egoísta de varios de mis sacerdotes, que iniciarían guerras tan sólo para apropiarse de mi legado espiritual; tal exacerbación funcionaría como las hierbas que en principio te envenenan para más luego curarte. Y aprendí además que los hombres nos creemos dueños absolutos de nuestra conciencia y decisiones, cuando en realidad somos meros instrumentos en manos de Quet-

¹⁰ Búho, mensajero del mundo tenebroso. Quien lo tiene por nagual muestra especial facilidad para hechicería y nigromancia.

zalcóatl, o Kukulcan, y Hun Ahau; simples piezas de un patolli¹¹ cósmico.”

“Entre vorágines y adiestramientos vislumbré el futuro de los hombres de la comarca. Orgías de sangre se desatarían en los sacrificios, propios de los cultos naguálicos violentamente renacidos; miles y miles de desdichados serían abiertos por las hojas de obsidiana y arrancados sus corazones palpitantes, otros morirían ahogados o arrojados al fuego, algunos más víctimas de flechamientos o despellejados. Se iniciarían guerras con el sólo fin de alimentar de sangre y entrañas a los dioses desbocados. Y supe también que todo aquel desvarío sería el resultado de mis acciones futuras. Y aunque fuesen necesarias para preservar un equilibrio superior, no dejaban de atormentar una conciencia espiritual que mi nagual aún no había conseguido extinguir totalmente. Sería yo quien iniciaría el ciclo de bestialización del pueblo de la gran comarca, quien desharía lo que durante muchos años había luchado por conseguir, de una manera drástica y completa. Aunque aún no sabía cómo iba a hacerlo.”

“Pero pronto llegó el momento de saberlo. Me vestí ritualmente con ropajes tejidos por las mujeres Aluxes, tan magníficos que me veía como un dios, comí todos los frutos sagrados y bebí y fumé carne y sangre de los dioses. Luego fui al pilar central del

¹¹ Especie de juego de la oca, en el que se utilizaban un tablero en forma de cruz, piedras de colores y frijoles pintados a modo de dados.

templo que los Aluxes habían levantado para la ocasión, me senté y encontré mi grado máximo de concentración, mientras los videntes, dispuestos en torno a mí, me prestaban su energía para guiarme en el viaje al Mictlán. De pronto todo se oscureció, y volé en mis alas de tecolote a través de un inmenso y serpenteante tun zaat¹² de cuevas tenebrosas, tapizadas con las sombras más dolientes que imaginar se pueda. Llegué hasta el cenote más sombrío que existe, nadé a través de él, y también de ríos de pus y sangre, salí indemne de la casa de los murciélagos, y así, cegado de oscuridades que sin embargo resultaban gratas a mi excitado nagual, de pronto me hallé frente a Hun Ahau, el Maligno. Sus ojos amarillos de serpiente eran tan feroces que ningún humano sería capaz de resistir su poder, pero yo no era ya un humano, o quizá mi humanidad se hallara entonces a cuidado de los Aluxes, no lo sé. Tampoco me afectaban los vapores sulfúricos que emanaban de sus babeantes fauces, ni las brumas de los huesos que pulverizaba todo el tiempo con sus colosales garras. Todo allí rezumaba oscuridades miasmáticas, y si algo pude ver fue gracias a mis enormes y sensibles ojos de tecolote. Entonces, el Príncipe de la Oscuridad me habló de esta suerte:"

Bienvenido al Mictlán, tlacatecolotl¹³. Veo que eres valeroso, has llegado hasta aquí casi sin pes-

¹² Laberinto.

¹³ Hombre búho. También cierta especie de demonio.

tanear tus ojotes. Es un placer para mí ver la resolución e ímpetu que ha tomado el fundador del linaje de los Toltecas, en tan poco tiempo.

No he llegado hasta aquí para ser objeto de tus burlas, oh Señor de la noche y de la muerte, *respondí con inesperado orgullo y altivez naguálicos*, sino a liberar a los videntes Aluxes de tu dominio. Dime qué debo hacer, y ya.

Podría devorarte ya mismo, y antes que te dieras cuenta tu tetonalli¹⁴ pasaría a adornar el cojín de mi trono, osado tlacatecolotl. Sin embargo, haré todo lo contrario: dispondré que tu energía jamás pueda unirse a la energía de la muerte. Tal vez me lo agradezcas, tal vez me odies por el resto de los tiempos, pero eso solamente dependerá de ti.

Sólo dime cómo tengo que hacer para desperatar el nagual de mi gente y a la vez salvar los cuerpos superiores de los videntes Aluxes. Sólo dímelo, y lo haré. Lo que pase después, será un asunto entre tú y yo, *le espeté, presa de un desbordado temperamento que me llevaba a ignorar la diferencia esencial que había entre el dios de la muerte y un simple hombre, ciertamente esclarecido, pero con el nagual en llamas y en absoluto control. Entonces Hun Ahau rió, y de sus fauces surgieron tal calor y hediondez que a punto estuve de terminar mis días allí, víctima de aquellos horribles efluvios.*

Está bien, tlacatecolotl, será como tú digas, *replicó con sorna, luego de aquella incuestionable de-*

¹⁴ Alma.

mostración de poder. Y comenzó a explicarme que: ese flojo de Quetzalcóatl yace tranquilo con su sacerdotisa Quetzalpétlatl, desde que tú y toda esa inmunidia alux de toltecatl y pendejadas le hicieron todo el trabajo, en tanto nos dejaban sin nuestro merecido tributo de sangre. Poco le importa a él, que se hace llamar padre de los hombres, que éstos pierdan su nagual y queden alelados, sin voluntad, a merced de quienquiera que venga a avasallarlos. Pues bien, tlatecolotl, si quieres que tu pueblo recupere su nagual, y los videntes Aluxes sus cuerpos superiores, irás a verlo y pondrás las cosas en su lugar. La serpiente emplumada, señor de Tollan, debe abandonar su reino con humillación, y verse condenado a una larga estancia aquí, en el Mictlán.

Si debo hacerlo, oh Señor de la noche y de la muerte, lo intentaré, pero... ¿cómo podría yo engañar a un dios tan poderoso?

Mictlántecuhtli, el heraldo de la muerte, ya no puede tocarte, y ello así por mi designio. Eso sólo ya casi te convierte en dios. Veremos si tienes el coraje y el ingenio suficiente para ser uno cabal.

“Así me habló Hun Ahau, el Maligno. Entonces mi nagual, alentado por los Aluxes, por mí mismo y sobre todo por el Señor de la noche y de la muerte que me había elevado casi al rango de un dios, tomó abiertamente las riendas de mi ser total y se lanzó a la elaboración de una estrategia para engañar al buen dios Quetzalcóatl, a quien había dedicado toda mi devoción hasta hacía muy poco. Y mi oscuro y

agudo ingenio de tecolote urdió un plan impecable. Llegué a Tollan, con la apariencia de un anciano andrajoso y desvalido para que el buen dios no fuese a reconocer a quien supo ser el más fiel y ferviente de sus sacerdotes -aunque todo el tiempo mi tecolote ancestral me repetía que en verdad la vieja serpiente se había reblandecido, y merecía y necesitaba volver a foguearse un poco en la fragua del Mictlán-. Así que sin dudarle me presenté ante él, dispuesto a abusar de su misericordia.”

¿Qué deseas, buen anciano? Me preguntó, y desprecié su tono melifluo.

Honrarte, oh Señor de Señores, con el elixir más noble que ha sido destilado en tu honor, *respondí con malicia*. Desde muy lejos he venido, desafiando los peligros del camino, sólo para agasajarte como lo mereces, y después poder morir en paz.

Puede que te conceda larga vida, oh viajero, solamente por tu devoción. Y si tu elixir es tal y como dices, tal vez hasta te integre a mi consejo de sabios.

Sólo que me dirijas tu santa palabra es un honor mayor a cualquiera que pudiera haber soñado, insigne señor.

¿Y de qué se trata ese prodigio, buen anciano?

Se trata del octli, zumo de la sagrada planta mayahuel, el que convenientemente preparado se transforma en esta bebida que creo, sin temor a ofenderte, que es digna de un dios como tú.

Veamos si es cierto, *dijo, y bebió el primer cántaro. Su paladar, adormilado como lo estaba de*

frugales alimentos, estalló en un gozo inédito, y de ello me valí para seguir sirviéndole un cántaro tras otro. Al cabo de varios, el dios, ebrio ya, me indicó beber con él, a lo que mi nagual accedió con beneplácito. Cuando ya la serpiente lucía desplumada por los efectos del pulque, y mi nagual se había entonado lo suficiente, lo dejé abrazado al recipiente e irrumpí en sus aposentos, donde hallé a la sorprendida Quetzalpétlatl y la poseí por la fuerza. Eso al principio, claro, por cuanto del mismo modo que había ocurrido con Quetzalcóatl, a poco su nagual tomó el gusto del mío y despertó de una manera que, si no hubiera estado dominado yo por un salvajismo primario, probablemente me hubiese visto abrumado. Entonces, sin perder un instante, cegado de vicio y del poder que me confería haber derrotado al propio Quetzalcóatl, hice honor al nombre que me habían dado los hombres. Tomé mi espejo humeante, que me fue alcanzado por uno de los demonios que había venido a asistirme, y enfrenté al dios con la denigrante imagen de su absoluta beodez. No acababa de reaccionar del espanto que le causaba la visión su debilidad, cuando con cruel malevolencia dirigí el espejo para mostrarle la imagen de Quetzalpétlatl en violenta unión carnal con otro de los demonios que Hun Ahau había enviado en mi apoyo. Eso fue demasiado, el golpe de gracia. Los vi arder a ambos en un fuego que el propio dios encendió, para ir a precipitarse voluntariamente con su sufrimiento y su oprobio al Mictlán, en donde los esperaba un exultante Hun Ahau, para entregarlos sin más a Mictlántecuhтли, el descarnado

señor de los muertos. Así fue como me apoderé del Tollan, y que la gran comarca se convirtió en un inmenso caldero de sangre y fuego.

“Pero ésta es sólo una parte de mi larga historia, buen sacerdote que te has ocupado de mi maltrecho cuerpo planetario. Sé que piensas que soy sólo un viejo loco y enfermo; y tal vez lo sea, pero recuerda que una cosa no quita la otra. Antes de demostrarte que todo cuanto digo realmente ocurrió, me gustaría que supieras qué fue de mí desde entonces, bajo el influjo de mi nagual y el dominio del Maligno Hun Ahau.”

“Mucho me conmueve tu historia, venerable anciano” dijo el buen jesuita, “pero deberás conceder que no se trata de una que puede asumirse como verdadera sin gran esfuerzo.”

“Por supuesto, noble misionero. Pero ten en cuenta que si no fuese por la desinteresada ayuda que me has brindado, ya mi nagual hubiese puesto patas arriba todas tus ideas acerca de lo que es o no real.”

“Sin embargo, creo que mi buen juicio responde a la inspiración del único Dios, Amo del universo.”

“Y todo lo demás son aberraciones producidas por el demonio, ¿no es eso lo que crees?”

“Probablemente, gran parte de ese ‘todo lo demás’ lo sea. Pero el saber humano no es suficiente para afirmarlo rotundamente.”

“El saber humano con el que intentas confrontar es solamente una parte, casi ínfima, de lo que

puede llegar a ser la totalidad del saber que puede alcanzarse.”

“No me interesa el conocimiento que puede alcanzarse contrariando la Sagrada Ley de Dios.”

“Finalmente vas a lograr impacientarme... ¿qué puedes saber tú de las leyes sagradas, si estás frente a un dios y ni siquiera te atreves a reconocer lo que tu esencia ya sabe?”

“Mi esencia sabe que estoy frente a un anciano sabio, y probablemente entrenado en muchas artes y ciencias espirituales cuyos secretos desconozco. Pero no me dice en lo mínimo que esté yo frente a un dios, como afirmas.”

“Eso lo único que demuestra es que has perdido gran parte del contacto con tu esencia, sino todo. Pero demos tiempo al tiempo, ya volveremos sobre esto. Ahora es tiempo de contarte, como ya dije, qué fue de mí bajo el influjo de mi nagual y el dominio del Maligno Hun Ahau.”

“Cuando Quetzalcóatl y Quetzalpétlatl estuvieron en poder del Dios de la muerte y su energía se hizo una con él, mi sabio nagual me dijo que me esperaba una trampa. El Maligno, ciego de un poder tan grande como nunca había tenido, no soltaría ninguna de las presas que había cobrado. Supe que tanto mi conciencia como la de los videntes Aluxes serían las próximas gemas de su corona, así que eché mano a mi temple guerrero e intenté volver al Mictlán, para morir luchando por mi libertad y la de mis amigos. Pero el trayecto que casi sin el menor esfuerzo había recorrido aquella primera vez se transformó en la

peor pesadilla que la mente más febril imaginar pudiera. No sé cuánto tiempo perdí en los serpenteantes e intrincados senderos del Tun Zaat, los ríos de sangre putrefacta me envenenaron, no hallé referencia alguna en la encrucijada de los cuatro caminos, por lo que logré tomar el correcto recién después de recorrer tres de ellos; los murciélagos fueron tantos y tan agresivos que atravesé su cueva a costa de jirones de mi carne, y así, debilitado y enfermo, tuve que enfrentarme con Xochitonal, el dios caimán que protege la morada del Maligno, en su propio y pestilente pantano. Conseguí derrotarlo, pero ello fue a costa de mis últimas energías. Llegué al palacio de Hun Ahau desfalleciente, tanto que creo que hubiese muerto de no haber sido porque el Maligno había sellado esa puerta, dado que tenía otros planes para mí. Y grande fue mi desazón cuando lo hallé sonriente, su espantoso rostro reluciendo de gozo, y dos nuevas y rutilantes gemas sobre su frente, y lo peor, tras de él, agrupadas en perfecto orden de combate, las tropas de Zotzilaha Chimalman, el general de las tropas de la oscuridad. La visión acabó con las escasas energías que me quedaban, de modo que no pude hacer otra cosa que acatar los designios del maldito Hun Ahau, que habló de esta suerte:”

Bienvenido otra vez, valeroso tlacatecoltl. Has cumplido muy exitosamente el cometido que te convertirá en un dios, pero... ¿qué es esta actitud de venir a mis dominios, ultimar a mis criaturas y pretender hacer lo mismo conmigo, amo de tu vida y de

tu muerte? ¿Es que tu renacido nagual jamás tendrá suficiente?

Eres el amo de mi vida y de mi muerte, como bien dices, *respondí entre estertores de fatiga pero con belicosidad*, pero también eres el amo de la traición y la mentira.

Puede que lo sea, valeroso tlacatecolotl, y pensándolo bien, seguramente lo soy. Sin embargo, viendo cómo te has comportado con tu dios Quetzalcóatl, tales artes no parecen serte ajenas en modo alguno, *respondió con sorna*.

Bien sabes que lo hice porque necesitaba proteger a mi pueblo y a mis amigos Aluxes.

Sí, por cierto. Como también es cierto que cuando la bestia se desata y toma el gusto de la sangre, resulta muy difícil, sino imposible, ponerle coto de nuevo, ¿no es así?

Parece que así es, oh Hun Ahau, como el padre celestial y dios de dioses, el grandioso puro de esencia Téotl, dispuso las cosas, luego de separar la naturaleza en macho y hembra, bien y mal, nagual y espíritu, dejándonos a los hombres a mitad de camino para que al final de los tiempos, y luego de grandes esfuerzos y purificaciones, volviéramos a ser uno con él.

Bonita reflexión, valeroso tlacatecolotl, pero has dado voz a una grosera equivocación. Como ya te lo dije, ya no eres un hombre. Los hombres mueren, tú ya no podrás hacerlo. Y tu nagual, inspirado por la energía de la muerte, ha ultimado a más de un dios, por lo que con total legitimidad, puede decirse que compartes con creces esa condición divina.

No me interesa ser dios. Solamente pretendo que dejes en paz a mi gente, a los Aluxes y a mí.

O sea, pretendes que la existencia en el Nahui-Ollin¹⁵ continúe apaciblemente su evolución hasta volver a integrarse con el Supremo Téotl... *dijo entonces el Maligno, con aire de estar rumiando algo.*

No parece una pretensión desmesurada pedirte que me ayudes en tal sentido, ya que acabo de prestarte un gran servicio al entregarte al buen Quetzalcóatl y a su hembra.

No me has prestado servicio alguno, simplemente has saldado la deuda que contrajeron conmigo los videntes Aluxes.

No quiero manifestar dudas sobre la veracidad de tu palabra, oh Señor de las Tinieblas, pero bien sabes que esa deuda es solamente el resultado de tus malas artes y tu prepotencia.

No sé si eres temerario o estúpido, tlacatecoltl, pero en todo caso tu coraje o tu estupidez parecen ser tan grandes como tu amor por los hombres...

Y por los Aluxes, claro.

...eso iba a decir. En ese caso... *sopló su hálito pestífero directamente hacia mi boca, y sentí cómo se asimilaba a mi ser de modo permanente...* voy a encadenarte al Miquiztli Calacoayan, la puerta entre tu mundo y éste, y serás tú quien determinará cuántos de mis demonios son necesarios para mantener con vida y despiertos a tus miserables tlacameh y a tus enanos y peludos amigos.

¹⁵ Mundo actual, dominado por Tonatiuh (Dios del sol).

En este punto interrumpí al Prof. Szrebro, ante la imposibilidad de contener una pregunta, o más bien una observación, relativa a la analogía entre esos efluvios del Maligno hacia las fauces del supuesto dios y el extraño soplado en el interior de mi boca en el hotel de San Ignacio.

-Yo también lo pensé cuando me contaste lo que te había ocurrido, pero no quise hablar de ello. Básicamente porque quizás vayas a pedirme respuestas que no tengo.

-Hábleme lo que sepa, con total franqueza, y no escatime, que a mi vez sabré entender cuando no pueda responderme.

-Pero así puede que el orden de mi exposición se vea alterado, Eliseo.

-Mire, profesor, no quiero que se ofenda, pero el disparate que me está contando no parece tener mucho orden que digamos. Quiero decir, como fábula, todo bien, pero no me va a decir que algo como eso puede haber ocurrido...

-¿Entonces por qué te inquieta tanto la analogía con el soplado en tu boca? Está bien, tómalo como sandeces, que tal vez la razón te asista. Yo, a estas alturas, no estoy muy seguro de que lo sean. En cualquier caso, lamento haberte involucrado, sandeces o no.

-Yo no dije que fueran sandeces.

-Dijiste disparate. ¿o no?

-Bueno, pero no es lo mismo. De veras que me interesa oír su historia, sobre todo lo que tiene que ver con esos “soplidos”.

-Lo único que puedo decirte es que algunos hechiceros lo llaman Camapotoniliztli, que significa mal hálito. Dicen que ocurre cuando un demonio del inframundo reclama a la persona a la cual sopla para una tarea determinada.

-Oiga, no estará inventando todo esto para luego reírse de mi credulidad, ¿verdad?

-Ojalá fuera eso. Estaría mal, pero en el contexto tal vez no sería lo peor, ¿no lo crees?

-No sé qué creer. Y toda esa cuestión de dioses, y naguales... usted porque sabe y está acostumbrado a ese tipo de cosas, pero póngase en mi lugar... usted me explica, y todo, pero tiene que darse cuenta que esas cosas son nuevas para mí.

-Claro que me doy cuenta, y celebro que seas un muchacho inteligente y despierto como para oírme sin perder los estribos. Pero también debes creermelo cuando te digo que estoy siendo absolutamente serio mientras hablo esto contigo. Bien dices que son temas y cuestiones que estudio desde muchísimo antes de que nacieras, y te aseguro que no son paparruchada sino que son verdaderamente peligrosos; y como te dije, no pensé que te arrastraría hacia ninguna clase de conflicto. Lo menos que puedo hacer, a partir de allí, es ser honesto contigo. Y ayudarte en lo que esté a mi alcance. Ahora quiero que conozcas el resto de la historia, para bien o para mal, y después sólo nos restará esperar a ver qué sucede.

-Tiene que ver con el frasco ése que le traje, ¿no?

-Todo tiene que ver con todo, pero si quieres entender algo, déjame tratar de ser claro, que ya bastante me cuesta transmitirte una historia semejante. Había llegado a contarte que el malvado Hun Ahau, mediante un poderoso sortilegio, encadenó a Tezcatlipoca al Miquiztli Calacoayan, uno de los portales dimensionales que separan nuestro mundo del Mic-tlán, encomendándole la tarea de regular el flujo de demonios necesarios para mantener despierto el nagual de la gente de la gran comarca. Y le concedió la gracia de contar con el buen Alux Huitzilin para que lo mantuviese informado acerca del desarrollo de los acontecimientos en el mundo de los hombres, lugar en el que ya era reverenciado como el dios malévolo y tramposo que había conducido a la ruina al buen Quetzalcóatl, tanto así que hasta habían desarrollado rituales de sacrificio aberrantes para granjearse sus favores, o al menos para aquietar su ira.

“Así permanecí durante un tiempo que me pareció espantosamente largo” continuó relatando Tezcatlipoca al buen jesuita, “aunque en el tenebroso portal no había referencias para poder determinar cuánto, recibiendo los reportes periódicos del buen Huitzilin, y dejando pasar las energías maléficas que consideraba necesarias para mantener activo el fuego animal de nuestros guerreros. Sabíamos que el peligro venía desde el oriente, por lo que había dejado traslucir Hun Ahau a los videntes Aluxes en su fatí-

dica entrevista, pero no sabíamos bien cómo o cuándo la amenaza iba a materializarse. Huitzilin me dijo que los videntes toltecas anunciaban que el propio Quetzalcóatl retornaría desde esa dirección, pero a contrario, él y yo coincidíamos en que ya no había posibilidades para la buena serpiente en este ciclo”

“Dediqué toda aquella anodina existencia a calcular exactamente cuánta energía oscura necesitaban los hombres para mantener ese salvajismo naguálico que les permitiera defenderse, a la vez que resignando la menor cota de espiritualidad posible. A pesar de lo que puede interpretarse como brutalidad lisa y llana, o incluso crueldad injustificada e injustificable, los hombres de la gran comarca mantuvieron celosamente su actitud reverente para con los dioses y la naturaleza; y pese al caudaloso tributo de sangre que las deidades del inframundo exigían como tributo a cambio de mantenerlos con sus defensas en alto, jamás perdieron de vista la necesidad de elevarse, fueran o no agradables los modos y la forma en que creían que debían hacerlo. No digo que estaba orgulloso de mi labor en este sentido, pero realmente sentí que estaba haciéndolo del mejor modo posible, dadas las circunstancias. Mas cometí un error, un error grave, como por otra parte mal podría ser de otra manera tratándose de cuestiones tan serias y de equilibrios tan sutiles. Y ese error consistió en tomar como cierta la palabra del gran falsario, Hun Ahau. El Maligno me utilizó para cebar el inmenso animal de sacrificio que terminó siendo mi gente.”

“Y aquí debo ingresar en un terreno que quizá pueda zaherir tu espiritualidad, oh buen sacerdote que te has apiadado del viejo Tezcatlipoca. Mas debo hacerlo, pues, ya que de otra manera falsearía el mensaje que tengo para ti. Seguramente conocerás mejor que yo las aberraciones que han cometido y siguen cometiendo los tuyos en nombre del buen Téotl.”

“¿A qué se refiere?” inquirió con expresión de desagrado el jesuita, intuyendo ciertamente por dónde venía la crítica.

“Sabes muy bien a lo que me refiero. Mi gente puede haber cometido sacrificios atroces, pero, equivocada o no, siempre los ha ejecutado en función de una demanda espiritual. Los tuyos, en cambio, continúan aún hoy día desatando verdaderas masacres a partir de cuestiones relacionadas con la avidez y la dominación política, anteponiendo sin embargo el sagrado nombre de Téotl para justificar su infamia, su lascivia y su avaricia, que nada tienen que ver con él. Han llevado a la máxima expresión de la carnalidad lo que en un momento les fue conferido como una bendición desde lo Alto. Y eso, claro, hizo que Hun Ahau los encontrara mucho más adecuados para ejecutar su obra de corrupción. Así que mientras yo custodiaba celosamente el Miquiztli Calacoayan, como te he dicho, intentando regular el flujo de energías oscuras para que los tlacameh no perdieran ni su animal ni su espíritu, el Maligno dejó que sus demonios actuaran con entera libertad en el campo fértil que la venalidad de los de tu raza ofrecía.”

“Satán no tiene más poder que el que el propio Dios todopoderoso le confiere”, señaló el jesuita muy molesto, sobre todo porque sentía que en su estancia en el nuevo mundo muchas veces no había conseguido dejar de establecer comparaciones entre la humilde espiritualidad de los aborígenes y la arrogancia inflexible de sus cofrades.

“Bien sabes que existen jerarquías, no te hagas el tonto. El grandioso Téotl no va a estar todo el tiempo ocupándose de asuntos que definió en el momento mismo de la creación. Y dispuso las cosas de modo tal que sus criaturas tuviesen oportunidad de elegir, pues de otro modo no habría posibilidad alguna de evolución. E hizo cargo a Quetzalcóatl del espíritu, en tanto encargó la bestia a Hun Ahau. Y los tla-cameh llevan en sí el germen de ambos, por lo que se constituyen en el campo de batalla entre estos dos extremos. Pero mi visión me dice que no estoy haciendo otra cosa que afirmar ideas que en tu fuero interno conoces perfectamente, aunque tu fe y tu formación te impidan asumir tales conocimientos. Lo cierto es que los seres oscuros azuzaron la codicia de los hombres blancos del oriente hasta el punto de llevarlos a atravesar el agua salada grande en busca de poder y riquezas. Y para servir a los designios de Hun Ahau, exterminando la simiente de espiritualidad que, aún a pesar de todas las asechanzas del Maligno, continuaba floreciendo.”

“Fue entonces que se presentó ante mí el buen Alux Huitzilín, agitado y presa del pánico, a anoticiarme que se veían naves en la costa occidental, con

enormes telas desplegadas al viento que lucían grandes cruces. En un momento comprendí, gracias a mi entendimiento fogueado en tantos años de ejercitación mística durante aquel encadenamiento al portal de la oscuridad, que el destino había dado un vuelco. Huitzilin me informó que los videntes toltecas creían que era el propio Quetzalcóatl que regresaba de su periplo por el inframundo, en tanto que los videntes Aluxes no acordaban con ello, por cuanto estaban seguros de que se trataba de hombres comunes, aunque esencialmente perversos y sanguinarios. Al punto advertí que eran los Aluxes quienes estaban en lo cierto. Y luego, a sabiendas de las atrocidades que los hombres barbudos de allende el agua salada grande comenzaban a ejecutar contra mi gente, intuí la nueva traición de Hun Ahau, que se hizo patente cuando abrí de par en par las compuertas del Miquiztli Calacoayan, esperando que los seres oscuros acudieran en tropel para dotar a los tlacameh del salvajismo necesario para su defensa; pero grande fue mi sorpresa al ver que la nefasta energía iba a aunarse con la de los hombres blancos, y no con la de mi desdichado pueblo. Ante tal situación, me apresuré a cerrar la puerta maldita, pero no pude. De entre la legión de demonios surgió Mictlántecuhltli, el descarnado señor de los muertos, y me lo impidió, para que luego, entre vapores sulfurosos y hediondez de ultratumba, hiciera su aparición el Propio Hun Ahau.”

Volvemos a encontrarnos, tlacatecolotl, me dijo, entre alientos infernales y con esa típica expresión

de sorna en su monstruoso semblante. Puedo ver que no has fogueado lo suficiente a tus pobres tlacameh, ya que se han desmoronado ante apenas un puñado de hombres blancos.

Un puñado de demonios, dirás, especialmente cebados en tu miserable veneno, *le espeté, a sabiendas de que bien podía estarme granjeando terribles sufrimientos.*

Sigues desconcertándome, tecolote piojoso, ya te dije una vez que no sabía si eras temerario o estúpido, y créeme si te digo que aún no he podido dilucidarlo. Pero ya es hora que empieces a pagar el precio de tu arrogancia. Si tanto quieres a tus enclenques tlacameh, muy bien, volverás a ser uno de ellos. Claro que no voy a devolverte tu mortalidad, porque un castigo que se precie de tal no debe durar un suspiro. Anda, pues, y trata de enfrentar a los orientales, ya que tu pueblo es incapaz de hacerlo. Muéstrate ante ellos y diles que es inútil que imploren a su serpiente, porque su piel tapiza mi trono, gracias a tu traición. Ve y enfréntate con el oprobio de reconocer ante ellos que has sido tú quien los ha dejado tan indefensos que un puñado de guerreros está dando fin a su mundo.

Un puñado de demonios, como te dije, alimentados por el fuego de tu pestilente averno.

Tal vez sea como tú digas, pero a quienes debes convencer de tal cosa es a ellos. No creo que estén dispuestos a aceptar que quien entregó a su dios bondadoso es inocente y nada tiene que ver con su desgracia.

Sé muy bien cuál es mi responsabilidad, y aceptaré gustoso cualquier reproche que los buenos tlacameh tengan que formularme. Nada me hace más feliz que dejar de servir a tus designios, de manera consciente o inconsciente. Tarde o temprano, el misericordioso Téotl, el esencialmente puro, pondrá las cosas en su lugar.

¿Y qué es lo que te hace pensar, presuntuoso tlacatecolotl, que eso y no otra cosa es lo que Él está haciendo? ¿Acaso supones que con tu escasa ciencia puedes desentrañar los asuntos de Téotl? ¿Acaso crees que eres mejor que yo, el Señor del Mictlán, para interpretar su voluntad?

No me atrevería a afirmar tal cosa, pero sí sé que estoy más cerca de Él que tú y toda tu cohorte de seres miserables.

“Mi argumento fue tan incuestionable que dejó al Maligno sin otra respuesta que la de su ira. Su rostro se contrajo en una espantosa mueca de odio, y sopló hacia mí con tal violencia que me vi transportado por un huracán de pestilencia y fui a dar con mis adoloridos huesos a la formidable ciudad que los Mexicas habían construido sobre un gran lago y a la que habían llamado Tenochtitlán, sólo para ver cómo se convertía en ruinas humeantes, y ríos de sangre corrían por sus calles. Caminé entre el humo, la muerte y la desolación, como ebrio, viendo a los blancos y barbudos demonios enfundados en trajes de metal, montados sobre bestias y diseminando muerte con el fuego del Mictlán. Y lo peor, asistidos por mu-

chos tlacameh que, convencidos de que se trataba de dioses por toda aquella parafernalia que el Miserable les había proporcionado, se habían aliado a ellos para ayudarlos a desatar aquella orgía de muerte y destrucción. Ya que no podía morir, me senté y traté de elevar mi conciencia para comunicarme con los videntes Aluxes, para que me ayudaran a decidir qué acciones debía tomar en medio de aquel holocausto. A poco lo conseguí, y así fue que me enteré que el Güey Tlatoani¹⁶ Moctezuma estaba ya en poder de los invasores, y probablemente ya había muerto. Y que un sobrino suyo, un guerrero llamado Cuauhtémoc, al comprobar -luego de ultimar a unos cuantos- que se trataba de hombres y no de dioses, continuaba dándoles dolores de cabeza; pero ello sería por poco tiempo, porque algunos demonios invisibles que los orientales habían traído consigo envenenarían su sangre y lo matarían de una enfermedad contra la cual nada podrían los más poderosos tepatl¹⁷. Y así, el imperio más poderoso de la Gran Comarca llegaría a su fin. Ya ves que nada puedes hacer, pequeño habitante de Olman, me dijeron finalmente. Lamentamos haberte arrojado a un destino tan cruel, pero así ha sido dispuesto desde lo Alto. Sólo te resta preservar la sabiduría Tolteca para que en tiempos futuros los tlacameh puedan abreviar de tal conocimiento y desarrollarlo cabalmente, cuando los astros y los dioses abonen la milpa humana de gérmenes propicios.”

¹⁶ Gran Orador, el emperador Azteca.

¹⁷ Sanadores.

“Ni bien hube terminado de comunicarme espiritualmente con los videntes Aluxes sentí que mi cuerpo planetario, recientemente recobrado, era levantado en vilo. Las fieras humanas me habían apresado, y a puros golpes fui conducido hasta el palacio real, adonde un demonio barbado impartía febrilmente órdenes de muerte y saqueo. Su vileza era tal que poco tenía que envidiar al Maligno Hun Ahau en tal sentido.”

Dicen que eres un brujo poderoso, *me dijo por intermedio de una mujer mexicana que hablaba también su lengua*, tan poderoso que hasta se dice que eres un dios.

No soy un dios, soy sólo un hombre. Pero es cierto que he visto demasiadas cosas de este mundo y de otros, oh tlacataztalli¹⁸. Y mi sabiduría me permite decirte que tus acciones en contra de mi gente están inspiradas por el Señor de la Oscuridad, Hun Ahau.

No sólo reconoces que eres un hechicero, merecedor del peor de los tormentos, sino que además te arrogas el derecho de afirmar qué cosa es de Dios y cuál del diablo. Viejo demente, un salvaje como tú jamás conocerá el Reino de los Cielos. Venimos en nombre del buen Dios de los Ejércitos, a limpiar esta tierra de los demonios y de sus sacerdotes. Así que, como evidentemente eres uno de ellos, primero serás sometido a tormento, hasta que abjures del poder de

¹⁸ Hombre blanco.

Satán, y luego te favoreceremos dejando que tu alma se purifique en la hoguera.

“Durante el tiempo que siguió fui torturado con hierros candentes y sometido a todo tipo de interrogatorios. Aprendí a mitigar el sufrimiento elevando mi conciencia, y sólo di voz a lo que creí adecuado para menguar el daño que esos desenfrenados hombres infligían a mi pueblo. Entonces fue cuando aprendí tu lengua, oh misionero que te has apiadado del viejo Tezcatlipoca. Allí me encontraba, mi cuerpo flagelado y humillado cotidianamente, hasta que en medio de mis sueños atormentados apareció Huitzilin, el buen Alux, y me habló de esta suerte:”

Pequeño habitante de Olman, ¿no crees que ya has sufrido bastante?

Mi buen Huitzilin, tal vez ningún sufrimiento sea suficiente para redimir mi alma del mal que he provocado con mis acciones.

Tal vez el sufrimiento ha turbado tu juicio, ya que bien sabes que no es así, y que has dado lo mejor de ti para la bienaventuranza de los tlacameh y los Aluxes.

Como sea, estoy dispuesto a pagar cualquier precio para que esta pesadilla termine al fin.

¿Acaso no recuerdas lo que te indicaron nuestros videntes? Eres el depositario de la mayor sabiduría a la que puede accederse en este plano, y debes preservarla para el futuro.

No te apures, recuerda que por designio de Hun Ahau no puedo morir.

Cuando arrojen tu cuerpo a la hoguera y salgas vivo de allí, serás conducido al otro lado del agua salada grande para ser exhibido como una rareza más de sus ferias, seguramente serás la atracción mayor. ¿Es así como la grandeza de tu espíritu merece terminar?

Si así es, será lo que el buen Téotl habrá dispuesto.

Sin embargo, parece que el Puro en Su Esencia tiene otros planes para ti. Por eso he venido.

¿Cuáles son esos planes?

Existe un sitio al cual el Maligno y sus demonios no pueden llegar, que los videntes conocen como el Chapalli¹⁹, y que los tlacameh de por allí conocen como I Guaquí²⁰. Es una cascada de agua cristalina, y su caída es tan poderosa que le confiere una energía imposible de resistir para los seres de la oscuridad. Debes ir allí y esperar a que los tiempos sean propicios para devolver a los hombres la ciencia que nuestros videntes te dieron para que les sea transmitida.

¿Y cómo llego allí?

Beberás este elixir, preparado por nuestros videntes, y despertarás cerca de ese extraordinario lugar, claro que después de sumergirte en un sueño profundo, tan profundo que es el más cercano a la muerte que un cuerpo planetario puede experimentar; luego

¹⁹ Agua golpeada

²⁰ Agua grande

del cual serás hallado por un sacerdote blanco. A él deberás relatar tu historia, y él te ayudará a mantener encendida la llama del conocimiento tolteca.

¿Acaso un tlacataztalli va a ayudarme?

No es un tlacataztalli como éstos de por aquí. Y no me preguntes más, pues nada sé. Es lo que me han dicho nuestros videntes. El resto deberás resolverlo por ti mismo. Anda, bebe, antes de que el Maligno advierta la maniobra.

“Así fue que bebí el elixir preparado por los videntes Aluxes, entré en una ensueño extraordinario, y me encontré en miles de lugares a un tiempo y en ninguno a la vez. En aquellos parajes brumosos tuve ocasión de atestiguar el desconcierto y terror que causó mi desaparición entre los tlacataztalli que me habían apresado, y también la ira de Hun Ahau, quien imposibilitado de seguir mi pista se la tomó con los Aluxes, causándoles los más terribles estragos que tales bondadosos seres han registrado en su extensa historia, a través de los mayores daños que su magia y la providencia de Téotl le permitieron.”

“Así que finalmente, y luego de un largo vagabundeo por los parajes de la eternidad, por los mundos más lejanos que un hombre ungido puede alcanzar, regresé a mi cuerpo aquí, con los efectos del largo tormento que me infligieron tus coterráneos. Y tú, buen sacerdote, serás quien me ayude a mantener encendida la llama del conocimiento.”

“Yo sólo piso los caminos del Buen Dios Nuestro Señor”, replicó el jesuita.

“Eso y no otra cosa es lo que te pido que hagas, ya que tu Señor es mi Señor, más allá del nombre que quiera darle cada uno. ¿Acaso no lo entiendes? He regresado del Mictlán, he viajado a cuantos mundos es posible para un hombre atestiguar, y he llegado aquí para encontrar al heredero de la tradición. ¿Quién más que Téotl, el Uno en su esencia, podría haber dispuesto las cosas de este modo? ¿Por ventura piensas que Él pudo haberse equivocado? Eres el tlacataztalli más puro que ha llegado a estas tierras, basta con verte para saber que los seres de la oscuridad apenas han hecho mella en tu espíritu. Estás sirviendo a los amos equivocados, y si no quieres perder tu espíritu, es tiempo de cambiar.”

“Mi fe es grande, buen anciano, y creo fervorosamente en la Palabra de Dios tal y como nos ha sido transmitida por las Sagradas Escrituras. Necesitaría mucho más que unas cuantas historias mágicas para siquiera considerar que algo como lo que cuentas pueda tener lugar en la Divina Providencia.”

“Necesitas algo más, eh... bueno, será como tú prefieras. Mira ya está por clarear el alba, y sería bueno que no nos vieran salir juntos de tu aldea. Há-la, vámonos, y tendrás oportunidad de atestiguar prodigios que pondrán de cabeza lo que crees acerca de lo que es posible y lo que no.”

-Así que el misionero –prosiguió relatando Szrebro-, alarmado en su fuero interno, pero deseoso

de comprobar los fantásticos extremos que el anciano aborigen prometía demostrarle, salió tras él. Se dirigieron a la selva. Luego de caminar un trecho no muy largo entre la espesura, el anciano trepó a un lapacho excepcionalmente alto con una destreza y agilidad increíbles para su edad y condición, y le indicó al jesuita que hiciera lo mismo, cosa que consiguió luego de penosos esfuerzos. Una vez arriba, el anciano le mostró que desde allí se veía perfectamente la misión que acababan de abandonar, especialmente las propias habitaciones del jesuita.

“No habrá que esperar mucho” dijo el anciano. “Pronto verás lo que tus compañeros tenían preparado para ti.”

“¿De qué hablas?”

“Hablo de que mientras te contaba mi historia, tus jefes y tus pares estaban decidiendo ajusticiarnos por considerar que estamos en componendas con el demonio.”

“¿Qué dices? Jamás harían algo como eso.”

“Tal vez yo esté equivocado, pero mira, sólo espera un momento y lo sabremos de cierto.”

-Así fue que esperaron sólo un par de minutos, y cuando el alba comenzaba a clarear, unas siluetas de fuego salieron del templo mayor y se dirigieron raudamente hacia los aposentos del buen sacerdote. A poco pudieron oírse los gritos y verse los movimientos frenéticos de las llamas diseminándose

en todas direcciones, cuando al parecer habían descubierto su huida.

“Creo que tu buen corazón te impide ver la malicia y la perversión en los demás, mi querido monje. Es hora de que despiertes aunque sea un poco a tu nagual, de otro modo caerás en las garras de cualquier predador que quiera alimentarse de tu energía.”

“Tal vez se trate de otra cosa” aventuró el misionero, no queriendo creer lo que sus ojos le mostraban.

“¿Por qué no vas y se lo preguntas?” Replicó con sorna el anciano, y luego permanecieron callados, turbado uno, guardando un silencio respetuoso el otro, a sabiendas del profundo dolor y la decepción que el primero padecía. Luego de unos momentos de zozobra interior, el jesuita dijo:

“He perdido mi lugar en el mundo. Tal vez sea el castigo de Dios por prestar oídos a tus blasfemias.”

“Sé cómo te sientes, y puedes ser conmigo todo lo injusto que quieras, que nada de eso puede afectarme. Pero ten cuidado, buen sacerdote, de no ofender al propio Dios que invocas, acusándolo de castigarte cuando en realidad está poniendo ante ti la oportunidad de salirte de toda la falsedad, abyección y avaricia que esos supuestos monjes representan.”

“Esos hombres cumplen, o si prefieres, intentan cumplir la voluntad de Dios.”

“Tal vez tú intentarás eso, y tal vez algunos de tus cofrades lo hagan, algunos más ingenuamente que otros. Lo cierto es que la mayor parte de ellos, sobre todo los más encumbrados, sólo intentan cumplir la voluntad de reyes y señores tanto o más envilecidos que ellos mismos. Y se valen de la buena voluntad de hombres como tú, pero al primer atisbo de conciencia que demuestren, no trepidan en enviarlos al tormento y a la muerte. No digo que te debo la vida, porque no puedo perderla, pero sí te debo tus atenciones, y sobre todo, lo que harás en el futuro por el conocimiento de los tlacameh. No echés en saco roto la oportunidad que el buen Téotl pone en tu camino, la de abrirte el paso hacia instancias de conciencia que tu formación para servicio de los seres de la oscuridad ni siquiera te permite considerarlas como posibles.”

-El buen jesuita aceptó su destino, encomendándose a Dios con todo el fervor de su espiritualidad, y suponiendo que por algo su Señor lo había medido en semejante embrollo. Decidió que recorrería hasta el fin aquel extraño camino que la providencia le había deparado; aunque por otra parte, no parecía haberle quedado ningún otro que no fuera ir a morir a manos de quienes hasta hacía muy poco habían sido sus compañeros. Así las cosas, siguió al sacerdote en una larga caminata hacia el norte, a través de la selva, en cuyo transcurso tuvo oportunidad de ver cómo la naturaleza respondía casi mágicamente a la voluntad del extraño Tezcatlipoca, proporcionándole agua, alimentos o lo que fuere que necesitara a cada

instancia del viaje, y comenzó a pensar que tal vez había algo de cierto en la extrañísima historia que le había contado. Hasta que llegaron a una aldea de los Carios, a quienes los españoles llamaban Guaraníes, y cuya lengua había aprendido el jesuita de los aborígenes de la misión.

“Nada bueno ocurrirá si nos presentamos ante ellos” advirtió el sacerdote, en la presunción que la llegada de un viejo extranjero con aspecto de hechicero y de un sacerdote blanco constituiría el pasaporte a una segura muerte ritual de ambos.

“Sin embargo, yo pienso lo contrario”, replicó el anciano. “Sígueme, y no temas.”

-Ingresaron en el claro adonde se erigían las chozas y a poco fueron rodeados por la indiada hostil, provista de arcos, flechas y pesadas macanas. De nada le valió al buen jesuita asegurarles que eran gente de paz, y mientras eran conducidos hacia el espacio abierto ubicado en el centro de la aldea, pensó que si el anciano no era el poderoso brujo que decía que era, sus minutos sobre esta tierra estaban contados. Comenzó a recitar mentalmente una oración. Cuando estuvieron ya en la plaza central, el cacique mandó a buscar al chamán, y entonces vio venir a un anciano con un ojo muerto, una piel de jaguar sobre hombros y cabeza y un báculo de piedra con forma de serpiente. Caminaba rápidamente, como compelido por alguna determinada urgencia, y al llegar frente a

ellos, miró al anciano, abrió desmesuradamente el ojo bueno y también la boca, como presa de un asombro extraordinario, para luego caer de rodillas en actitud reverencial. A continuación, todos los demás carios se sumaron a la genuflexión, y con sorpresa el sacerdote comprobó que el anciano y él eran los únicos que permanecían de pie, entre un centenar de guerreros hincados. Sorprendido, se volvió hacia Tezcatlipoca, quien le devolvía una sonrisa radiante, tanto así que le pareció observar un destello antinatural en sus ojos. Los prodigios prometidos estaban comenzando a ocurrir. Pasada esta primera conmoción, el jesuita oyó al chamán decir a su cacique que era éste el Dios del norte que en sus sueños le había anunciado su llegada.

Conducidos con reverencia hasta la mayor de las chozas comunales, el cacique invitó al anciano a ocupar su estera, pero éste rehusó tal honor. Con el jesuita traduciendo del aba ñe'é²¹ al español y viceversa, mantuvieron el siguiente diálogo:

“Estamos honrados de recibirte en nuestra aldea, oh Señor del Espejo Humeante” dijo el chamán.

“El honor es nuestro, hombre sagrado. Pero no creas que soy un dios, soy solamente un hombre que se ha esforzado por superarse y ha recibido la inestimable ayuda de maestros espirituales que no son de este mundo.”

²¹ Habla del hombre

“Si me permites, y ello no ofende a tu gran espíritu, ¿qué es lo que haces con este mombiryguá²²? Ellos han venido aquí a robarnos nuestra tierra y nuestras almas, y además pretenden que seamos sus esclavos. Quieren obligarnos a desconocer a Ñande Ru²³, e imponernos a sus dioses.”

“Entiendo tu sentimiento, oh Maestro, y en mucho lo comparto. Pero este mombiryguá no es en modo alguno como los demás. Ha vivido toda su vida entre truhanes y falsarios y sin embargo su esencia permanece quizá más pura que la de muchos de los hombres de este lado del agua grande.”

“Sin embargo, luce la vestimenta de los hechiceros blancos, que quieren imponernos sus dioses a sangre y fuego.”

“Los dioses son los mismos para todos los hombres, lo que cambia es el juicio que tienen acerca de ellos, y éste depende del grado en que estén afectados por los seres de la oscuridad.”

-En esta instancia el jesuita dijo al anciano que no estaba de acuerdo con muchas de las afirmaciones que formulaba a su respecto, a lo que éste respondió, lacónica y autoritariamente, que se limitara a traducir con exactitud lo que él decía, que toda otra cuestión sería discutida cuando fuera pertinente.

²² Extranjero.

²³ Nuestro Padre.

“Hace muchísimas lunas que estamos viniendo desde el norte”, comenzó a explicar el jefe de la aldea, “para guardar distancia de estos mombiryguá, pero ahora nos encontramos que están también al sur. No se conforman con robarnos nuestra tierra, también pretenden robarnos el ánga²⁴. Pero nuestros guerreros ya están hartos de esta situación, y dispuestos a quedarse aquí y morir luchando.”

“No es sólo el alma de tu gente, oh mburuvicha²⁵, es el espíritu de toda la tierra el que está siendo exterminado. Y estos mombiryguá no son demonios, son solamente instrumentos del malvado Añá, conocido al norte como Hun Ahau. No podremos resistir, el Añá retá, o Mictlán, está soltando a todos sus demonios para que tomen el control de la gente.”

“¿Entonces no podemos hacer nada? ¿Acaso tenemos que permanecer aquí esperando que vengan a esclavizarnos y a violar a nuestras mujeres y niños?”

“Lo único que podemos hacer es elevar nuestro espíritu y aguardar que la paciencia de Ñande Ru se colme, que su ira limpie este mundo para dar oportunidad a una nueva clase de gente.”

“Eso es lo que siempre dice nuestro Pa’i, aquí presente, que es lo mismo que decía el padre de su padre, y el abuelo del padre de su padre. Parece que al fin el tiempo de este ivy se está acabando...”

²⁴ Alma.

²⁵ Gran Jefe.

“Tu hombre sagrado sabe de cierto muchas cosas, oh mburuvicha. Pero nuestra misión es luchar por mantener limpio el espíritu, practicar sin desmayo el tekojoja²⁶ e intentar que cada hombre justo no sea invadido por los pomberos²⁷, como asimismo limpiar a tantos como esté a nuestro alcance. Esta noble tierra será la reserva espiritual para los hombres del futuro, y está en nosotros mantener encendido ese fuego. He venido aquí porque el Maligno Añá no puede hallarme, gracias al poder del I Guaçú, a sentar las bases espirituales de los hombres que vendrán luego de la purga que los videntes han dicho que ocurrirá cuando los hombres ya no sirvan a los designios de lo Alto, cuando la codicia, la carnalidad y el vicio no dejen espacio a las emociones superiores, que son alimento del Creador y sus cohortes.”

“Oiremos tu palabra, oh Señor del Espejo Humeante, y haremos cuanto esté a nuestro alcance para favorecer los designios del poderoso Ñande Ru. Pero hay algo que debo decirte, aunque sospecho que en tu gran ciencia debes saberlo sin que te lo diga, y es que los nuestros guerreros no se entregarán mansamente, sino que lucharán contra el invasor hasta la última gota de su sangre.”

“Lo sé, oh mburuvicha, y por ello te digo que cuando tus guerreros tengan que entregarse a matar o morir, hay que procurar que lo hagan en el verdadero espíritu que corresponde, esto es, encomendan-

²⁶ Sentido de justicia e igualdad fraterna.

²⁷ Espíritus de la oscuridad.

do al buen Ñande Ru tanto su alma como la de los hombres blancos que ultimarán, porque como te dije, son iguales a nosotros, aunque su historia y su temperamento los hayan hecho más débiles para rechazar la influencia del Maligno.”

“Me gustaría preguntarte, oh Señor del Espejo Humeante, ¿por qué el buen Ñande Ru permite al Maligno Añá someter a la gente del modo en que lo está haciendo? ¿Cuál ha sido el angaipá²⁸ tan grande que nos ha echado encima estas calamidades?”

“No es Ñande Ru el que se lo ha permitido, oh mburuvicha, sino nosotros mismos. No hemos domeñado al animal que nos es dado al momento de nacer y que nos conecta con la tierra, para así poder brindar nuestro tributo de conciencia a los dioses del ivá-ga²⁹. En lugar de valernos de él para glorificar los sentidos en pos de esa primordial función, nos hemos dejado acechar y por él y muy pronto nos convertimos en su presa. Una vez que la bestia comenzó a tomar el control, ya no hubo manera de sojuzgarla. Y las cosas llegaron a un punto en el que la única solución, drástica si las hay, está únicamente en la voluntad de Ñande Ru, en los tiempos y formas que su insondable conciencia así lo disponga.”

“Grande es tu sabiduría, oh Señor del Espejo Humeante; te reitero que es un honor para nosotros darte cobijo y absorber tus enseñanzas. Ordenaré a

²⁸ Pecado, dolencia espiritual (espíritu podrido).

²⁹ Cielo, paraíso pleno de árboles frutales y excepcionales cotos de caza.

mis hombres que levanten una choza para ti y tu mombiryguá. Y por favor, pídele que se vista como un Cario. Nos causa una muy fea impresión su ropaje, no sólo nos recuerda a los sacerdotes enemigos de Ñande Ru, sino que además parece un iryvú³⁰.

-Así fue que el buen jesuita, a partir de entonces llamado Iryvú, dejó sus hábitos para primero vestirse como un Cario, y luego comenzar a comportarse y a pensar como tal, tanto así que a poco fue convirtiéndose en uno más de ellos. Y los Carios, especialmente el hechicero Peteínte Tesa³¹, absorbieron como esponjas la enseñanza tolteca, como no podía ser de otro modo debido a la pureza de sus espíritus. Peteínte Tesa cedió de muy buen grado a Tezcatlipoca su rol de intérprete de la palabra de los dioses, por lo que el olmeca se convirtió en el nuevo ñe-êngatu de la aldea.

Tal era el poder del Señor del Espejo Humeante que a poco casi todos los guerreros lograron alcanzar el tekokatu³², como había sucedido unas pocas centurias antes en Teotihuacán. Aunque en las conversaciones nocturnas que mantenía con el buen jesuita, ahora llamado Iryvú, manifestaba su preocupación respecto de una eventual pérdida del nagual de los Carios, que traería aparejada una total indefensión frente a la amenaza siempre latente de los de-

³⁰ Cuervo.

³¹ Único ojo.

³² Plenitud de vida, realización espiritual.

monizados hombres blancos. Iryvú, por su parte, y ya imbuido completamente de la espiritualidad que el hierofante reflejaba, intentaba argumentar que tal prurito se debía a la nefasta experiencia que había atravesado a causa de las pérfidas artes del Maligno Hun Ahau. Pero tales afirmaciones perdían impulso al encontrarse con la mirada de Tezcatlipoca, hundida en el mare mágnum del infinito. Su fe había sufrido a la vez un vuelco y un incremento. El hombre que meditaba junto a él cotidianamente era, sin sombra de duda, un enviado del Señor. Y él era solamente un hombre cuya fe le había abierto las puertas a la posibilidad de recibir su mensaje en forma directa y personal. Así las cosas, no pudo dejar de prever el rol apostólico al que las circunstancias parecían estar arrojándolo, aunque prefirió no ahondar en tales proyecciones por cuanto los seres oscuros bien podrían insuflársele, a través de las sensaciones de orgullo o vanidad que dichas funciones suelen suscitar.

Aprovechando la portentosa energía de su maestro, aprendió a montar y dominar su yolilitzli³³ en sueños, y así practicar el cochitleua³⁴, llegando a conocer de este modo a varios habitantes de las esferas superiores, entre ellos a los Aluxes –trabó especial amistad con el buen Huitzilín, y también recibió consejo de los videntes que habían mantenido su conciencia luego de las devastadoras represalias de Hun Ahau-, y aprendiendo a evitar a los emisarios del Ma-

³³ Espíritu

³⁴ Ver en sueños, oniromancia.

ligno, que pululaban los diversos mundos accesibles al yolilitzli en busca de pistas que pudieran llevarlos a dar con el paradero del cuerpo planetario de Tezcatlipoca. Pero fue precisamente esa apertura proporcionada por el cochitlehua la que le confirmó las sospechas que le había sugerido su maestro: los días de la aldea de los Carios estaban contados. Sus dioses, su espíritu y su lengua permanecerían, sí, pero deberían sortear centurias de oscurantismo. Así era el sino de los tiempos en este lugar del universo.

Y fue debido a esa nueva capacidad que no lo sorprendió en lo más mínimo cuando Tezcatlipoca y el hechicero Peteínte Tesa le informaron que pronto celebrarían un gran Yero-qui -ritual de iniciación de los Carios- en su honor, tras el cual se integraría en cuerpo y alma a la gente de la aldea.

Llegado que hubo el día del gran Yero-qui, permaneció recostado en su hamaca, en estado de meditación y ayuno hasta el atarceder, cuando fue vestido a la manera de los guerreros carios, adornado con vistosas plumas y pintado para la ceremonia. Acompañado de Tezcatlipoca y de Peteínte Tesa, abandonó la choza para dirigirse hacia la plaza central, en la que lo esperaban Tezcatlipoca, el hechicero Peteínte Tesa y el mburuvicha. Se sintió orgulloso de participar de ese ritual iniciático, acompañado por maestros espirituales portentosos como eran aquellos que la suerte o el destino habían puesto a su lado. Lo saludaron ritualmente; luego emprendieron la marcha hacia el I Guaquí, al que llegaron ya entra-

da la noche, y se detuvieron a la vera de un salto extraordinario, cuya visión en la claridad del plenilunio cortaba el aliento. Encendieron una fogata y comenzaron los cánticos, en náhuatl y aba ñe'é. Como por milagro, todos los sonidos de los animales nocturnos cesó por completo, generando una atmósfera tal que por primera vez el buen jesuita, ahora a punto de asumir por completo la identidad que el nombre de Iryvú traía consigo, se sintió algo inquieto. Sin dejar de canturrear, y al compás de un pequeño tambor que tocaba el mburuvicha, los hombres sagrados colocaron sobre el fuego un pequeño caldero con agua del río, pletórica de energía, y comenzaron a agregar hierbas de aquella selva, de la gran comarca mexicana y del onírico terruño de los Aluxes. Una vez preparada aquella poción, que concentraba milenios de conocimiento en herboristería, los cuatro se incorporaron e Iryvú fue estrechado en fuertes abrazos; primero lo hizo el mburuvicha, quien le dio la bienvenida como nuevo hijo cario, luego Peteínte Tesa, que le encomendó suplirlo en sus funciones chamánicas cuando llegara el caso, y por último Tezcatlipoca, quien le aseguró que su Dios, el de antes, el de ahora y el de siempre, estaba en un todo de acuerdo con la evolución espiritual que su siervo había emprendido con tanto ahínco, y que se tranquilizara, porque muy pronto comprobaría personalmente tal afirmación. Volvieron a sentarse sobre la tierra, e Iryvú, pleno de emoción y expectativa, bebió la pócima. Los cánticos y el tambor volvieron a irrumpir en el mágico silencio, amalgamados por el profundo rumor de la caída

de agua, y generaron un flujo luminoso en el cual el espíritu del iniciado, ahora también resplandeciente, fue deslizándose cual jangada de conciencia a la vez personal y cósmica. Entonces supo, sin sombra de duda, que el anciano Tezcatlipoca le había dicho la verdad: sintió de manera incontestable que su Señor lo había distinguido con el afecto especial que otorga a sus mejores siervos, cosa que nunca había podido sentir en largos años de sacerdocio cristiano. Y lo asaltó la certeza de que la eucaristía había devenido en un remedo de la verdadera práctica de ingestión del cuerpo divino, adulterada por los espurios intereses de un clero demasiado sujeto a las componendas políticas y económicas de una sociedad degradada.

Acorde con su temperamento, el trance resultó rico en emociones de orden místico, pero como todo tiene su contraparte, y el excepcional brebaje no iba a descuidar ninguna instancia ni ningún atributo que coadyuvara para convertirlo en un hombre completo, finalmente llegó el tiempo del nagual. Y lo hizo de la mano de Arapoty, la hermosa hija del mburuvicha, quien envuelta en un halo de primaveras en flor, pronto halló lugar entre las desplegadas alas del cuervo, fundiéndose en un solo ser. Entre los estertores de la intensa pasión sexual que sentía por vez primera, Iryvú comprendió por qué el mburuvicha lo había categorizado como “hijo”. Y supo también, por esa tenaz tiranía que la carne promueve a través de sus sentimientos y sensaciones, que moriría sin hesitar por la bella princesa guaraní, por su futura prole y por cualquier persona de la aldea.

Aún conmocionado por todas las novedades espirituales y carnales que su iniciación le había suscitado, despertó en su hamaca. La hermosa Arapoty dormitaba, feliz, entre sus brazos.

El jesuita devenido cuervo halló así su humanidad completa; comprendió que su ingenuidad -la que bien podía haberlo conducido a la muerte, a través de su ánimo siempre bienintencionado-, había tocado zonas que le sobreimponían una nueva malicia, mas no obstante continuaba hallando noble esa actitud. La fe y la devoción, en su anterior vida, habían idealizado la realidad al punto que no se había percatado de que estaba viviendo en una isla mental, en un sueño mucho más ilusorio que los que había aprendido a sostener de la mano de Tezcatlipoca, y desde el cual toda proyección, de fe o de lo que fuera, valía un comino. Sentía haber estado jugando el rol de hombre santo para ir a esconderse en la inacción, cosa que hasta podía sonar a cobardía embozada, desde sus nuevas perspectivas. Ahora las fuerzas de la vida lo habían envuelto en sus redes inextricables, y su contexto físico, mental y espiritual era nuevo, y demasiado fuerte. Siempre había predicado que Dios estaba en todas partes, mas recién ahora esa frase parecía no obedecer a esa recóndita intuición de metáfora. Y Arapoty, de manera tan natural como espontánea, se transformó en el templo viviente de la madonna esencial.

Tezcatlipoca, el hombre formado en tierras sobrenaturales y devuelto al mundo de los hombres

para espejar, era el responsable de su cambio. Su influjo era tan poderoso que cualquier persona que se le acercase con el alma relativamente limpia, no podía sino asumir su sitio específico en la realidad, claro que ese sitio se enclavaba en una realidad infinitamente más amplia. El señor del Espejo Humeante representaba en cada uno de sus actos a la bestia espiritualizada, a la propia serpiente emplumada cuyas miserias le habían endilgado tras aquel episodio de extorsión diabólica.

Todo aquello lo pensaba tendido en su hamaca, velando el sueño de la hermosa Arapoty. Sintió el calor de su sangre como sagrado, y se durmió con un pensamiento agradecido hacia Tezcatlipoca.

-Disculpe, Profesor, se posesiona tanto con esa historia que parece que la cree a pie juntillas. No sé por qué, pero eso me perturba bastante.

-¿O será acaso que temes estar hablando con un viejo demente, tal y como sintió el jesuita frente al viejo hechicero?

-Dígame, ¿está pontificando? Está todo bien, pero no tengo pensado ingresar en ninguna secta. Si es eso, no perdamos tiempo. No quiero ser insolente, profesor, discúlpeme, pero es cierto que nunca me interesó mucho ese tipo de cosas. Y la historia es atrapante, pero usted ya sabe...

-Claro, te entiendo; historias de niños secuestrados por duendes, entrevistas con Satanás, y cosas como éstas. Sí que suena para la mierda. Pero quiero aclararte bien una cosa: no estoy pontificando nada,

no me interesa en qué crees o dejas de creer, mas no obstante ello estaré siempre para tratar de ayudarte cuando lo necesites, si lo necesitas. Tal vez esté interpretando las cosas mal, y tienes razón tú; en ese caso esta noche será nada más que una tertulia extravagante. Yo puedo haberme equivocado al no tener en cuenta que podías quedar involucrado. Pero el que no creo que se haya equivocado es el que coció la ocarina ésa que tienes allí. Es un mago muy poderoso, no quieras conocerlo.

-De hecho no quiero, y por lo que dijo el vendedor, no creo que él quiera conocerme a mí. De todos modos, no creo en otros magos que no sean los de circo.

-Claro, claro. Pero ésa es una limitación tuya, puedes apostar por ello.

-¿Acaso puede mostrarme un verdadero mago?

-Como van las cosas, me temo que no hará falta. Ellos no necesitan presentador.

Gabriel Cebrián

Segunda parte

Cuando Szrebro terminó su historia estaba por amanecer. Mas a pesar de esta circunstancia temporal, que venía a reforzar una vez más la analogía que continuaba planteándose con el primer diálogo entre el tal Tezcatlipoca y el jesuita, nadie apareció por allí con antorchas para quemarnos. Yo no sabía qué pensar, y mis últimas preocupaciones, antes de quedarme dormido en el sofá, estuvieron dirigidas a la certitud de estar perdiendo un ventajoso empleo. Aunque estaba dispuesto a seguirle la cuerda, sobre todo si las nuevas circunstancias podían llegar a traer aparejado un sustancioso aumento de salario.

El final de aquella historia, como era previsible, estuvo dado por lo que todos los videntes habían anticipado; la aldea de los Carios fue arrasada, y quienes no murieron fueron reducidos a esclavitud. Y desde entonces no hay noticias de ninguno de ellos, al menos en lo que hace a la información que manejaba Szrebro... o quizá debiera decir a lo que dijo Szrebro, porque me pareció advertir que había un buen tramo de la historia, ficticia o no, que se había guardado.

Pasado el mediodía desperté, y luego de un frugal desayuno con el Profesor, éste me sugirió que tomáramos el día para descansar, cosa que hallé muy satisfactoria, por cuanto no me había terminado de reponer del viaje a Misiones y de las cosas que en él

me habían pasado. Ello además de la sugestiva historia que había oído, plagada de insinuaciones y harto desconcertante para provenir de boca de una persona que lucía como parámetro de ecuanimidad.

Así que fui a casa y dormí hasta las cinco de la tarde un sueño profundo y reparador, tras el cual desperté de mejor ánimo; y gracias a él pude reducir la cuestión espiritualista que había planteado Szebro a lo que entonces me pareció su justa medida, esto es, una fantasía romántica en pleno consenso con la moda aborigenista, tan enarbolada últimamente como síntesis de justicia y conocimiento trascendental.

Salí a la calle a dar unas vueltas, comprar libros o acaso ir al cine, todas ellas actividades de una persona normal y conforme al statu quo argentino contemporáneo, intentando reafirmar esas pautas culturales usuales para refrenar cualquier intento sobrenatural al que los mundos sutiles, o mi propia paranoia, pudiesen conferir pertinencia y/o entidad. A través de estos pensamientos, y con alarma, creí advertir que una parte de mí podía estar dando fe al descalabrado asunto del espejo humeante.

Caminé por Corrientes, revolviendo los exhibidores de todas las librerías de ofertas, en busca de cualquier cosa que sirviese para distraerme un poco y retornar a la medianía de una vida que no andaba necesitada de sobresaltos, y mucho menos de folklores extravagantes o delirios de orden místico. Finalmente adquirí a precio de saldo dos libros usados, El Hombre demolido, de Alfred Bester y un ejemplar ajado y amarillento de La señal de los cuatro, de Co-

nan Doyle, editado por La Nación en 1904. Muy contento con las adquisiciones –sobre todo la última, a la que consideraba poco menos que un incunable-, emprendí el regreso a casa; pero como ya había anochecido y estaba algo cansado aún por el viaje –y sobre todo por las emociones que me había deparado, agitadas más aún por el extraño relato de Szrebro-, decidí tomar el subte. Bajé las escalinatas repletas de gente que entraba y salía, compré el cospel, atravesé el molinete y advertí que ya estaba el convoy presto para la partida. Apenas tuve tiempo de entrar y colgarme del pasamanos antes de que las puertas neumáticas se cerraran. Cuando el vehículo comenzaba a moverse, miré hacia fuera y quedé congelado: parado en el andén estaba el hombre aindiado que me había dado el misterioso recipiente en San Ignacio –a quien Szrebro había llamado Albarracín-, mirándome con una sonrisa que se me antojó diabólica. No dejé de mirarme hasta que el vagón ingresó al túnel. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Acaso me estaba siguiendo? Si así era, ¿cuáles serían las razones por las cuales lo hacía? ¿Representaba ello una amenaza concreta contra mi seguridad personal? Presa del nerviosismo, bajé en la primera estación e hice la combinación pertinente para ir directamente a lo del Profesor Szrebro. No estaba en casa cuando llegué, así que me senté en el umbral a esperarlo. Casi media hora después se detuvo un taxi, y vi que el Profesor venía en él. No se sorprendió de verme, simplemente me saludó con la mano mientras pagaba y esperaba el cambio.

-¿Qué tal, Eliseo? ¿Qué andas haciendo por aquí, a estas horas? —Me preguntó, mientras extraía su llavero, que colgaba de una cuerda de oro de esas que solían usarse unos cuantos años atrás.

-Vine a comentarle que ese tal Albarracín está acá, en Buenos Aires. Me pareció que debía saberlo.

-¿Qué cosa dices? ¿No acabas de estar con él, en San Ignacio?

-Claro, pero como llegué yo, él también lo hizo. Le digo que acabo de verlo, en el subte.

Ya en la sala me ofreció un trago, que acepté, y me dijo:

-Seguramente has visto a alguien parecido. Su tipo racial es muy común por aquí; sobre todo hoy día, con la afluencia de inmigrantes que llegan de los países limítrofes. Tal vez el haber tomado contacto con esta cuestión te ha alterado un poco los nervios.

-No sea condescendiente, Profesor, le digo que lo ví, y bien de cerca. Era él, y si me hubiese quedado alguna duda, la forma en que me miró y la sonrisa que esbozaba la despejaron por completo.

-Bueno, si estás tan seguro, saquémonos la duda —propuso, y tomó el teléfono. Luego de unos momentos, al parecer, se estableció la comunicación:

<Hola... sí, ¿Albarracín? Szrebro, le habla... sí, me llegó... pero el joven que le envié se ha quejado... sí... sí... bueno, creo que no hacía falta que hiciera eso... sí, está bien, no es para tanto, pero no era... está bien, está bien... ahá, dígame... (el rostro de Szrebro adquirió de pronto un tinte de preocupación) ¿sí? ¿Eso dice?... ahá... ahá... ahá... bueno, veremos

qué... está bien... está bien, okay... saludos al Venerable... sí, espero que lo antes posible. Hasta pronto, y buena suerte.>

Cortó la comunicación y se quedó mirándome. Presa de la ansiedad, acabé de un trago la copa de brandy.

-Como te dije, está en San Ignacio.

-¿Llamó a un teléfono de línea, o a un celular?

-Llamé a un teléfono de línea, obviamente –afirmó, con fastidio. –Te guste o no, lo aceptes o no, está a cientos de kilómetros de aquí.

-Entonces tiene un hermano gemelo, o un sosia, que está al tanto de sus asuntos. De otro modo no se explica la forma en que me miró.

-Sin embargo, creo que hay al menos dos posibilidades que no tienes en cuenta. La primera es que hayas alucinado, a tenor de tu estado de ánimo.

-Contra esa hipótesis, le aclaro que estaba perfectamente tranquilo cuando lo vi. Y dígame, ¿cuál es la otra posibilidad?

-Que hayas visto a su proyección astral.

-¿Qué cosa dice?

-No te hagas el tonto, sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Cuerpo astral, doble etérico, proyección plasmática, o como se te antoje llamarlo.

-¡Pero eso es un disparate!

-Ya estoy un poco cansado de oír tus descalificaciones. Vienes a decirme disparates tales como que un individuo que está en San Ignacio se te apareció aquí, en Buenos Aires, y cuando te presento argumen-

tos que no son, mal que te pese, aberraciones de la mente, sino fenómenos perfectamente comprobables, me acusas de ser yo quien está desquiciado... en fin, si no fuera porque me siento responsable por haberte involucrado en este asunto, hace rato que te hubiera mandado de paseo.

-Oiga, tranquilicémonos un poco, ¿quiere?

-No estoy nervioso, sino fastidiado. He dedicado toda mi vida a estudiar este tipo de cuestiones, he tratado con verdaderos maestros espirituales y videntes, he accedido a crónicas y testimonios vedados a la mayoría de los eruditos en la materia, para que vengas tú, sin otro arma que un sentido común lindante con la imbecilidad, a decirme qué cosa es disparatada y cuál no. Realmente, no sé que ha visto en ti el Venerable para haberte insuflado.

-¿Quién es ese Venerable? ¿Qué quiere decir con eso de que me ha “insuflado”?

-Ya basta de preguntas cuya respuesta conoces. El Venerable es quien hechizó la ocarina que fuiste a tocar –hecho que, dicho sea de paso, me releva de gran parte del sentido de responsabilidad respecto de ti que estoy asumiendo–, y luego sopló en el interior de tu boca. Y quién es, cuál es su verdadero nombre, o dónde se encuentra, sólo Dios lo sabe. Yo no. Yo sólo he atestiguado los efectos de algunas de sus actividades.

-¿Puede hablarme de ellas?

-No, no puedo. Las cosas que atestigué, estaban dirigidas a mí. Y si tienes tú algo que atestiguar,

él se encargará. Así son las cosas, y no hay otra posibilidad.

-No tengo interés en atestiguar nada de eso, la verdad.

-¿Entonces para qué preguntas?

-Bueno, veo que he conseguido enfadarlo. Más vale que me retire, y lo deje en paz.

-No hace falta. Me conformo con que dejes de hacerte el positivista y abras la mente, al menos lo suficiente como para dimensionar un poco el asunto en el que te has visto involucrado.

-Ya le digo, usted debería ponerse en mi lugar. De buenas a primeras me encuentro en una situación completamente ajena a mi temperamento, y como bien acaba de señalar, a mis escasas entendaderas.

-Yo puedo entenderlo, e incluso ponerme en tu lugar, como me pides. Pero también puedo decirte que no tienes ya diez, ni quince años. Eres un hombre, y te guste o no, en lo sucesivo deberás comportarte como tal. No sé que irá a ocurrirte, pero temo que serán muchas cosas. Y tal vez no esté yo aquí para que vengas corriendo a contarme lo que te pasó.

-¿Acaso va a dejarme solo en este atolladero?

-No lo haría, si dependiera de mí. Pero en cualquier momento puede surgir algo. Además, y por otra parte, nadie tiene la vida comprada.

-Oiga, me está alarmando.

-Ni falta que hace.

-Bueno, Profesor, lo dejo en paz por hoy. Nos vemos mañana en la oficina, ¿verdad?

-Si Dios quiere.

Me retiré de la casa del Profesor Neftalí Szrebro con una mezcla de amargura e incertidumbre, la cual hubiera sido de absoluto pesar de haber sabido entonces que aquella había sido la última vez que lo vería, al menos por aquí. Al otro día, cuando llegué a la oficina, la encontré cerrada, y nadie atendió a mis llamados. Era raro, porque el Profesor siempre había estado allí antes de mi horario de llegada. Lo esperé más de dos horas, y fue en vano. Fui hasta un teléfono público, llamé a su casa y tampoco obtuve respuesta. Pasé el resto de la mañana y buena parte de la tarde yendo de la casa a la oficina, y gastándome varias monedas en teléfonos públicos. No quise pensar en la posibilidad de que algo malo pudiera haberle sucedido, así que aposté a que hubiese tenido que viajar de improviso, o algo como eso. A la noche volví a llamarlo desde el semipúblico del kiosco en la esquina de mi casa, dado que no tenía teléfono -por lo que tampoco podía esperar una llamada de Szrebro-; nadie atendió, lo mismo que al día siguiente, y al otro. De buenas a primeras mi ventajoso empleo se había enrarecido, para luego esfumarse. Lo lamenté bastante, pero me ayudó a asimilar el golpe el hecho de suponer que me había librado de una eventual psicosis, dado el cariz que todo había tomado de pronto.

Mas el trabajo, como dije, desapareció, pero la psicosis no. Una noche soñé que iba a una entrevista de trabajo, y cuando me hacían pasar al despacho de mi presunto empleador, allí estaba Albarra-

cín, muy ufano en su traje de alta costura y fumando un habano. "Vaya, vaya. Miren lo que trajo el viento..." dijo, exhalando bocanadas densas. "¿Qué haces aquí? ¿Cómo no estás cuidando al viejo Szrebro?" Y siguió con un discurso que entendí extravagante: "No importa el sacrificio que te cueste, nunca será suficiente. Crees tanto en tu encarnadura que serías feliz si pudieras permanecer el resto de tu vida sobándote la verga, ¿verdad? Pero hay más cosas en el mundo, mocito, la eternidad está cada vez más sucia. Andan por ahí ingenieros neonazis diseñando virus letales que atacarán solamente determinados linajes genéticos, ¿qué te parece eso? ¿Qué te parece ver a Oriente y a Occidente afilando las garras para enfrentarse mortalmente en defensa de un mismo dios, rebajado a variables del mercado? ¿Qué te parecen los funcionarios de los organismos internacionales que predicen como dogma primario la igualdad y la fraternidad, y abandonan los recintos en automóviles cuyo valor paliaría el hambre de aldeas enteras durante mucho tiempo? ¿Crees que Dios va a perdonarte que sigas preocupado por tu inserción, minúscula pero no menos oprobiosa, en este círculo de miseria humana? Eliseo, vas a pudrirte en el infierno, vas a hervir en el caldero del que el pobre Neftalí quiso sacarte. Pero claro, tal vez no eres más que otro hueso flaco para el gran puchero."

Me desperté muy angustiado, porque mi mente, o lo que sea que haya estado allí presenciando tal discurso —fuera éste producto de mi inconciente o proviniera de un agente externo—, parecía estar de a-

cuerto con él. Imaginé otra clase de virus, una especie de virus de la locura, el que parecía haber contraído en mi contacto con Szrebro y el tal Albarracín.

Estaba demasiado nervioso como para intentar volver a dormirme, así que, casi como obedeciendo a un impulso, me levanté y me vestí; y a pesar de que eran las 3.30 a.m. salí a caminar. Los tiempos no eran seguros, como tampoco lo era mi barrio, pero suponía que a lo que menos debía temerle era a asaltantes nocturnos, al menos humanos. Caminé algunas cuadras por la Jean Jaurés, pensando en el mensaje que había recibido en sueños, y aunque la interpretación era bastante obvia, el foco de mi atención estaba puesto en discernir si se había tratado de una elaboración de mi inconsciente o ese tal Albarracín, o quizá su proyección astral, era capaz de aparecer en mis sueños como lo había hecho en la estación del subte.

Llegué a la altura de Bartolomé Mitre, donde la calzada desciende para pasar por debajo de las vías del ferrocarril, formando un túnel sombrío y desolado, sobre todo a aquellas horas. Y tal ominosidad se veía reforzada por la ocurrencia de algún muralista anónimo, a quien se le ocurrió pintar sobre una de las paredes unas siluetas amenazantes, armadas con pistolas, que en la oscuridad reinante adquirirían un gran realismo. Más de un transeúnte desavisado habrá obtenido allí su segundo de pánico al observarlas, antes de que la percepción ajustara el cuadro lo suficiente para advertir la engañifa. había caminado unos cuantos pasos en el interior del túnel cuando algo como un guijarro impactó contra mi omóplato de-

recho. Me volví de golpe, y sólo vi la claridad en la boca del túnel. Mi corazón latía con violencia, y sentí cómo todos los vellos de mi cuerpo se erizaban. “¿Quién anda ahí?”, pregunté, sin poder evitar un quiebre en mi voz, producto del espanto. Obviamente, no obtuve respuesta, pero un extraño viento comenzó a soplar como si hubiera sido despertado por mi voz. Recibí otro impacto, esta vez en la rodilla izquierda. No eran lo suficientemente duros como para causarme dolor, pero en lo anímico resultaban devastadores. Quise salir corriendo de allí, pero me hallé paralizado. En ese estado, frenético pero inmóvil, el pensamiento, a contrario de mis músculos, comenzó a discurrir febrilmente, y muy pronto se me hizo patente el paralelismo que existía entre aquella experiencia y la manifestación de los Aluxes a Tezcatlipoca, según me había contado Szrebro. Nuevamente, como a instancias de mi pensamiento, unas voces y risillas como de niños se hicieron audibles en el silencio nocturno. Sentí un vacío en la boca del estómago, y comencé a jadear, aunque esa suerte de respiración compulsiva se vio detenida de repente cuando una figura pequeña, antropomórfica, pareció surgir de entre las siluetas negras pintadas en la pared y se acercó a mí, caminando como al acaso. A contraluz de la entrada al túnel, no pude percibir sus rasgos hasta que estuvo a un metro frente a mí, y todo el breve lapso que transcurrió durante su caminata, me esforcé por distinguir los rastros zoomórficos que Szrebro había conferido en su historia a los Aluxes, con la sensación plena de estar perdiendo la razón irreme-

diablenamente, la que se hizo más patente cuando al fin pude discernir los ojos gatunos, la pelambre corta y espesa y el morro en forma de hocico. Comencé a sollozar, mientras me estremecía entre temblores de pánico.

-¿Qué te ocurre, gringo? – Me preguntó la extraña criatura. -¿De veras me encuentras tan aterrador? –No supe, o no pude responder. –Mira -continuó-, para serte franco, lo mismo me sucedió a mí la primera vez que mis mayores me mostraron a uno de ustedes, pues. Pero yo apenas si era un crío, o sea que lo que quiero decirte es que ya estás un poco viejo pa' tanto aspaviento.

Yo sentía burbujear la sangre en mis venas, como si de pronto se hubiese convertido en soda. La mente se me iba, quizá como efecto de un mecanismo defensivo; no podía concentrarme en lo que estaba ocurriendo, tal vez porque la imposibilidad del evento resultaba indigerible para mi noción de realidad, que incluía solamente tres dimensiones espaciales y una temporal. De pronto una tranquilizadora hipótesis ganó espacio en mi conciencia, pero la criatura no me dio tiempo de comprobarla, como si hubiera estado leyendo mi mente:

-No estás en tu cama soñando cosas extrañas, Eliseo. O tal vez sí, pero en esta encrucijada sólo vale el aquí y el ahora. No hay pellizco, pinchazo, o salpicadura de agua en la cara que puedan llevarte de nuevo a tu cálido capullo.

-Esto no está sucediendo –dije, más para convencerme a mí mismo que otra cosa.

-¿Acaso no sentiste los pedrazos?

-He sentido cosas mucho más fuertes en sueños.

-No lo dudo, pero eso es porque lo que siente, no es el cuerpo.

-No me interesa estar aquí hablando contigo, sabes.

-Puedo darme cuenta, ya que acabo de darte una información crucial para cualquier entidad conciente que se precie de tal, y sólo tienes eso a mano para responder...

-¿De qué información crucial estás hablando?

-Pregunté, en tanto algo dentro me decía que estaba cometiendo un grave error, al prestarme al diálogo con un ente que no podía ser otra cosa que una proyección alucinatoria.

-Yo, existo; ahora viene la pregunta: ¿Existes tú? –Respondió, pero lo hizo más a mis pensamientos no formulados que a la pregunta puntual. –Te acabo de decir que lo que siente no es el cuerpo. Has aprendido a creer que existe sólo lo que puedes ver y tocar, y eso es, precisamente, lo que no existe... aunque sería más acertado decir que existe de un modo más grotesco, y mucho menos sensitivo y conciente. Tú le das preponderancia a ese amasijo de materia muerta que alimenta de información a lo sutil, a lo que existe de una manera más cabal. No eres tu cuerpo, eres lo que insufla de vida y conciencia a ese conglomerado de materia que pronto vuelve a lo que es, luego de procesar todas tus canalladas, purgándolas en pestilentes efluvios.

-Sólo falta que un humanoide híbrido de mamíferos inferiores venga a darme clases de metafísica...

-Sólo falta eso, sí, para que puedas considerar esto un delirio y correr a revolcarte entre la mierda, ¿es eso?

-Es eso, sí. Ya terminé contigo –dije, mientras me disponía a retomar mi camino.

-Entonces –oí que decía a mis espaldas-, vas por el camino equivocado. Si sigues adelante, continuarás tratando conmigo. Sólo te dejaré en paz si vuelves tras tus pasos.

-No importa adónde vaya. He terminado contigo, y ya.

-Si observas bien, podrás advertir que adelante es un día claro y luminoso.

Comprobé con pánico que decía la verdad: la boca del túnel se veía soleada, y ello me conmocionó, ya que según mis cálculos no podían ser mucho más de las 4.15 a.m., y faltaban entre dos y tres horas aún para el amanecer. Me volví instintivamente, sólo para comprobar que al otro lado continuaba siendo de noche. Casi empezaba a sollozar de nuevo cuando el extraño ser me dijo:

-Ésta es tu encrucijada, Eliseo; si quieres volver al cuerpo que irremediablemente va a morir, y eso es todo lo que pretendes de tu experiencia en este mundo, sólo tienes que regresar y ya nada sabrás de nosotros. Ahora bien, si estás dispuesto a atestiguar el costado mágico de la existencia, al que tienen op-

ción todos los hombres pero muy pocos llegan a saberlo, sigue adelante.

Caí sentado, y apoyé la espalda contra el muro del túnel. A mi derecha, la noche de la materia; a mi izquierda, la luz del espíritu. El extraño híbrido entre humano y marsupial me miraba fijamente, y yo no era capaz de encontrar ninguna señal que me indicara que estaba en un sueño, aparte de lo descabellado de la situación. Miré hacia los lados una y otra vez, cotejando la incongruencia de aquella percepción, mas a pesar de mi esfuerzo por descartarla, allí continuaba. Estaba envuelto en la maraña, estaba inmerso en aquel juego, me gustase o no. Tuve un ímpetu casi rabioso, me incorporé, y eché a andar hacia la luz. Si así estaba planteado, iba a jugarlo hasta el final. El hombrecillo corrió unos cuantos metros hasta alcanzarme y luego continuó caminando esforzadamente, ya que daba casi tres pasos por cada uno de los míos.

-Órale, eso es lo que yo llamo tomar una decisión, pues -dijo. -Puedes dejar el dramatismo, por ahora no te hace falta. Y esas emociones desbordadas, son más propias del excremento llamado cuerpo que del espíritu, así que en primer término, y antes de alcanzar la luz, deberías sosegarte un poco.

-No necesito sosiego. Terminemos con esto de una vez.

-Puedes tener problemas si persistes en esa actitud.

-¿Con qué actitud?

-Esa especie de arrogancia digna de una quinceañera consentida que estás adoptando, y que no se condice en nada con la humildad del hombre que está dispuesto a sacrificar su vida material.

-Yo no estoy dispuesto a eso –aclaré, mientras me paraba en seco.

-Dispuesto o no, es lo que estás haciendo, aunque pretendas que se trata de un berrinche. Aparte, ¿qué tienes que perder?

-Según lo que dices, mi vida, ni más ni menos.

-Dije tu “vida material”, y te expliqué que ésa no es la verdadera vida.

-Estás hablando como un evangelista...

-Puede ser, pero... ¿quieres que te diga cuál es esa vida que estás a punto de abandonar?

-¿Acaso eres advino?

-No hace falta mucha videncia para prever el derrotero de una vida humana crasa y común como la tuya, y no te ofendas. Finalmente conseguirás tu bendito trabajo, el que poco a poco se irá transformando en una suerte de esclavitud consentida. Tendrás unos pocos amigos, taciturnos y con un sentimiento de frustración que no sabrán bien de dónde les viene, pero que tiene que ver con esa parte irrealizada de su conciencia, que en última instancia es lo único que cuenta. Y en ese contexto, el elemento caótico estará dado por una disyuntiva, resultante de tu relación con las mujeres: o conseguirás una, y con ella vendrán los hijos, y así el yugo será acabado y completo, o te volverás un vejestorio huraño y resentido. Y para terminar con esta sinopsis, te diré que en

el caso de que consigas una mujer, se tratará de una de esas sufrientes, sumisas y calladas; con lo que, a través de tal actitud, alimentará de modo permanente tus sentimientos de culpa.

-¿Qué te hace pensar que solamente puedo aspirar a alguien así? ¿Por qué no podría yo conseguir una mujer pujante, divertida y exitosa?

-Porque no es el tipo de mujer que se vería atraída por alguien como tú, puedes estar seguro de ello. No es tu culpa, ni siquiera una falencia. Es simplemente una cuestión astrológica, que no es momento ni lugar para que te la explique. Y eso determina todo, incluso tu nagual, el que solamente es capaz de atraer hembras sombrías y melancólicas.

-Eres Huitzilin, ¿verdad?

-Hombre, ¿acaso olvidas que soy una fantasía de tu mente?

-Primero Szrebro, y luego tú, han acabado con mi criterio acerca de lo que es real y lo que no lo es.

-No, pero no hemos sido ninguno de ambos. Ha sido el propio Tezcatlipoca.

-¿Qué dices?

-Fue él quien te sopló allá en las tierras del Chapalli, la gran cascada. Él te señaló, y en lo que a mí conierne, no comprendo por qué te escogió a ti, remiso como eres para abrirte al espíritu, y tan desesperado por volver a llenarte las tripas de pudrición y a sobar lascivamente a la primer muchacha que se te cruce, aunque en ello te vaya la verdadera vida.

Durante un momento cavilé que tal vez el animalito tenía razón. Y no sé si habrá sido a causa de mi nagual -o como quiera que se le llame- que, con un dejo de angustia, consideré a ese túnel como una verdadera encrucijada: de un lado, una ilusión que amenazaba con ser más real que todo cuanto hubiera yo conocido hasta entonces; del otro, la gris cotidianidad que muy plausiblemente seguiría un derrotero no muy distinto del que había adelantado aquella criatura. No había opción posible, así que comencé a caminar hacia la luz, esta vez decidido pero con aplo-mo. De alguna manera supe, sin sombra de duda, que el pequeño Alux, o lo que fuese que emprendía la marcha a mi lado, estaba sonriendo.

Salimos a un extenso chaparral, que no fui capaz de ver claramente sino hasta después de parpadear mucho para que mis ojos se acostumbrasen a la intensa luminosidad. Cuando ello ocurrió, y ante la desquiciante certeza de haber ingresado a un túnel en medio de la urbe capitalina para luego haber salido allí, me volví y pude comprobar que no había ni rastros del túnel, ni de la ciudad. Sólo la boca de una caverna baja que parecía hundirse bajo la tierra.

-No hay forma de que esto esté ocurriendo en realidad. -Dije, meneando la cabeza, y añadí: -No puede ser otra cosa que un sueño.

-No, ¿verdad? Claro que primero tendríamos que ponernos de acuerdo en qué significa soñar, y además averiguar si hay una sola manera en la que tal cosa puede hacerse. Pero hagamos una cosa, ¿quie-

res? Primero hablemos de cuestiones más de fondo, y tal vez de ese modo llegaremos al punto en el que varios de esos asuntos, si se quiere secundarios, hallarán respuesta sin que siquiera tengamos que referirnos a ellos.

-¿De qué quieres hablar?

-Sería mejor que preguntaras de qué “debo” hablarte; lo que yo quiera o deje de querer vale madre. Ya te lo dijo Neftalí, nosotros, los Aluxes, somos los guardianes de la milpa humana. Y como todo agricultor que se precie de tal, hay veces que tenemos que reservar algunas semillas para futuras siembras, sobre todo en épocas de plaga o sequía.

-Yo vendría a ser entonces una de esas semillas...

-Sí, pero por ello no vayas a envanecerte ni a creerte que eres alguien especial.

-Estoy muy lejos de creer algo como eso.

-Tal vez por eso mismo hayas sido seleccionado. Pero vamos hasta aquí cerca, a un cenote en el cual podremos beber y mojarnos las cabezas; sueño o realidad, este sol puede matarnos. Aparte, necesito presentarte a alguien.

-Oye, me basta contigo. De veras que no tengo interés en conocer a nadie más.

-Ándale, haz el favor de seguirme y de no preocuparte de antemano. Todo lo que debe ser será, y lo que no, pues no.

Caminamos un par de kilómetros bajo un sol impiadoso; ciertamente podía haber acabado conmi-

go, fuese o no material (y, dicho sea de paso, me costaba mucho considerar como oníricas aquellas sensaciones de calor agobiante y de sed abrasadora). Finalmente llegamos al pozo de agua, de unos cuarenta metros cuadrados de superficie, ubicado en medio de un espeso matorral. Huitzilín se quitó el sombrero, ató la cuerda que le servía para asegurarlo a su mandíbula inferior a otro cordel más largo, y luego lo arrojó al agua verdosa, a dos o tres metros debajo del borde. Tiró del cordel hasta que se hundió, y a continuación, con una pericia lindante con el asombro, lo izó, para luego beber con verdadero ímpetu, de modo tal que el agua se le escurrió por entre las fauces. Al cabo me miró sonriente, y dijo:

-A poco esperabas que bebiera con la lengua, ¿verdad? -Y se rió con deleite. Luego repitió la operación varias veces, hasta que nos saciamos y nos mojamos cabeza, cuello y buena parte del torso. Hallé un placer inmenso en esas actividades, era como un día de campo en un mundo de fantasía. Hasta me olvidé del personaje que supuestamente iba a serme presentado allí.

Nos sentamos debajo de un arbusto lo suficientemente alto como para ofrecernos una agradable y necesaria sombra; entonces, el Alux comenzó a hablar:

-El viejo Neftalí te puso al tanto de muchas cosas, pero lo hizo como quien cuenta una historia fantástica, y eso abonó tus intenciones de considerarla como tal. Cuanto te ha dicho es rigurosamente cierto, pero se trata del testimonio de alguien que só-

lo ha vivido unos cuantos años más que tú, tal vez cuarenta, o algo así. Yo en cambio, quizá te lleve mil; y eso según su tiempo, que no discurre del mismo modo que aquí. Y por supuesto, el Profesor corría con una desventaja esencial: no podía mostrarte nada en términos prácticos, como lo estoy haciendo yo ahora. De cualquier modo, hizo su mejor esfuerzo, y vaya que te preparó para un viaje como el que has comenzado. Tal vez no seas tan tonto como te empeñas en hacer creer a los demás, e incluso a ti mismo. Y con seguridad es así, porque lo contrario sería como afirmar que Tezcatlipoca erró el tiro, cosa harto improbable.

Ahorita debemos hablar de los hombres. Y para hablar de ellos del modo que vamos a hacerlo, es menester estar fuera del criterio humano. Por eso ha sido necesario traerte aquí, a nuestro mundo. Ya debes haberte dado cuenta por ti mismo, y por lo que te dijo Neftalí, que el espíritu humano flaquea, y a punto está de alcanzar los niveles mínimos que estableció el Supremo Téotl para destruirlo y encargar a sus ingenieros celestes la creación de otro. Nada nuevo para nuestros videntes, que ya lo predijeron hace mucho tiempo y se lo hicieron saber a los tlacameh de por acá, esperando con ello agitar corrientes de conciencia que conspiraran contra un final tan oprobioso. Pero —y esto ya lo sabes—, intervino el Maligno Hun Ahau, y se encargó primero de quitar de en medio al buen Quetzalcóatl para luego abarrotar de demonios al espíritu humano. Y para ello se valió de algunas características propias de los tlacameh. Para habitar

este mundo, les fue asignada una bestia, la que les permitiría practicar la fornicación y dar muerte a otras criaturas, ambas actividades necesarias para preservar su existencia. Esa bestia, como bien te adelantara Neftalí, es el nagual. Y como buena bestia salvaje, es muy difícil de mantener bajo control. Por ello se convirtió en la puerta de entrada más apropiada para los espectros de Hun Ahau, aunque ciertamente, no es la única.

-Debes disculparme, Huitzilin, pero voy a decirte lo mismo que le dije a Szrebro en su momento: todas esas cuestiones de Hun Ahau, Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, me suenan a mitología; y mitología viene de mito, o sea, de algo idealizado, que no tiene existencia en la realidad...

A medida que daba voz a mis dudas racionales, fui perdiendo el impulso. Allí estaba yo, en un paraje tal vez onírico, habiendo salido a ese chaparral desde un túnel en el barrio porteño del Abasto, conversando con una especie de duende, y no obstante argumentando acerca de qué es o no real. Como al tanto de mis vaivenes mentales, Huitzilin retomó la palabra:

-Eso no tiene nada de raro. Sucede simplemente que tu visión del mundo se ha acotado al mapa que trazaron los tlacameh para determinar el marco de su existencia.

-¿Perdón?

-Digo que ustedes mismos, a lo largo de milenios, no solamente decidieron cuáles partes de la realidad percibir, sino que con este criterio discrimina-

torio fueron capaces de configurar una realidad -a la que podría llamarse humana-, y luego, mediante la reiteración, sellaron las puertas a otras modalidades de percepción, a otros mundos que son este mismo pero que quedan fuera de esa rígida cápsula que tan trabajosamente consolidaron. Pero como todo responde a mecánicas de densidades, siempre algo es lo suficientemente sutil como para ingresar y egresar de un estamento a otro. El detritus de esas realidades invasoras es lo que los tlacameh elaboran como mitos, y allí, amasados con ese aglutinante implacable que resultó ser su lenguaje, desvirtuaron todo de modo tal que cualquier interpretación deviene en fantasías tan arrevesadas que nadie en su sano juicio podría tomar por válidas. Reconocen, claro, un sustrato último de realidad en tales artificios, como referencia simbólica a intuiciones primarias, pero cualquier eventual acceso a la realidad de otras instancias cósmicas es descalificado liminarmente como delirio, o alucinación. Allí sólo encuentran caos, y es natural que así sea, por cuanto jamás se tomaron el trabajo de desentrañar seriamente los códigos de cualquier experiencia que tenga lugar por fuera de su burbuja. Pero para que entiendas mejor lo que estoy tratando de explicarte, será necesario hacer una especie de historia de los tlacameh, su origen, función y destino.

De la primer emanación de Téotl, el águila primordial, que vuela en lo más alto del ser y cuyo aleteo origina las primeras vibraciones, nacieron macho y hembra; y de esta primera dualidad devino todo lo múltiple, en una cadena cuyas ramificaciones

ganan densidad a medida que se alejan del centro cósmico. Cada vibración que emana de ese centro tiene, por esencia, el germen divino. Cada partícula de conciencia, se encuentre donde se encuentre, es el ser mismo de Téotl en constante fluir desde y hacia sí mismo. Pero todo lo que emana de él, queda sujeto a las reglas que corresponden al nivel de vibración al que es arrojado, ello mediante una mecánica simple pero a la vez tan inconmensurable que ni el más lúcido de nuestros videntes ha podido desentrañar en su totalidad, siquiera intuitivamente. Ahora bien, sucede que en este juego de equilibrio cósmico existen reglas que ni siquiera el propio Téotl puede quebrantar. Una de ellas es la de la voracidad de la conciencia. Cuanto más conciente es una entidad, más hambre de conciencia tiene. Y el apetito de la Conciencia Suprema, en ese sentido, es inefable, sólo podemos figurárnoslo en una escala máxima, incomprensible para nosotros. Ese prurito divino es el motor de la creación. Las partículas de conciencia inician su largo viaje tan sólo para engrandecerse y volver a su creador con sus redes repletas de tesoros sapienciales. En función de ello, y para servir cabalmente a la grandeza del Supremo, las Jerarquías Divinas manipularon la creación para elaborar organismos más y más capaces de sutilizar la conciencia. Hasta que una de ellas, como jugando una broma de mal gusto a las demás, comenzó a tironear desde abajo, haciéndose fuerte en el nagual asignado a los tlacameh -el que a manera de vejiga natatoria los mantenía en un determinado nivel vibracional-; pero lo que comenzó casi

lúdicamente no tardó en infectar a aquella Alta Jerarquía (que ya habrás colegido que se trata de Hun Ahau), agitando su ambición y su egoísmo al punto de llevarlo a enseñorearse del inframundo y desde allí plantear su desafío a lo Alto. Todas las religiones tienen noticias de esto, y no obstante ustedes se empeñan en considerarlo “mitología”, con lo que tranquilizan su parte pensante en tanto aflojan el lazo a su animal interior, ya desbocado hasta límites terminales.

Así fue que el Maligno, cegado de poder y entusiasmado por la facilidad con la que el nagual de los tlacameh acataba los comandos de los seres oscuros, planteó la confrontación directa en este terreno con sus antiguos hermanos, pretendiendo hacerlos fracasar en la cuarta instancia de creación que habían intentado, y que suponían definitiva: este mundo, el Nahui-Ollin. Y para eso se valió de varias argucias, como por ejemplo aprovechar la decadencia del espíritu de los occidentales, o la traición al buen Quetzalcóatl a partir de aquella artera maniobra que involucró a nuestros videntes y al propio Tezcatlipoca. Pero eso ya te lo contó Neftalí. El asunto es... que a Téotl no le interesan mucho los desaguizados que ocurren por aquí, él sólo encuentra que su alimento resulta cada vez más magro, y eso comporta una sola vía de resolución.

-No hace falta que me la digas, puedo adivinarla.

-Sí, aparte, está escrito en todos los idiomas y alrededor de todo el mundo.

-Lo que me sorprende es que he sido capaz de seguirte en toda esta larga y extravagante explicación. Y más aún me sorprende el hecho de que la encuentre razonable...

-Nunca menosprecies el valor del agua de un cenote sagrado. Y mucho menos en estos parajes.

-¿Acaso el agua...?

-Oye, déjate de niñerías, ¿quieres? Tal vez haga falta el agua de varios de estos pozos para lavar de tu cabeza toda la mugre que tus congéneres y los seres oscuros le han implantado. En tu mundo, toda estupidez rigurosamente repetida se transforma en un axioma, por descabellado que sea. Y ello es debido a la característica cercenatoria en la que han adiestrado a sus mentes. ¿Serás capaz de salirte de tus trece y cumplir la tarea que desde lo Alto se te encomienda, o irás a licuarte con toda la mugre en los trapiches de Hun Ahau, cuando el destino se cierna? ¿Serás una conciencia pionera en el mundo que se avecina, o te revolcarás en el estercolero del inframundo por toda la eternidad? Ya no te queda tiempo para remilgos ni vacilaciones.

-¿Qué se supone que debo hacer? Ni siquiera sé en qué mundo estoy, ni si estoy soñando o no.

-Bueno, si lo piensas bien, nunca lo supiste a ciencia cierta. ¿O acaso sabes algo que yo no sé, como por ejemplo qué mundo es el que dejaste al otro lado del túnel? No, mi querido pendejo, tampoco sabes nada de ese otro mundo; sólo crees saber lo que todos los demás te dijeron acerca de él, y eso, por supuesto, es especulación de la peor clase.

-Más a mi favor, entonces. No puedo darme cuenta qué es lo que pretendes que haga.

-Yo no pretendo que hagas nada. Yo solamente te conduje hasta aquí, adonde probablemente vayas a encontrarte de nuevo con Neftalí, que tiene mucha más paciencia que yo, y eso que yo soy muy paciente. Sólo me resta presentarte a tu nagual, y con ello daré por terminado mi trabajo.

-¿Presentarme a mi nagual? ¿Qué diablos significa eso?

-Sólo eso, no es para tanto. Es algo que muchos mexicanos hacen hasta hoy día, claro que lo hacen con los escuincles, y no con grandulones como tú —aclaró entre risillas. —Ahorita mismo voy a hacerlo —continuó—; sólo debes concentrar tu pensamiento, respirar profundo y relajarte.

Contrariamente a lo que me indicaba, me agité casi hasta el paroxismo.

-Oye, oye, oye, oye... ¿vas a hacerte el pendejo hasta que me encabrone contigo? ¿Qué es lo que te pasa? Aquí no está tu mamita pa'cuidarte, así que espoléate y enfréntate contigo mismo. ¿Tanto es el miedo que te tienes?

-No tengo miedo de mí, sino de todas estas cosas que de buenas a primeras comenzaron a ocurrirme. Contigo, a cada momento tengo la sensación de que algo colosal está a punto de sucederme.

Mira, no es jactancia, pero claro que a mi alrededor siempre algo colosal está sucediendo. Al principio me asustaba igualito que lo haces tú, y aunque no quiero volver a un argumento que puede herir

tu orgullo, te aclaro que era casi un niño de pecho. Además, ¿qué podría ser más sorprendente que el hecho de que te encuentres aquí, en tierra de Aluxes? Déjate de boberías y concéntrate, o tu nagual se hará cargo de ti de la peor manera.

-Lejos de tranquilizarme, me inquietas aún más con eso que dices.

-Necesitas otro trago –dijo, y comenzó a manipular de nuevo su sombrero-cántaro. Me dio nuevamente de beber. El agua sabía dulce, aunque tenía un regusto fuerte; preferí no especular acerca de los contenidos que podían causar tal sabor, y como tenía bastante sed, acabé con toda la ración que Huitzilin había extraído. “Ándale, así se hace, mano” oí que me decía, con tono risueño. Tal vez haya sido el efecto placebo, o el hecho de que Huitzilin continuaba hablándome, la cosa es que casi inmediatamente entré en un estado de concentración inédito; claro que no hacía falta mucho para ello, por cuanto jamás había practicado esa clase de ensimismamientos. Estaba atardeciendo, y una brisa fresca comenzó a agitar el matorral en derredor y a promover pequeñas ondas en la verdeoscura superficie del agua. Huitzilin hablaba algo acerca de lo que ha dado en llamarse “globalización”, asegurando que se trataba de una pandemia tan dañina como no ha habido otra en la historia del mundo. Las huestes del Maligno siempre habían hallado en los diversos lenguajes humanos el mejor vehículo de infección, y ello debido a que su propia estructura autorreflexiva apartaba al hombre cada vez más del contacto con el fenómeno “real”,

reduciéndolo a una ínfima cadena de interpretaciones y generando de este modo un espacio virtual alternativo, en el que su vida se consumía encerrada en una tumba con apariencia de oasis. Algunos pueblos del lejano oriente habían estado muy concientes de esa trampa, pero cada vez quedaban menos individuos capaces de evitarla. Los Mayas y los Mexicas también habían estado concientes de ella, pero el violento choque con la cultura europea –y sobre todo con los demonios que traían adheridos a su esencia– había desviado cada vez más el espíritu de aquellas gentes hacia el mercantilismo y la avaricia, así que lo que en un principio era considerado como un don de lo Alto fue transformándose en mercancía de curanderos y hechiceros, ello hasta el punto que casi nadie ya era merecedor de semejantes favores. Sólo lo eran unos pocos, los que por ser cada vez menos, eran más poderosos, a resultas de una simple razón de equilibrio. De pronto su tono cambió, o tal vez fue que percibí la energía que confería a sus palabras, casi como de animosidad, cuando me dijo:

-Tú tienes la oportunidad de ingresar en ese grupo privilegiado, so cabrón. Y sin embargo andas haciéndote el pendejo todo el tiempo. ¡Eres feroz! ¡Eres serio! ¡Tu mirada es capaz de intimidar a los dioses! ¡La tierra tiembla a tu comando! ¡Eres la bestia que habita en la base de todos los impulsos! ¡Eres la encarnadura terrestre del propio Cóatl! Eliseo Blanchard, pequeño bastardo, sólo ten en cuenta lo que voy a decirte: no temas a tu nagual, o él mismo se

encargará de aniquilarte. Está ahicito nomás, a tu izquierda, como corresponde.

Me volví lentamente y pude ver, a escaso medio metro de donde me hallaba sentado, una serpiente de cascabel de excepcional porte. Me sorprendí de no quedar congelado por el espanto, sólo sentí aquella genuina sorpresa por la ausencia de temor. Unos momentos después pensé que tal aplomo se debía al hecho de que sentía una gran identificación con aquel ofidio, que me devolvía una mirada plena de ancestral potencia. Su crótalo estaba enhiesto pero quieto, y por ende silencioso. Siguiendo un impulso, y a contrario de cualquier pauta racional que me hubiese sustentado hasta ese momento de mi vida, estiré el brazo y la acaricié. Se deslizó un poco, como ofreciéndome mejor la superficie escamada de su piel, y luego comenzó a enrollarse en mi brazo. Durante un momento tuve un reflejo de temor, si se quiere atávico. Fue cuando me mordió. Sentí la punzante laceración de sus colmillos en el pliegue de mi codo, y no tuve reflejos ni voluntad que me apartaran de sus fauces. Todo discurría como si hubiese estado sucediéndole a otra persona. Mi visión cambió de repente, y supuse que el veneno comenzaba a surtir su efecto. La oscuridad creciente no desdibujaba detalle alguno del contorno, era capaz de ver hasta mínimos detalles que unos cuantos segundos antes no había podido. Quise volverme hacia Huitzilin para comentarle lo que estaba experimentando, pero sólo fui capaz de ejecutar un movimiento deslizante, que parecía generado por mi zona ventral. Sentí un cosquilleo en mi

coxis, y la reacción correspondiente produjo el inequívoco sonido de los crotálidos. Mi mente seguía siendo la misma, pero mi cuerpo era el de una serpiente; o quizá deba decir que era el de la propia serpiente que acababa de mordirme, porque no habían quedado por allí vestigios de ella, como tampoco de mi humanidad. El pequeño Huitzilin lucía ahora muy alto, desde mi nueva perspectiva. Y sonreía, lo que de alguna forma me tranquilizó. Podía sentir el calor de su cuerpo en alguna parte de mi rostro, fuera éste humano u ofídico. Una urgencia repentina me llevó a internarme en el chaparral. Hallé exquisita la sensación de la tierra deslizándose debajo de mi vientre, y sentí también que desde siempre había estado allí, serpenteando por esos exuberantes chaparrales y selvas. Un ansia tremenda me compelia a seguir reptando, a seguir ejecutando aquel modo de traslación que, paradójicamente, me resultaba a la vez tan inédito como inherente a mi esencia.

Finalmente fui capaz de reconocer la urgencia que me apremiaba, que no era otra cosa que hambre, ese móvil tan primario y determinante de la vida orgánica de este lado de la eternidad. Otro vaho cálido llegó desde mi izquierda; lo percibí sinestésicamente, porque si bien se trataba de una sensación táctil, la procesé de un modo que incluía elementos olfativos y visuales, en una especie de gestalt que me resulta imposible traducir a palabras. Reduje mi velocidad y a poco vi un ratón, a su vez afanado por la propia necesidad de alimento. Me acerqué lentamente, sentí la poderosa fijeza del acechador, el tenso sigilo del ca-

zador implacable, y caí en la cuenta de que jamás me había sentido tan vivo, tan intensamente vivo. Como accionado por un resorte, me abalancé, de fauces abiertas, sobre el desavisado roedor; hundí mis colmillos en su blando cuerpo, sentí su piel en mi boca, y también mi profusa eyaculación de ponzoña. Luego lo solté, y apenas si fue capaz de dar unos cuantos pasos dubitativos antes de comenzar a sacudirse en estertores de muerte. Estaba aún con vida cuando lo engullí con verdadero deleite. A continuación me enrollé debajo de un arbusto, y me quedé dormido.

Mis penurias comenzaron al despertar. No desperté en casa, como cualquier noción de continuidad hubiera exigido para interpretar de una manera razonable la extraña serie de eventos que había experimentado, sino que lo hice en el chaparral, boca abajo. Y eso no era lo peor; lo peor era esa angustiada sensación de tener atascado un denso bolo alimenticio en el esófago. Sentí tanto asco que grité, mientras me incorporaba. Tragué y tragué saliva, esperando aliviar en algo la repulsiva sensación, pero fue en vano, o incluso peor. Llamé en voz alta a Huitzilín, pero al parecer no estaba por allí. Eché a andar, sin saber hacia dónde, tropezando una y otra vez con los arbustos, experimentando terribles náuseas a las que no quería dar curso por cuanto lo peor que podía figurarme era regurgitar o vomitar un ratón apenas comenzado a digerir. Tampoco me hacía feliz tenerlo ahí dentro, con la perspectiva de una digestión tan penosa como nunca había atravesado en mi vida; o

pensar en el eventual daño que los huesos podían llegar a infligir a un aparato digestivo no apto para tal tipo de degradaciones y asimilaciones. Presa de una angustia feroz, comencé a sentir lástima de mí mismo y a llorar profusamente, sin cuidado de los ruidosos gemidos y arcadas más que ostensibles en el silencio nocturno.

Me preguntaba una y otra vez qué diablos era lo que me estaba sucediendo, y la única respuesta que acudía a mi mente era que probablemente me había involucrado con hechiceros malignos, capaces de manipular la psiquis humana con resultados tan catastróficos como los que estaba padeciendo.

Continué caminando a los tumbos, hasta que percibí en la lejanía, al nivel del suelo, un par de luces blancas en movimiento. Parecía tratarse de los faros de un automóvil, tal vez pasase una carretera por allí. Caminé en esa dirección, pensando en que me resultaba cada vez más insostenible la hipótesis de que todo aquello fuera una pesadilla; si lo era, se trataba de una muy singular, puesto que me hallaba allí inmerso en mi corporeidad habitual más plena, y tanto la horrible sensación en mi esófago como la sed abrasadora que experimentaba, habrían sido más que suficientes para despertarme, en el caso que mi cuerpo hubiese estado en otra parte.

Finalmente llegué hasta un camino pavimentado y continué andando por la banquina, ahora sin todos los obstáculos que ofrecía el chaparral. A algún lugar debía conducir, aunque no tenía la menor idea de dónde estaba ni qué haría en caso de hallar

algún poblado. Lo primero era conseguir agua potable, la necesitaba. Después, todo dependería de las circunstancias, si es que conseguía clarificar alguna.

Vi algunos reflejos a mi frente, y me volví para divisar los faros de un vehículo que venía en mi dirección. Me puse de frente a las luces que se iban agrandando, mas no fui capaz siquiera de hacer señas al conductor. No obstante se detuvo. Era un hombre joven, de pelo corto y rizado y una barba oscura y espesa. Bajó la ventanilla y me escudriñó.

-¿Necesitas ayuda?

No pude responder. Sentí que temblaba de pies a cabeza, y a punto estuve de desmayarme.

-Ándale, súbete al carro. De veras que estás malo –me dijo, mientras abría la puerta. Al parecer, estaba en algún lugar de México. Me subí, y el joven aquél, luego de observarme durante algunos instantes, puso primera y arrancó. Yo inspiré profundamente, tratando de sobrellevar el mal momento físico que atravesaba, a lo que el piadoso conductor señaló:

-Oye, no vayas a vomitar aquí dentro, pos. Nomás me avisas y me detengo, ¿okay?

-Necesito agua –articulé con gran esfuerzo, en tanto expelía un eructo cuyos efluvios casi dan total confirmación a sus presunciones.

-Sólo tengo refresco de lima, ¿es igual?

-Sí, sí, lo que sea.

Se detuvo en la banquina, abrió lo que creo que era una conservadora de frío de telgopor y me tendió una lata. La tomé, tiré de la anilla y bebí con avidez. Casi instantáneamente, me sentí mejor.

Iniciando nuevamente la marcha, me preguntó:

-¿De dónde vienes?

-Eso es algo muy difícil de decir. Ante todo, muchas gracias.

-Pos de nada, güey, ya habrá ocasión en que puedas hacer algo por mí, y entonces quedaremos parejos.

-Mi nombre es Eliseo. Vengo de Argentina, pero que me lleve el diablo si sé cómo mierda vine a dar por aquí.

-Pues bien, “che”, yo soy Juan Carlos, encantado de conocerte. Y por la confusión, no te preocupes. Esa mierda del peyote, o los hongos, o lo que sea que has comido, es pura chingadera, pero al rato no más se pasa, pues.

-No he comido nada de eso. Sólo bebí agua de un cenote.

-Ah, bueno, pos entonces capaz te cagas en los calzones, “che boludo”. Te repito, sólo tienes que avisar y me detengo, pa’lo que sea.

-Gracias, Juan Carlos, ya me siento un poco mejor.

-¿Y pa’ donde vas?

-Como te dije, no sé de donde vengo, y mucho menos adónde tendría que ir, a no ser mi casa en Buenos Aires.

-Vaya jaleo. ¿Cómo es eso que no sabes de dónde vienes?

-¿Me creerías si te digo que estaba durmiendo en casa y desperté aquí? Porque algo como eso parece haber sucedido.

-Hombre, que me lleva la chingada. ¿De veras que no estás tomándome el pelo?

-Amigo, jamás haría algo como eso. Te juro que es la verdad.

-No sé qué decirte, che querido. De chamaco que vengo oyendo historias de brujos, y cosas como ésa, pero nunca fueron más que historias. Ahorita vienes tú y me sales con esto... ¿estás seguro que no anduviste zampándote unos cactus por ahí?

-Ya te dije, y sé lo duro que resulta creerlo. Yo mismo no acabo de hacerlo. Acá estoy, sin dinero, ni documentación, ni nada, en... ¿dónde es que estamos?

-Estamos yendo hacia Mérida. Más o menos en una hora estaremos por ahí. ¿Te cae de pasada?

-No lo sé, parece que da igual, dadas las circunstancias. Al menos en Mérida debe haber un consulado argentino, o algún lugar en el cual pedir que me regresen a Buenos Aires.

-¿Y qué vas a decirles? ¿Qué te dormiste en casa y apareciste acá? En tu lugar, yo me inventaría algo distinto, pues de no, van a sospechar algo raro y te las harán pasar de colores, güey. Mira, puedes sincerarte conmigo, no soy policía ni nada de eso... lo que quiero decir es que si hay algo atrás de esa historia rara que cuentas, puedes platicar tranquilo.

-Lo que hay detrás, me imagino que va a sonarte más raro aún.

-Pruébame, che querido, a ver...

-¿Has oído hablar de los Aluxes?

-¡Órale, cabrón, ésas sí que son pendejadas!

Algunos viejos se la pasan hablando historias d'esas, pero siempre son locos perdidos por la tequila, o peyoteritos que la van de brujos. ¿A poco crees que ha sido algo de eso lo que te ha pasado?

-Pasaba bajo un puente en Buenos Aires y se me apareció una especie de duende, mitad hombre, mitad animal; me dijo que era un Alux y unas cuantas cosas más, y luego, aparecí aquí.

-¡Pero que me lleva...! Oye, espero que no estés tomándome por menso, che.

-Por favor, te estoy muy agradecido por todo lo que haces por mí, y en función de eso es que te digo que nunca me atrevería a gastarte una broma. ¿Tengo aspecto de estar de broma, acaso.

-Pos eso sí que no, güey...

Se quedó meneando la cabeza, como incrédulo, pero no agregó nada. Pensé que se había arrepentido por haberse detenido a prestarme socorro, luego de oír una historia que apenas si le había esbozado. Pero no. Estaba cavilando una posible línea de acción.

-Pos mira, che... si me juras por tu madrecita que no me estás faltando a la verdad, creo que podría ayudarte.

-Ya me estás ayudando, y en cuanto a lo otro, te lo juro por lo que quieras. Si te desconcierta mi historia, imagínate cuánto más desconcertado estoy yo.

-Conozco un indio viejo, aquí en Mérida, que se la pasa hablando pendejadas de los naguales y de toda esa mierda de brujería. Tal vez te convenga más hablar con él que con los de migraciones, cabrón.

-Sí, creo que sería bueno. Tal vez así llegue a entender algo.

-Pero una cosa: yo sólo te marcaré la casa. No voy a quedarme a presentarte, y te pido que ni se te ocurra mencionarme. Pos no quiero tener nada que ver con asuntos de brujería ni cosas raras, puedes estar seguro, che.

-¿Puedo hacerte una pregunta?

-Sí, pues.

-Si no crees en ninguna de esas cosas, ¿por qué esa actitud tan cauta?

-Mira, mano, si tú fueras mexicano te hincarías ante la Virgencita de Guadalupe y le jurarías que sólo crees en ella y en el buen Jesús, pero igual te cuidarías muy mucho de todos esos diableros que andan chingando a la gente por ahí. Ésas no son cosas que un cristiano tenga que andar revolviendo, tú me entiendes.

-Creo que sí.

-Claro que a ti ya te chingaron, pues. Ahorita es cuestión de ver cómo te sales, mano.

Cuando llegamos a Mérida eran poco más de las 3 a.m., según el reloj de Juan Carlos. Me encontré observando una ciudad baja, de casas antiguas y muchas de ellas de un estilo que se me antojó colonial, si bien no conozco nada de cuestiones arquitect-

tónicas. Me sentía mucho mejor, ya no sufría del escatológico atragantamiento, solo quedaba la sensación, aunque tan leve que sospeché que se trataba de mera sugestión residual.

-Oye, che amigo –comenzó a decir Juan Carlos-, de veras que está del carajo que vayas a golpear la puerta del hechicero a estas horas, ¿no lo crees? – Y añadió, con tono socarrón: -Capaz te convierte en ajolote, o en algo peor.

-No lo creo –respondí, dispuesto a devolver la pulla. –Parece que tengo más facilidad para convertirme en serpiente de cascabel.

-Órale, güey, ves que algo te traes... cada vez me convenzo más que no es casualidad que andes buscando esa clase de vejestorios atontados por el peyote. Hasta hablas igualito que ellos. ¿Qué chingadera es ésta?

-El Alux que me trajo aquí me mostró a mi nagual, y era una serpiente de cascabel.

-De veras estás loco. Y es una lástima, porque parece que eres un buen chamaco.

-No crees que nada de eso pueda ocurrir en la realidad, ¿no?

-Pos ni modo, güey. Ésos son asuntos de brujos y diableros. Capaz no es buena idea que te lleve donde el brujo, capaz debería dejarte en una iglesia pa'que te curen de toda esa mierda y te devuelvan a tu país. Ya me estás dando miedo, cabrón. Mi vieja siempre me dizque no ande llevando gente desconocida.

-Todas las madres suelen dar consejos como ése, y generalmente tienen razón.

-Pero no, che cabrón, no mi madre, mi mujer, que por aquí les llamamos vieja, pues.

-Bueno, es lo mismo.

-¿Dices que es lo mismo la vieja que la madre? Estás más loco de lo que creía, pues.

-Sólo en ese sentido; pero está bien, igual, no tiene importancia.

-Me ha dado tantito de hambre, che. Capaz voy a hacerte compañía un rato, hasta que sea hora prudente pa'ver al brujo. Ándale, te invito a comer algo.

-No tengo hambre, pero aceptaría una bebida.

-Vamos, cabrón, que quién sabe cuándo vas a tener otra oportunidad de echar algo a tus tripas.

-Eso es cierto, pero no creo que pueda comer nada por el momento. Con sólo pensar en comida, me vuelven las náuseas.

-Bueno, pos en ese caso, deberás mirarme mientras me tomo un atolito y algunas tortillas.

Llegamos a lo que parecía la plaza central, rodeada de edificios antiguos, muy vistosos y con muchas arcadas en fila que se me antojaron como de estilo árabe. Una monumental catedral de piedra de un color tipo arenisco con altas torres laterales presidía el centro cívico. Sobre una de las calles laterales de la plaza, debajo de una especie de vereda techada sostenida por artísticos pilares –que formaban las arquerías referidas-, había un café abierto. La noche era cálida, así que nos sentamos a una mesita ex-

terior, desde la que se podía ver la plaza, muy verde y arbolada, y parte de la catedral. Juan Carlos pidió sus vituallas, y yo otro refresco de lima, porque el que había bebido en el auto me había sentado muy bien, o al menos eso era lo que me había parecido.

-Ahorita vas a decirme la verdad –dijo de pronto Juan Carlos, entre bocados. –Esa aparición tuya, en medio de la nada, totalmente malo, no puede ser otra cosa que una excursión de mezcal, o algo por el estilo, che amigo. No pienses que voy a juzgarte, eres dueño de ver y experimentar lo que te dé la gana, pero creo que te he tratado lo suficientemente bien como para que te dejes de pendejadas y me digas la verdad.

Me quedé viéndole un momento, y el impacto de todo lo que me estaba sucediendo pareció haber hecho eclosión allí, en ese momento, y se me llenaron los ojos de lágrimas. A punto estuve de echarme a llorar a gritos.

-No hace falta que te apenes tanto, güey. Si no quieres, no me digas nada, no tienes obligación. Es sólo que...

-Ojalá pudiera decirte otra cosa, por horrible que fuera. Ojalá todo esto fuera una mentira, un mal sueño, una alucinación. Pero lamentablemente, no te he dicho nada más que la verdad. Para mí es tan difícil de creer como lo es para ti, con la diferencia que tú puedes irte a tu casa y olvidarlo todo. Yo no puedo hacer eso, aunque es lo que más querría hacer en este momento. Créeme, amigo. Hasta hace sólo unos cuantos días el mundo era para mí lo que es para ti,

mi familia, mi trabajo y las cosas propias de un muchacho de mi edad. Ahora todo se ha transformado en una pesadilla sin pies ni cabeza, en la que nunca acaban de pasarme cosas extrañas.

-Órale, pues, entonces sí que tengo una historia para contar a mis nietos. La noche que traje en mi carro a un chamaco que viajó de Argentina a Yucatán en un parpadeo... me gustaría conocer el final de tu historia, che amigo, pero me da como que voy a quedarme sin conocerla. Acabo mi atole y me voy, no vaya a ser cosa que los Aluxes o los brujos vengan a buscarte. O hasta puede que te conviertas en víbora ahorita mismo, no sé.

-No hace falta que me chancees, tampoco.

-No estoy bromeando; de veras que te creo, o al menos creo que crees lo que dices, aunque me cueste creerlo. ¿Se entiende lo que quiero decir?

-Sí, se entiende. Y también se entiende que quieras desaparecer. Yo en tu lugar hubiera sido menos paciente, cosa que por supuesto, también te agradezco.

-Eres un buen chamaco, che amigo. Es una lástima que te anden dando tantas chingaderas. Si hasta te diría adónde encontrarme más luego, si no estuviera temiendo que se me vaya a llenar la casa de espíritus, naguales y yerberos... y ahorita sí estoy de guasa, pero sólo lo hago pa'cortar tu pena. No sé, pero me da como que tendrías que tomarte las cosas como vienen, güey, solucionar los problemas y dejar todo atrás. Eso es lo que haría yo en tu lugar.

-Ten por seguro que es lo que haré en cuanto pueda. O en cuanto me dejen, mejor dicho.

-¿Cuándo te deje quién? ¿Los Aluxes?

-Sí, y algunos otros individuos.

-Entonces hay una parte que no me has contáo, pues.

-Sí, tal vez más de una. Pero no creo sirva para algo que te las cuente.

-Quién sabe, che amigo, quien sabe...

-La cosa es que todo comenzó cuando conseguí trabajo.

-¡Ah, pero eres el más cabrón de los cabrones, güey! ¡Eres capaz de hacer milagros antes de echar mano al yugo, pues! —No pude menos que reír ante tamaña acusación, plena de histrionismo.

-No, se trata de otra cosa. Me dio trabajo un tipo extraño, que me mandó a hacer un recado a la Provincia de Misiones, y allí comenzaron las cosas raras.

-¿Acaso ese “tipo” extraño es brujo?

-No lo creí en el momento. Ahora no lo sé. La cosa que ya en Misiones comencé a oír voces, y a vivir experiencias extrañas. Luego, el viejo desapareció, y después pasó lo que ya te conté.

-¿Y cómo dices que se llama, ese viejo?

Una luz de alarma se activó en mi cerebro. Tal vez el Juan Carlos ése no era tan inocente como se mostraba, y me estaba haciendo el cuento. No había mayor indicio de que así fuese, pero la pregunta me pareció fuera de lugar.

-¿Por qué te interesa saberlo?

-Oye, no te pongas a la defensiva. Tienes razón, no es mi asunto, y tal vez me convenga no saber más nada de él. Yo decía nomás porque si apareciste acá, tal vez el viejo ése también ha estado; y tú sabes, he vivido toda mi vida en Mérida, conozco a mucha gente, y a muchos extranjeros también.

-Tiene un nombre raro. Se llama Neftalí –ténté.

-Neftalí, eh... –su rostro adquirió una expresión grave. Entrecerró sus ojos, como si hubiera estado hurgando en su memoria, y luego añadió: -¿Es acaso un viejo chaparro, de ojos claros y barba blanca?

La intensidad con la que le clavé la vista le dio la respuesta, así que dijo, meneando la cabeza:

-Ya sabía yo que no debía meter mi hocico en semejante chingadera, claro que lo conozco.

Esta vez no pude contener un sollozo.

-Bueno ándale, sécate los mocos y déjate de pendejadas, que la gente va a pensar que somos un par de gays peleándose, pues. Voy a decirte todito lo que sé, pero antes deberás prometerme algo.

-Lo que sea.

-Que nunca dirás a nadie que hablaste conmigo... o mejor todavía, que te olvidarás de que existo. ¿Puedes hacerlo?

-Claro, dalo por hecho.

-No sé quién me manda a abrir la boca...

-Ya te dije, no te apures. Jamás diré que te he visto.

-Más te vale, güey. Yo no ando con yerbas ni hechizos, pero tengo una buena escopeta. Y si el zanate grita lo desplumo a perdigones.

-Ya te dije, no te preocupes.

-Ése viejo suele hospedarse en un hotel de la calle 60, que casualmente se llama "Los Aluxes"...

-Muy apropiado. No es casualidad, me parece.

-Bueno, como sea. Igual, no le hace. La cosa es que a veces me contrata pa'que lo lleve con mi carro a lugares medio raros, por eso me acuerdo.

-¿A qué lugares?

-A lugares donde nadie se apea, puedes creerlo. Me hacía detenerme en la mitad de la nada, entre acá y Quintana Roo, en lugares como el que tú apareciste... y se quedaba allí, yo no tenía que esperar. ¡Mierda, ahorita que lo pienso, siempre había algún cenote cerca!

-Se trata de él, sin duda.

-Yo pensaba que era un antropólogo, o alguno que quería ir por ahí a hablar con los campesinos, a hacer tarea social, que le dicen. Ahorita entiendo, pues. Ese viejo es brujo. Es él quien te ha traído acá, mano, vaya a saber mediante qué brujería. No vayas a mencionarme ante él, cabrón. Y te aseguro que no lo conduciré más a ningún sitio, de eso puedes estar seguro.

-Lo bien que haces. Trabajar para él puede arrojararte a situaciones tan azarosas como la que estoy atravesando yo ahora.

No sé qué cosa fue la que me indujo primero al pánico, si la voz a mis espaldas o la mirada aterrizada que hacia allí dirigió Juan Carlos, “¿Trabajar para quién?”, preguntó la voz, y se trataba, inequívocamente, de la del Profesor Neftalí Szrebro. Pasado el flash adrenalínico, me volví, pasmado, para ver al viejo desgraciado que mostraba todos los dientes en una amplia sonrisa. Juan Carlos y yo quedamos demudados por la sorpresa, así que Szrebro tomó una silla, la acercó y se sentó a la mesa.

—Dígame, por favor, de qué se trata todo esto —casi balbuceé, presa del estupor.

—Yo ya me iba —dijo Juan Carlos, mientras se incorporaba y hurgueteaba en sus bolsillos, probablemente en busca de dinero para pagar la cuenta.

—Tú no vas a ningún lado —lo conminó el Profesor, con mirada feroz y un tono autoritario como nunca antes había utilizado en mi presencia. Tal severidad provocó los efectos deseados, ya que el pobre Juan Carlos extrajo la mano de su bolsillo y volvió a sentarse, sin decir palabra y visiblemente turbado. — No era mi intención involucrarte, pero quién iba a decir que este “cuate” tuyo era tan bocaflloja como para decirte todo lo que te dijo, incluyendo mi nombre. Ahora es tarde para salirte.

—Oiga, espere —protestó Juan Carlos, con ciertas ínfulas recién recobradas, y ello ante la sentenciosa observación de Szrebro—, yo no estoy ni quiero estar involucrado en ninguno de sus asuntos. Yo no vi

ni oí nada, ¿entiende? Y, aclarado el tema, me largo de aquí, y ni usted ni nadie va a impedírmelo.

-Ciertamente, no voy a ser yo quien te lo impida. Pero todos aquí sabemos que los actores principales de este drama aún están entre bambalinas, y tal vez sean ellos quienes vayan a darte un dolor de cabeza si es que sales huyendo como rata por tirante.

-¿Acaso está amenazándome?

-No, sólo estoy previniéndote. Y no te la tomes conmigo, yo sólo soy otro títere.

Juan Carlos se incorporó, ahora bien decidido a marcharse, y le espetó, señalándolo con el índice:

-Esto es pura mierda, viejo. Yo me largo, y ni se le ocurra hacer ninguna brujería en mi contra. Se lo advierto, señor, soy pacífico, pero si se pone cabrón, pues lo convertiré en alimento para buitres.

Dicho lo cual, dio media vuelta y se marchó. Szrebro me miraba sin dejar de sonreír.

-Bueno – dijo al cabo-, parece que voy a tener que hacerme cargo de la cuenta. Porque tú no trajiste dinero, ¿verdad?

-No me gusta nada el tono que está adoptando, Profesor. Me ha hecho pasar por el infierno, y aparece por aquí muy ufano, haciéndose el gracioso y jugando al enigmático. Necesito explicaciones, y las necesito ya.

-¿Quieres que te explique, por ejemplo, cómo fue que estabas debajo de un puente de ferrocarril en Buenos Aires y luego te encontraste aquí?

-Sí, por ejemplo.

-Bueno, que me cuelguen si lo sé –dijo, y rió estentóreamente.

-¿Y cómo es que sabe que sucedió, entonces?

-Ah, pues eso sí puedo responderte. Huitzilin me dijo que iba atraerte de esa forma.

-Todo esto no tiene ningún sentido.

-No lo tiene, ¿verdad? Entonces no te vuelvas más loco tratando de explicarlo. Más vale preocúpate por lo que vendrá, que quizá sea más arrevesado aún.

-¿Cómo pretende que pase por una situación como esa y no trate de explicármela? Mi mundo entero, mi propia cordura depende de ello.

-Puede ser que tu mundo, o el mundo, dependa de varias cosas, que incluso pueden parecer ínfimas; seguramente has oído hablar del efecto mariposa, ¿sí? Bueno, eso. Y en lo que hace a tu cordura, no te apures, porque jamás podrás perder lo que nunca has tenido.

-No puede decir una cosa así tan livianamente...

-No, pero sin embargo sé muy bien lo que te estoy diciendo. Lo que luchas por mantener en pie es el consenso articulado por una humanidad deficiente, atormentada por los seres oscuros del inframundo. Cordura, en cambio, es poder ver esa zancadilla y evitarla. Pero tal vez aún no estés preparado para darte cuenta de los alcances de lo que acabo de decir.

-Puede decir cuanto quiera, Profesor. Yo sólo pretendo volver a casa y dormir durante un mes seguido, para luego recordar todo esto como una horrible pesadilla.

-Te entiendo, pero no te justifico. Te entiendo porque fue algo muy parecido lo que le dije a Huitzilin hace ya muchos años, cuando vino por mí. Pero no te justifico por cuanto ambos, él y yo, nos hemos esforzado por hacerte entender que no es momento de comportarse como un niño llorón, sino de plantarse ante el mayor desafío que puede enfrentar un hombre, al menos que yo sepa. Y ni él ni yo te hemos medido en esto, así que estás empezando a agotar nuestra paciencia.

-Ah, ¿no? ¿Y entonces quién fue el que me metió en esto, a ver?

-Ya te lo dijo Huitzilin, ha sido el propio Tezcatlipoca, que sopló tu boca en San Ignacio. Aunque sospecho que hay alguien más detrás de él, pero claro, eso queda en una esfera tan lejana que ni siquiera me atrevo a especular. Por eso te digo, agárrate los calzones y hazte cargo de tu misión, porque no hay manera de esquivarle el bulto. Igual que le sucede a tu amigo Juan Carlos, que ahí vuelve –dijo, señalando hacia mi derecha con un movimiento de su cabeza. Me volví y lo vi regresar, con el pánico reflejado en su expresión.

-Me lleva la chingada –dijo, y se sentó. Luego, mirando con fiera a Szrebro, añadió: -Pero yo solamente soy el chofer; queda claro, ¿no es así?

Szrebro no le respondió, sino que se dirigió al camarero:

-Por favor, tráiganos tres Palomas de Jimador. Parece que los muchachos necesitan un trago.

Nunca supe qué fue lo que le ocurrió a Juan Carlos en el breve lapso que medió entre el destemplado abandono que hizo de nuestra mesa y su regreso; lo que sí me pareció evidente es que debía haber sido forzado a reunirse con nosotros por alguien o algo sin duda terrible, tanto como para anular la determinación que había mostrado de mantenerse lo más lejos posible de Szrebro y sus “brujerías”. Luego de beber unas copas, éste le indicó que podía marcharse, porque no necesitaba saber más de lo que yo imprudentemente ya le había comentado, y agregó que él lo contactaría cuando fuera tiempo, y que se quedara tranquilo, que solamente iba a oficiar de chofer, tal como reclamaba.

Luego caminamos hasta el hotel, que quedaba a unas pocas cuadras de allí. Entramos a un hall muy amplio, Szrebro pidió la llave de una habitación en el segundo piso y allí fuimos. Se trataba de un cuarto pequeño, con una cama de dos plazas y otra simple. Junto a la ventana había un voluminoso escritorio de madera oscura, casi fuera de lugar para un cuarto de hotel, cubierto por libros y papeles del Profesor. Me arrojé en la cama simple, verdaderamente exhausto, y le dije:

-Me convertí en una serpiente de cascabel.

-No te convertiste en nada que ya no fueras.

-¿Acaso insinúa que siempre he sido una serpiente?

-En cierta forma, sí. Y quiero aclararte algo: estamos en una carrera en la que el tiempo reviste

una importancia enorme, lo que no nos da margen para discutir lo que ya sabes pero te niegas a asumir.

-¿Cómo puede pensar que sé cosas que superan mis fantasías más febriles?

-Primero, tu fantasía no es un punto muy alto para matar, mi amiguito. Segundo, por más estúpido que seas o que quieras parecer, ya Huitzilin te explicó todo en el cenote. Tu nagual es serpiente, ¡qué extraordinario! Es hora de que olvides cuanto te hayan dicho tus padres, maestros y profesores, y te pongas a la altura de cualquiera de los niños mayas de por aquí, a quienes cuando les es presentado su nagual, no se les ocurre ponerse a pensar que no puede ser real porque no está incluido en la currícula de su escuela.

-Si fuera tan fácil, todo el mundo sería consciente de cosas como esa, y sin embargo, la mayoría no lo es.

-Claro, pero lo que no tienes en cuenta es que eso se debe a los seres del inframundo, que han contaminado el juicio de los hombres hasta este nivel ya casi terminal. Si no fuera por ellos, muchas de esas cosas serían así de fáciles. Y ésta es nuestra lucha: recuperar la conciencia de nuestro género para que alcance los fines para los que fue creado.

-Ese discurso no sólo me suena delirante, sino también mesiánico.

-Respecto de eso, sólo puedo decirte lo siguiente: un mesías legítimo jamás se siente tal. Es nada más que un simple individuo, pero con una tremenda misión que cumplir. No se jacta, pero tampoco se lamenta. No pide ni da tregua. Su vida y su muerte

no le importan en lo absoluto, ni siquiera le importa su misión, lo único que le importa es su lucha. Así instruye Krsna al guerrero Arjuna en el Gita. Nosotros debemos luchar por la causa de Dios, que es la causa de la conciencia. Los resultados de nuestra lucha nos exorbitan desmesuradamente, y serán elaborados luego en las esferas que corresponda. Querer ver más allá de esto no solamente confunde, sino que incluso paraliza. En este momento está abriéndose el segmento más importante de tu existencia, así que no sigas confundiéndote y pelea, que es lo único que allá arriba están esperando que hagas.

-¿Y qué se supone que debo hacer?

-Bueno, esa es la pregunta que debías haber hecho, en lugar de todos esos prolegómenos con los que tratas de convencerte a ti mismo que eres un pusilánime, cuando no lo eres. Para explicarte qué tenemos que hacer, es necesario que previamente te dé algunas precisiones. Mi nagual personal es el quetzal. Tendremos que ir al Miquiztli Calacoayan (el portal del inframundo, ¿recuerdas?) y fusionar allí nuestros cuerpos energéticos para generar una figura ilusoria, pero de gran poder, que sea capaz de engañar al Maligno Hun Ahau, haciéndole creer que el buen Quetzalcóatl ha roto su hechizo. Entonces Tezcatlipoca aprovechará la distracción del Maligno para liberar al verdadero.

-Si por ventura llegase yo a pensar que algo como eso es posible, tenga por seguro que jamás me embarcaría en una empresa semejante.

-Tal vez necesites que te convenza como a Juan Carlos, ¿es eso?

-Oiga, ni se le ocurra.

-Entonces, déjate de lloriqueos, ya te lo dije. Eso es lo que están esperando que hagamos, y eso es lo que vamos a hacer.

-¿Y cómo se supone que llevaremos a cabo algo así?

-¿Recuerdas la poción que fuiste a buscar a San Ignacio?

Nomás oí su pregunta, sentí como que un abismo se abrió bajo mis pies. No era una rareza en sí misma, y menos teniendo en cuenta el contexto del discurso del Profesor; pero por alguna razón desconocida, tuvo un efecto devastador en mi psiquis. Tal vez haya sido porque, al margen de lo disparatado, el asunto parecía tener una coherencia interna que una parte de mí no solamente lo comprendía, sino que de alguna extraña manera lo hallaba plausible. Casi involuntariamente, dije:

-Esa mierda lo lleva a uno tan cerca de la muerte que es capaz de ver al señor del inframundo, ¿no es así?

-¡Bravo, amiguito! Existe algo en tu interior que está comenzando a hacerse fuerte, y eso es lo que te permitirá llevar a cabo tu lucha con éxito. Eso, exactamente, es lo que sucederá. Y si resulta, como seguramente lo hará, habremos ganado una batalla decisiva para el mundo humano. La luz de la vieja serpiente emplumada volverá a brillar y despejará

los ojos de millones de personas. Puede que así este mundo cambie lo suficiente como para no ser desechado al basurero cósmico.

-Espere un poquito. Aunque llegue yo a conceder que algo así puede suceder, le aseguro que no estoy a la altura de lo que se pretende que haga.

-¿Acaso te atreves confrontar tu limitadísimo juicio con el de Tezcatlipoca, que te ha señalado?

-No sé qué decirle, porque ni siquiera sé quién o qué es ese tal Tezcatlipoca, a no ser por lo que usted me ha dicho.

-Es más que suficiente, y si todo resulta como debe resultar, lo conocerás personalmente, y puede que te llesves una gran sorpresa.

-Eso sí que es fácil de conceder.

-Permanece tranquilo, trata de ponerte en paz contigo mismo y aguarda, que si hay algo que se cumple por sí mismo, e inexorablemente, es el destino.

Ya era de día cuando me dormí. Tuve algunos sueños extraños, pero creo que más que nada se debieron a mi estado de profunda sugestión. Desperté sobresaltado a instancias del Profesor, que me decía con tono urgido que debíamos marcharnos de inmediato, ello mientras preparaba apresuradamente su mochila.

-¿Qué pasa?

-Están aquí – dijo.

-¿Quiénes?

-Un par de demonios que se hacen pasar por turistas americanos. Andan detrás de nuestra pista, y ten por seguro que nos aniquilarán si les damos oportunidad.

Salimos raudamente de la habitación y nos dirigimos al vestíbulo. El aire huidizo que asumía el Profesor elevó mi ansiedad hasta niveles de pánico. Me indicó que lo esperase afuera, en tanto él iba a retirar el frasco con la poción de la caja de seguridad que había reservado al efecto. Luego de un par de minutos -que me parecieron siglos-, lo vi salir y nos fuimos de prisa, calle abajo.

-Esto precipita nuestros planes. No creo que sepan exactamente qué es lo que vamos a hacer, y tampoco que vayan siquiera a figurarse que iremos a meternos en la boca del lobo. Al menos cuento con eso, de otro modo estamos fregados.

-¿Quiénes son esos hombres?

-No son hombres, ya te dije, aunque lo parezcan. Son dos de los más terribles demonios del Mic-tlán, que andan desde hace siglos detrás de la pista de Tezcatlipoca por orden del propio Hun Ahau. No sé cómo, pero se enteraron de nuestra existencia desde tu viaje a Misiones. Por eso tuve que desaparecer repentinamente de Buenos Aires y luego traerte hasta aquí de la manera en que lo hice, y que te resultó tan dramática. Pero ya ves que están aquí, y eso no nos da tiempo a madurar nada. Debemos actuar rápida y decididamente.

-Profesor...

-No hay tiempo para eso, Eliseo –me interrumpió, a sabiendas que iba yo a dar nuevamente voz a mis dudas. –Estamos metidos en medio del baile, sólo nos resta bailar.

Continuamos caminando a paso vivo. De tanto en tanto el Profesor se volvía para ver si nos seguían, y yo hacía lo propio, con el corazón en la boca. Pero afortunadamente nada sucedió. Llegamos hasta un establecimiento llamado Café La Habana, a poca distancia de la plaza central, y ocupamos una mesa bien al fondo, para ofrecernos menos a la vista de transeúntes y clientes del café. Estábamos desayunando en silencio, sumidos en graves pensamientos, cuando llegó Juan Carlos, quien al parecer había sido convocado telefónicamente por Szrebro desde el hotel antes de salir.

-Bueno, cuates, díganme adónde los tengo que conducir y luego nos despedimos sin rencores ni recuerdos, ¿okay?

-No tan rápido, mi amigo –le respondió el Profesor. –Debemos actuar con rapidez pero sin perder el aplomo. Y respecto a tu rol (el de conductor, digo, que parece caerte tan pesado), si no fueras tan necio quizás tendrías oportunidad de enorgullecerte de la tarea que estás por llevar a cabo.

-Más que orgullo, me caerían bien unos cuantos dólares americanos, pues. Con el orgullo no le pongo gasolina a mi carro, señor.

-Ves, así está el mundo hoy día –me dijo Szrebro.

-El mundo está como está –señaló Juan Carlos, airado-, y no hay una pinche cosa que uno pueda hacer para cambiarlo. Toda esa cuestión de la brujería me tiene tantito cansado; por mi parte, no veo la hora de despedirme de ustedes y dejarlos pa' que se los chinguen los diablos que les da por ir a fastidiar.

-Lo que es nosotros, vamos a luchar contra esos diablos que en realidad es a ti a quien fastidian, haciéndote creer que la sal de la vida es un carro lujoso, un par de botas texanas y un sombrero de vaquero que te ayuden a parecerte a esos gringos que se aprovechan de ti y de tu gente. No tienes historia, no tienes honor ni dignidad, pero bueno, no es tu culpa.

-Todo eso que dice vale madre. El honor, la dignidad, y eso, son palabras, o en todo caso, son cosas que dependen de que uno pueda comprarlas, como todo lo demás.

-No tenemos tiempo para discutir eso ahora. Tal vez en otro momento, quién sabe.

-No, señor Profesor. No necesito ni quiero que me enseñe nada. Si hubiera querido ser brujo me hubiera buscado un maestro indio, no un gringo que toca de oído.

Szrebro sonrió, y no acotó nada. Juan Carlos quedó un poco turbado por lo que había sonado como un exabrupto, y -creo que más que nada para cortar el silencio que se produjo-, preguntó si tenía tiempo para tomar un café, el que le fue concedido.

-Sabe qué pasa, don Neftalí –comenzó a explicarse-, la cosa es que siento miedo de que me ocurra

*tantito de lo que le ha andado pasando a este chama-
co, por andar metiéndose en sus jaleos.*

*-¿Qué pasa con la joven generación? ¿Acaso
ya no hay más ideales, ni coraje, ni pasión? ¿Sólo
miedo y avaricia?*

*-Es fácil ser corajudo cuando uno tiene la vi-
da hecha, como usted. Dicen que cuanto más viejo es
uno menos le teme a la muerte.*

*-Como soy viejo, estoy en condición de decirte
que es preferible mil veces la muerte a estar muerto
en vida.*

*-Ya ve, esas cosas de poeta que dice suenan
muy lindas, fíjese, pero no son pa'andar atendiendo
cuando uno tiene que procurar el maíz y el frijol pa'
la familia, pues.*

*-Para eso estamos luchando. Para que la vida
no pase por las tripas sino por el espíritu.*

*-Hasta donde yo sé, sin tripas no hay espíritu,
señor.*

*-Hasta donde tú sabes, claro. Puede que des-
pués de este viaje sepas un poco más, y la cosa te re-
sulte diferente.*

*-Ve, dice otra cosa como ésa y me voy a casa
aunque venga a buscarme el mismísimo Satanás.*

*-Él ya te ha encontrado, a ti y a la mayoría de
los que ves por acá. Lo que estamos intentando hacer
es ayudar a la gente a tomar conciencia de ello. Ésa
es nuestra lucha, y como te dije, deberías estar orgu-
lloso de participar de ella, aunque sea en una función
secundaria. Quiero que lo sepas, para que algún día
puedas enorgullecerte sanamente de lo que estás por*

hacer. Eso es todo cuanto es necesario que sepas. Ahora vámonos, antes de que sea demasiado tarde.

Anduvimos tres o cuatro horas por una ruta en pésimas condiciones, atravesando de tanto en tanto pequeños poblados en los cuales vendían artículos regionales, telas estampadas con motivos aborígenes, alfarería y cosas como esas. Hacía mucho calor, así que nos detuvimos en uno de ellos a tomar un refresco. Fue entonces que Szrebro dijo que debíamos salirnos de la ruta, tomado una huella de tierra hacia el sur.

-Nunca tomé por ese camino, hombre –protestó Juan Carlos-, pero se me hace que debe terminar por ahicito, nomás. Mire lo que es... si así empieza, no quiero pensar cómo sigue. Puede que rompa los elásticos del carro, pues.

-Voy a darte lo suficiente para comprar un carro nuevo, así que déjate de tonterías y toma por donde yo te diga.

-Ahorita sí que está hablando de modo que lo entiendo, jefe. Estoy pa'lo que guste mandar, pues. ¿Y qué pasa contigo, che? ¿Te han comido la lengua los lagartos?

-Yo sólo quiero terminar con esto y volver a casa -respondí, fastidiado.

-Pues entonces estamos parejos, güey. Sigámosle la corriente otro rato al buen hombre y ya. Claro que me temo que si se la seguimos tantito, nos puede arrastrar quién sabe a qué tormenta, pues.

-La tempestad ya se cierne. –Señaló Szrebro con gravedad, y añadió: -Yo solamente estoy tratando que no arrase con todo.

La huella de tierra en medio del chaparral era realmente precaria, lo que nos obligó a viajar casi a paso de hombre durante muchos tramos. El calor se hizo insoportable, pero por suerte a eso de las cinco de la tarde comenzó a oscurecer, cosa que me sorprendió, hasta que me explicaron que era lo normal en aquellas latitudes y en esa época del año.

-Órale, cabrones, ¿y cómo voy a hacer a la vuelta, pa' ver el camino mierdoso éste en la oscuridad?

-Bueno, puedes esperarnos en el carro hasta que amanezca y luego conducirnos de nuevo a Mérida –propuso el Profesor.

-Ni se lo sueñe, que voy a pasar la noche cerca de donde ustedes se van a poner a fastidiar a los demonios del inframundo.

-Anda, entonces, ve y cáete en medio del chaparral, así no sólo seguirás estando cerca sino que además tendrás que regresar caminando; y eso, si los demonios te dejan.

-Yó solo me meto en estas chingaderas. Ya te lo dije anoche, güey, mi vieja tiene razón cuando me dizque no deje entrar a cualquiera en mi carro.

-Ya estamos llegando. Deténte por aquí.

-Estamos en medio de la nada, jefecito.

-Estamos adonde tenemos que estar. Bueno, haz lo que quieras, entonces. Eliseo y yo tenemos que hacer nuestro trabajo.

-¿No se está olvidando de algo?

-Claro, por supuesto –Hurgó en su mochila, sacó una billetera de cuero bastante abultada y se la tendió. –¿Crees que esto es suficiente?

Juan Carlos fue separando los billetes con sus dedos, contándolos sin mayor precisión; no obstante resultaron ser tantos como para que respondiera:

-Ándele, jefecito, que casi me dan ganas de quedarme aquí a esperarlos, pues.

-Haz lo que te dicte tu conciencia, si es que aún tienes una.

-Buena suerte, che querido. Y cuídamelo al abuelo, que no se lo anden chingando los diablos del chaparral.

Entonces echamos a andar hacia el oeste, hacia la trémula luz del poniente.

-¿Cómo te sientes? –Me preguntó el Profesor.

-Mire, para serle franco, no me entra ni un alfiler por el culo.

-Sin embargo, no te has quejado ni has exteriorizado tus temores. Es más, como bien dijo el orate ese de Juan Carlos, casi ni has abierto la boca en todo el día.

-Eso es porque tengo la sensación de que nada puedo hacer contra las fuerzas que se han apoderado de mi destino. De nada me ha valido quejarme, gritar o llorar.

-Pasa que estás comenzando a ser el que se supone que eres. Tezcatlipoca tuvo razón al señalarte. Claro que las circunstancias no nos dieron tiempo para ponerte en forma acabadamente, pero igual estás demostrando estar hecho de buena madera. Ya falta poco, haremos nuestra representación ante Hun Ahau y luego todo será mejor. Y sobre todo, más descansado. No es grato a mi edad andar emprendiendo tareas como ésta.

-Está muy seguro de lo que dice, ¿verdad?

-¿Con respecto a qué cosa?

-A que vamos a enfrentarnos con ese tal Hun Ahau...

-Por cierto que lo haremos. Ya lo verás por ti mismo.

-Vuelvo a reiterarle que quizá no vaya a estar a la altura de lo que se espera de mí.

-Bueno, tal vez haya sido un error de mi parte el haberte inducido a hablar. Ya va de nuevo la mula al trigo... ahora mantén-te calmo, espera la acción para encabritarte, ¿vale?

-Según dice, vamos a enfrentarnos con el Señor del Inframundo; ¿cómo espera que mantenga la calma? Lo único que tengo para contrarrestar el pánico es una gran resignación. Es como si supiera que voy a morir, y a partir de eso nada queda para ganar o perder.

-Ésa es la actitud que corresponde al guerrero. Si sobrevives, como creo que va a suceder, jamás la olvidas. Esa actitud es la que abre las puertas de la eternidad.

-Todo muy lindo, Profesor, pero casi estoy tentado a parafrasear a Juan Carlos, cuando dice que usted poetiza.

-Los dioses hablan poéticamente. Este mundo es una maravillosa teofanía, y si no lo has advertido hasta ahora, es porque jamás te diste o te dieron la oportunidad. Es hora de que lo veas, sobre todo antes de un eventual encuentro con la muerte. Desde esta posición, el prodigio se hace aún más evidente.

Tuve una súbita certeza, más que nada de tipo emocional, que me indujo a percibir la maravilla de la existencia, y en medio de aquel chaparral volví a sentirme tan vivo como lo había hecho en ocasión de tomar contacto con mi nagual. Tuve, además, la sensación patente de que podía volver a mi ser ofídico con tan sólo proponérmelo. Mientras caminábamos con mayor dificultad a cada paso –debido a la luz menguante y a que el chaparral poco a poco iba adquiriendo características selváticas-, Szrebro continuaba hablándome:

-En este extraordinario lugar, donde otrora floreció la cultura más trascendente en cuanto al manejo de la conciencia, hay varios portales hacia diferentes modalidades del ser. Muchos de ellos son conocidos solamente por algunos pocos iniciados, y con toda seguridad existen otros completamente desconocidos. Por aquí está la entrada al mundo de los Aluxes y a otros reinos de conciencia, entre ellos uno al cual se retiraron los sabios Mayas cuando los demonios encarnados en los europeos hicieron tambalear su mundo. También está la vía de acceso al Mictlán,

el inframundo gobernado por el Maligno Hun Ahau, como ya te dije. Esta planicie yucateca es como un queso gruyère, hay agujeros de entrada y salida a montones de realidades paralelas, muchas de ellas indescriptibles.

-A tenor de las cosas que he estado experimentando últimamente, poco y nada me cuesta creer en lo que está diciendo. Lo que sí, la empresa que estamos planeando llevar a cabo me sigue pareciendo desmesurada. ¿Qué le hace pensar que un par de individuos como nosotros, sobre todo como yo, podemos ser capaces de engañar al señor del averno, al más grandioso de los embaucadores?

-Si fuésemos nosotros dos solamente, estaría en un todo de acuerdo contigo, y jamás intentaría algo como esto. Pero no olvides que Tezcatlipoca está con nosotros, él es quien ha urdido el plan, y quien nos asistirá en cada faceta de la representación. Y realmente se trata de un asunto muy grave, dado que si fracasamos no habrá más oportunidades para el mundo humano. Téotl sacudirá la tierra de cabo a rabo para no dejar huellas de la simiente infectada por los seres oscuros.

-Y si tenemos éxito, seremos los héroes de una humanidad nuevamente encarrilada en las vías de la evolución, ¿es eso?

-No, no lo seremos. Los héroes de esta gesta son los mismos desde hace milenios. El máximo honor al que podemos aspirar nosotros, en caso de que actuemos impecablemente, es ingresar en las cohortes de esos míticos pastores de la humanidad.

-No es poca cosa, ¿verdad?

-Ni que lo digas. Hoy por hoy es el pináculo de lo que puede alcanzar un hombre. Pero si bien estamos cerca, también es cierto que estamos demasiado lejos. Entre tales honores y el abismo, media nuestra capacidad de sacrificio y de asumir una entereza inédita para ambos. Ves, en eso estamos iguales. Tanto tú como yo debemos echar mano a toda nuestra energía y coraje, para afrontar algo que exorbita las más febriles fantasías.

-No creo estar preparado para semejante encuentro, Profesor, usted lo sabe.

-Yo tampoco, pero es lo que debemos hacer, nos guste o no. Mira, figúrate que estás encerrado con un loco furioso en una habitación pequeña. Es él o tú, y en esas circunstancias, si te detienes a pensar si estás o no a la altura de lo que sea, te mueres. La situación que vamos a afrontar es idéntica. Aquí estamos, a suerte o verdad, a matar o morir, y eso es lo único que cuenta. Así que te invito a que acalles tus pensamientos y te prepares para una contienda en la que lo mejor de ti garantiza apenas una mínima posibilidad de triunfo. Para salir airoso, es menester que te espolees incluso más allá de tus fuerzas. Cosa que seguramente ocurrirá, porque cuanto más límite es una situación, cuanto más en juego está el propio pellejo, mayores son las capacidades inconcientes que se despiertan. Pero basta de cháchara. Mira aquel montecito, ¿lo ves? Allí, debajo de esos árboles y arbustos, está la caverna fatídica, el Miquiztli Calacoayan al cual estuvo encadenado Tezcatlipoca antes

de romper el yugo al que Hun Ahau lo había encadenado.

Llegamos a la formación vegetal que el Profesor había señalado, y a continuación atravesamos con gran dificultad una maleza tan tupida que parecía haberse cerrado allí a efectos de mantener apartado a quienquiera que deseara aventurarse al interior de la tétrica caverna, cuya boca resultó ser la negrura misma. Szrebro me indicó por señas que guardara silencio, e ingresó, tanteando en la oscuridad. Lo tomé del cinturón y seguí sus pasos, con la certeza interior de que mi vida no volvería a ser la misma luego de atravesar ese fatídico portal.

Luego de unos cuantos pasos ya en el interior, se detuvo y se sentó, apoyando la espalda en la pared de la cueva. Hice otro tanto, y entonces me dijo, en un susurro casi imperceptible:

–En este lugar se respira maldad, ya lo habrás advertido. Por más que nos esforcemos, no tardaremos en resultar tan evidentes como anuncios luminosos, así que no hay tiempo que perder. –Noté que hurtaba en su mochila y luego manipulaba algo. A continuación me indicó: –Bebe esto, y déjame suficiente –mientras tanteaba con sumo cuidado en la oscuridad para asegurarse que el recipiente pasara de su mano a la mía sin riesgos. Lo llevé cuidadosamente a mi boca, y bebí. Aquel brebaje tenía un sabor por demás extraño, fue como si una energía eléctrica con regusto dulzón impregnara de pronto mis mucosas, incluso las de la nariz. Szrebro no esperó que le devolviese el frasco sino que lo tomó decididamente, toda vez que

había seguido con meticulosidad mis movimientos para evitar que el milagroso fluido fuera a derramarse. Lo oí beber a su vez, y luego me dijo:

-Nos vemos del otro lado.

No alcancé a preguntar al otro lado de dónde, ya que sentí como si un rayo hubiese impactado en mi cabeza, como si mi cerebro hubiese sido el electrodo que atrajo sobre sí una descarga cuyas proporciones me veo imposibilitado de describir con palabras. Ante semejante estallido energético, mi yo se vio diluido de una manera también harto difícil de graficar, de modo tal que experimenté como una fuga de partículas luminosas que se iban diseminando por la oscura caverna, y cada una de ellas era yo mismo pero desperdigado en infinitud de situaciones, pasadas y por venir. El tiempo y el espacio tal como lo había experimentado hasta entonces había cedido su lugar a esa profusión de experiencias que se volvían concientes en forma simultánea, y tuve la genuina impresión de que jamás iba a poder aglutinarme nuevamente en un solo cuerpo.

Hombres, bestias e híbridos poblaban aquellos múltiples ensueños en los que mi conciencia se desdoblaba. Mas no tenía tiempo de impresionarme u horrorizarme con elementos externos, por cuanto me hallara donde me hallase, mi cerebro, o el punto en el que se asentaban mis percepciones, restallaba en permanentes descargas energéticas, que me mantenían como al borde de la disolución final, en un maremágnum de algo así como cuerdas o redes que parecían ser la estructura de los diferentes mundos que estaba

atestiguando. Creí interpretar entonces qué era lo que Szrebro intentaba expresar cuando decía que la poción aquella lo llevaba a uno a la posición más cercana a la muerte que podía alcanzarse.

De pronto uno de aquellos episodios simultáneos ganó mi atención total. Del cráter de un volcán vi emerger una presencia majestuosa, de un poder tan irresistible que el más valeroso de los guerreros habría caído postrado ante su magnificencia. Lucía una máscara negra y brillante, supuse que de obsidiana, que le confería una expresión de gran ferocidad, y un peto igualmente oscuro y pulido, en el que se veía reflejado todo el valle, y en cuyo centro pude ver mi imagen, absolutamente insignificante con relación al marco natural y a la portentosa figura que lo espejaba. Permanecí inmóvil, aturullado, mientras la colosal figura comenzaba a descender por la ladera del volcán, haciendo temblar el piso a cada paso y generando un sonido como de truenos. No tuve dudas de que se trataba de un dios, y pensé que se trataba del propio Hun Ahau que venía a destruirme por mi osadía de hollar sus dominios. Cuando estuvo a unos veinte metros frente a mí -distancia desde la cual podía ya pisarme como a un insecto y que me obligaba a flexionar al máximo mi cuello hacia atrás para verlo-, me ordenó con voz grave y de una profundidad tal que pareció golpear en el medio de mi pecho:

-Híncate ante tu Señor, hombre serpiente.

Bajé la cabeza y caí sobre mis rodillas, sollozando, y esperando la muerte de un instante a otro.

-Crees que llegó tu fin, ¿no es así? No soy Hun Ahau, sino su más acérrimo enemigo. Soy el Señor del Espejo Humeante, Tezcatlipoca, el Negro. Ya has visto tu reflejo proyectado en mí, lo que implica que nunca más volverás a ser el mismo. Estoy aquí para templarte, para que no te deshagas como lodo ante la presencia del Maligno. Dentro de unos momentos todo dependerá de ti y del viejo quetzal, que en este momento está preparándose con otro de mis avatares, Tezcatlipoca el Rojo. Pero antes, y aprovechando que ahora eres capaz de ver tu vida en la totalidad de los planos en los que tiene verdaderamente lugar, te invito a que vuelvas a echar un vistazo a mi espejo.

Así lo hice, y vi la totalidad de mi vida terrena, y lo que pude ver de mi porvenir no me agradó en lo más mínimo. Mientras veía mi desgarrador futuro, oí que Tezcatlipoca continuaba diciendo:

-Huitzilin estaba en lo cierto, ¿verdad? Más vale que te comportes como un guerrero en la contienda que se avecina, de lo contrario volverás a tu miserable destino humano y no habrá fuerza en la eternidad que pueda redimirte. Ahora vamos –dijo, me tomó con sus inmensas manos y me depositó sobre su nuca, en tanto abría majestuosas alas de búho. Me así de un par de sus cabellos, gruesos como cuerdas en mi escala, y remontamos el vuelo. Todo volvía a verse como un sueño, o alucinación, por lo que me incliné a pensar que cuanto venía experimentando se debía más que nada a agentes psicotrópicos contenidos en las sustancias que me daban a ingerir. De cualquier

modo gocé mucho de aquel vuelo portentoso, en alas de un antiguo dios tolteca.

Sobrevolábamos el volcán cuando pude ver una formación equivalente, pero de color carmesí, que venía hacia nosotros, frontalmente. La velocidad de ambas se acrecentó, y me aterró al pensar que la colisión resultaría inminente. Antes del impacto, sentí un vacío en el estómago y a continuación un estallido tremendo, devastador. Pensé que había muerto, pero no. Al cabo de unos instantes de estupor sentí un peso en mis espaldas y la voz de Szrebro que desde allí me decía:

-Ahora estamos por las nuestras. Dirígete hacia el cenote adonde están nuestros cuerpos.

Intenté preguntarle cómo diablos se suponía que hiciera algo como eso, pero sólo conseguí emitir unos silbidos pifiados. Entonces comprendí que me hallaba otra vez en mi ser ofídico, con el quetzal sobre mi dorso, y comencé a reptar siguiendo mi instinto. Enseguida llegamos a la caverna, y en medio de aquella oscuridad cerrada advertí que una luz ambarina emanaba de nuestros cuerpos metamorfoseados. Y ella nos permitió ver cómo de la superficie del agua en el interior de la caverna comenzaban a fluir unas miasmas pestilentes, como si provinieran de licores quintaesenciales de las podredumbres más infectas. Luego emergieron alimañas tan repulsivas como jamás pudiera haber imaginado, que parecían observarnos expectantes. Poco a poco todo aquello se iba convirtiendo en una horrible pesadilla.

-No te agites –Me dijo el quetzal que se suponía era Szrebro. Quise responderle, pero de nuevo sólo pude proferir silbidos. –No intentes hablar, so estúpido. Simplemente piensa lo que quieres decir. Y recuerda en todo momento que somos Quetzalcóatl, de lo contrario Hun Ahau descubrirá el ardid en un instante.

Entonces se hizo presente una calavera, sus huesos rielaban en la oscuridad. Se desconcertó al vernos, tan así que dio un respingo, para luego sumergirse con premura en las profundidades del cenote.

-¿Ha huído? –Pensé. ¿O tal vez advirtió la trampa?

-Ése no era Hun Ahau, sino su secuaz Mictlántecuhтли, el descarnado señor de los muertos. Ni se te ocurra pensar que huirán de nuestra presencia, por más que el propio Tezcatlipoca nos esté asistiendo. Mictlántecuhтли ha ido a buscar a su jefe. La función central está por comenzar, es ahora cuando debes mantenerte en tus trece a como dé lugar.

Entonces todo se agitó, se formó un torbellino en las aguas pútridas y de su centro brotó la espeluznante imagen de Hun Ahau. Sus ojos amarillentos parecían concentrar toda la maldad del universo, sus fauces pobladas de enormes e irregulares colmillos chorreaban un líquido viscoso cuya pestilencia dañó severamente mi olfato. Roía y devastaba cráneos humanos con sus colosales garras como al acaso. Detrás de él, Mictlántecuhтли y una miríada de entidades fantasmales parecían a punto de abalanzarse sobre

nosotros. Me encontré presa de un horror tan grande que involuntariamente mi crótalo comenzó a sonar, mientras sentía la presión de las patas del quetzal en mi dorso, que parecían querer conminarme a conservar la calma.

-¿Qué haces aquí, bastardo? –Preguntó Hun Ahau, con voz atronadora. –¿Cómo te atreves a desafiar mi comando, para luego temblar como mujer asustada? ¿Acaso no estabas a gusto tapizando el trono del Mictlán? ¿O es que ya no me agradeces el haberte dejado lucir como la joya principal de mi corona? ¿Adónde debo arrojarte, para que dejes de hacerme perder el tiempo?

Tuve un arrebato de pánico tal que no me dejó mantener la fijeza en mi identidad divina, y no pude evitar la idea de que el ardid estaba funcionando. Sentí la furia del pensamiento del quetzal recriminándose con desesperación: “¡Eres Quetzalcóatl, estúpido!”, repetía, y allí la mascarada se vino al suelo. Pude ver la conciencia de Hun Ahau encenderse en el aberrante tono amarillento de sus ojos, y lo oí gritar:

-¡Ocúpense de este par de bribones!

Y se retiró con premura, seguramente a preservar el cautiverio del auténtico Quetzalcóatl. Mictlántecuhli y los espectros vinieron hacia nosotros. “Buena la has hecho, idiota. Ahora pelea, aunque más no sea para morir dignamente”, me decía airadamente Szrebro. Pero no pude. Mientras el bello e inofensivo quetzal arremetía hacia una confrontación sin esperanza alguna, y presa de una angustia terminal, repté hacia la salida de la caverna y me perdí en-

tre el follaje. No fui capaz de morir luchando; y una flaqueza tal, para colmo en semejantes circunstancias, no es algo que pueda quedar impune. De un modo u otro supe que la decepción que entonces infligí a quienes confiaron en mí, e incluso a mí mismo, ya de por sí serían suficiente castigo.

Pero en rigor, mi especulación no estuvo ni siquiera cerca de las calamidades que me esperaban, y ello con un grado de inmediatez imprevisible. Como emergiendo de una pesadilla atroz, sentí que alguien me asía de la nuca y me levantaba en vilo, brutalmente. Me sentía muy débil, y resoplaba desde el esófago tratando de apaciguar las náuseas.

-Hey, man, take a look at this... the human serpent, such an asshole.

-¿May I kill him, now?

-No, I've got something better for this little piece of shit...

Me llevaron uno de cada brazo y a los golpes, desandando el camino que había recorrido quizá unas cuantas horas antes con el desdichado Szrebro. Al vernos llegar, Juan Carlos se apeó del carro y se dirigió hacia nosotros, desavisado del peligro al que se estaba exponiendo. Y yo no tenía fuerzas para alertarlo.

-¿Pero qué es lo que ha sucedido, pues? -Preguntó, y fueron sus últimas palabras, por cuanto uno de los hombres que me traían a la rastra le descerrajó un disparo en pleno rostro. El estampido resonó en el chaparral nocturno. Luego me arrojaron al suelo y

pusieron el arma homicida en mi mano. A continuación sentí un pinchazo en la pierna. Víctima de una tremenda angustia, perdí el conocimiento.

*Allí comenzó la verdadera pesadilla, de la que aún no he podido despertar. Fui incriminado por homicidio, por intento de secuestro de dos honorables ciudadanos norteamericanos, por consumo de estupefacientes... además de mi condición de inmigrante ilegal. Desde esa posición, cuanto pudiera alegar en mi defensa no tendría peso alguno frente a las declaraciones de dos importantes empresarios americanos que pasaban sus vacaciones familiares en México. E-
llo, sin contar que mis argumentos sonaban tan delirantes que ni yo mismo podía a veces dar crédito.*

Pasé un buen tiempo en la Cárcel Municipal de Mérida, supongo que mientras decidían qué hacer conmigo, o si estaba loco o no; luego fui trasladado a una prisión del interior, en la cual me enteré del fallecimiento de mi padre, enfermo y agotado de deambular los pasillos de la burocracia argentina para conseguir que al menos me devolvieran a mi país. Mi depresión entonces adquirió proporciones macabras. Todo cuanto tenía para afrontar las penalidades del encierro eran recuerdos al cuál más doloroso, o acaso vergonzante. Pensé en quitarme la vida, mas evidentemente si de algo carecía era de coraje, eso sí que estaba demostrado con creces.

Ante todo interrogatorio me atuve a mi historia, aún a sabiendas que era insostenible, y hasta lle-

gando a admitir la posibilidad de haber alucinado algunos sucesos por probable ingesta de elementos psicotrópicos. Insistí en mi inocencia respecto del brutal crimen del pobre Juan Carlos, pero claro, quién podía creer algo a quien invocaba como inspiradores de sus actos a deidades del antiguo México... les hice saber que comprendía que podía resultar conveniente para mí aceptar que estaba loco, pero en mi fuero interno estaba seguro de que realmente había ocurrido algo trascendental, aunque ciertamente no era capaz de determinar sus alcances.

Pasado cierto tiempo la tesis de inimputabilidad fue creciendo al punto que las autoridades yuca-tecas encontraron razonable que sus pares argentinos se hicieran cargo del orate, así que me deportaron y fui a parar a la Penitenciaría de Loreto, Provincia de Misiones, vaya una casualidad. Mi estancia allí fue un poco menos terrible, pude ver alguna que otra vez a mi madre y a mi hermana menor -quien había tenido que deslomarse trabajando para compensar la magra pensión que les había dejado el viejo-, y ello gracias a la sensibilidad de algún funcionario de bienestar social que les consiguió los pasajes. Estando todavía allí me enteré de la muerte de mi madre, y recién volví a ver a mi hermana cuando me trasladaron al pabellón de inimputables del Neuropsiquiátrico Borda. Fue ella quien me convenció de adoptar otra tesitura, la de reconocer -aunque más no fuese de la boca para afuera- la demencia que me había impulsado a los actos criminales del pasado. Me esforcé por mostrarme lo más ecuánime posible, hablando de

mi pasado como si fuera un enfermo mental que de pronto había recobrado la cordura. Y lo hice más por mi hermana que por mí mismo, por cuanto ella había resignado su vida para trabajar hasta el agotamiento y así mantener el techo que la cobijaba, la casa de nuestros padres. Sentí que al fin tenía un objetivo, que era el de salir de allí y ayudarla a llevar su pesada carga. En el Borda hice un curso de encuadernación, y cuando por fin decidieron que ya estaba sano y había pagado mis deudas por el crimen de un ignoto yucateco -que a estas alturas a nadie le importaba ya un comino-, me dejaron libre, así que conseguí trabajo en una empresa gráfica e intenté dejar todo atrás, inclusive los recuerdos. Pero podrán colegir que hay cosas que por más que uno se empeñe, no son pasibles de balsámicos olvidos.

Poco después mi hermana, aliviada por mi contribución, tuvo algo de tiempo para sí y gracias a ello consiguió establecer por fin su propia familia, dejándome la casa paterna y un montón de recomendaciones. Y no queda mucho más que contar, salvo que me he vuelto huraño y grave, tal como me había dicho Huitzilin que iba a suceder, y como fui capaz de atisbar en el peto de obsidiana que me mostró Tezcatlipoca. Sólo me quedan un puñado de certezas, y unas pocas evidencias, como por ejemplo la falta de continuidad absoluta que dio lugar a mi aparición corporal en Yucatán. Eso me da la pauta de que algo realmente significativo ocurrió, de que tuve una oportunidad más que trascendental y fallé, huí como el cobarde que soy. No creo que pueda perdonármelo al-

guna vez, pero es tarde para lamentos. Aunque nunca es tarde para las culpas. Por las mañanas, cuando leo el diario y me entero del rumbo que está tomando la humanidad, no puedo dejar de pensar que las cosas quizá podrían haber sido distintas, y entonces mi ánimo oscila entre la culpa y el absurdo de un cierto mesianismo que a pesar de todo sigue contando al momento de sopesar las eventualidades. Eventualidades que por su propia esencia sólo son capaces de sumar más y más incertidumbre.

La batalla ancestral del bien contra el mal debe continuar en algún sustrato de lo real, que es mucho más abarcativo de lo que casi todos creen. Y lo peor del caso es que el mal está triunfando, sólo hay que mirar en derredor. Mi vida va languideciendo por pesares, frustraciones y oprobios, así que, luego de algunos años de hipocresía, he decidido dejar este testimonio como el sinceramiento final de un cobarde que teme incluso a las consecuencias de su inacción, esta mínima expresión de un aporte que pudo ser magnífico y terminó siendo poco menos que una crónica endeble e inconsistente, indigna de la menor credibilidad.

Apelo a que alguien con atributos anímicos mejores que los míos pueda encontrar el camino para hacer algo allí donde yo fracasé miserablemente. Esta esperanza y no otra cosa es la que me ha impulsado a verter mi experiencia en este texto, que hallará su camino si las fuerzas de lo Alto así lo disponen. A estas fuerzas les dedico mi vida miserable y mi prosaica muerte. No falta ya mucho para que vuelva a

enfrentarme con el horrible rostro de Mictlántecuhтли, el descarnado señor de los muertos. Y esta vez no podré salir huyendo como el maldito collón que me ha tocado en suerte ser.

Eliseo Blanchard dejó la lapicera sobre la mesa y estiró los fatigados músculos. Luego trató de concentrarse para determinar si había omitido alguna cuestión de peso en su escrito, pero advirtió que estaba demasiado cansado para ello. Eran cerca de las 2 a.m., así que se dijo a sí mismo que tal vez lo haría por la mañana.

Puso la pava al fuego, para cebar esos mates que poco a poco habían devenido en magro sucedáneo de una alimentación ya deficiente; y resignado, como decíamos al principio, comenzó a asumir en el cuerpo la voluntad de muerte. Tal vez Hun Ahau, en su alto grado de conciencia, fuera a reconocerlo como el idiota que pretendió engañarlo, y quizá también debido a ello su estancia en el inframundo prolongaría indefinidamente el escarnio. O tal vez hasta sería perdonado, quién sabe, por tantas ingenuidades y flaquezas, acaso pasibles de desdeñosas piedades. Mas toda especulación siempre lo conducía al mismo punto: el inframundo no podía ser mucho peor que éste, en el que los seres de la oscuridad trabajan cada vez más a sus anchas. Sintió que era sólo otro pez atrapado en la red del exterminio, sólo que conciente de ello. Pero eso no parecía constituir mucha ventaja que digamos.

Y después, cuando le sobrevino la cotidiana crisis de escepticismo, se puso a analizar -con la meticulosidad adquirida en miles de horas de encierro meditabundo- la tesis del muchacho drogado fraudulentamente por un par de locos y que alucinó mitologías paganas. Eso lo arrojaba al absurdo de una insania irredimible, por cuanto en todo caso ya se había llevado lo que pudo haber sido su vida real. Y lo que acababa de escribir, por ende, no era más que el testimonio de una psicosis, tal vez algo atípica y con cierto residuo ético -respondiente a imperativos de conciencia que desde cualquier punto de vista seguía hallando incontrastables-. Sí, iría con ese hato de papeles a ver a cualquier editor de revistas o de lo que fuere, para entregarle la "verdadera" historia de alguien que fue inculpado por un asesinato que no cometió y luego tenido por loco, para que los lectores puedan evaluar si acaso un demente puede dar forma a una historia como aquella.

Tomó unos mates, con la mirada fija en los recuerdos, y luego miró el manuscrito. La primera hoja se movía a causa de la corriente de aire que entraba por la ventana. Había trabajado bastante, no fuera cosa que se volaran y luego tuviera que perder tiempo ordenándolos. Tal vez en el cuarto de su hermana había quedado algún sobre de papel madera, o bandas elásticas, o algo con qué sujetarlas.

Ingresó y encendió la luz. El cuarto estaba tal y como ella lo había dejado años atrás. Eliseo sólo lo desempolvaba de tanto en tanto, para que cuando viniese a visitarlo pudiera quedarse, si quería. Abrió el

cajoncito del escritorio y no halló nada. Fue hasta el clóset, y cuando revisaba entre unos viejos pulóveres y otras prendas, sus manos tocaron un objeto duro. Lo extrajo. Era un envoltorio, que creyó reconocer y el corazón le dio un vuelco. Rompió los papeles con frenesí y allí estaba, la ocarina con forma de ave que le habían regalado de parte de un poderoso brujo. Presa de la emoción, con el objeto en sus manos y mirándolo estupefacto, retrocedió hasta la cama y se dejó caer sentado sobre ella. ¿Por qué su hermana nunca se la había dado? Claro, debía haber sentido temor de agitar lo que consideraba fantasías malsanas, así que la había escondido allí, y con el tiempo lo había olvidado.

Volvió al comedor con aquel objeto que por algún motivo le traía algo parecido a una esperanza, sensación que hacía años no tenía, y que en rigor de verdad nunca había tenido mucho. Se sentó a la mesa, y lo depositó a su frente. Cebó otro mate dulce y lo tomó, sin dejar de mirar la ocarina e intentando convencerse de la futilidad de albergar la menor expectativa por una simple flauta de barro, para luego no tener que decepcionarse.

Pero la ansiedad fue más fuerte; tomó la ocarina y -con la boca húmeda aún por la verde infusión-, procuró tocarla, mas sólo pudo extraerle unos cuantos sonidos sopladados e inarmónicos. *Ya ves, nada maravilloso ha pasado*, se dijo con amargura. No obstante insistió, y al cabo de unos intentos la flauta comenzó a prodigarle sonidos más agradables. Al menos tenía

algo con lo que divertirse, y quizá en el futuro hasta podría intentar hacer algo parecido a música.

Mientras sus dedos jugaban sobre los orificios en el dorso y vientre del ave de barro, se dio cuenta de que sus dolores, tanto mentales como físicos, habían cedido por completo, y eso sí que ya podía considerarse un prodigio. Redobló sus esfuerzos para hacer justicia musical a tales mejorías, y de veras halló resultados, traducidos en frases inspiradas y reiteraciones adornadas de sugestivas síncopas, que recaían sobre motivos que eran capaces de traslucir una extraña resonancia espiritual. Entonces se dijo que tal pericia no podía ser suya, que debía ser propia del fantástico instrumento. Continuó canalizando de ese modo el magnífico arte musical que le era dado ejecutar, hasta que sintió que volvían a él las fuerzas de la juventud, más plenas aún de lo que habían sido antaño. Era suficiente. Se incorporó, guardó la ocarina en el bolsillo de su overol y se dirigió al espejo del baño. Se miró sin encender la luz, al reflejo de la que llegaba desde el comedor, y vio que sus ojos habían recuperado el brillo, y las facciones firmeza. Sonrió, y se maravilló con la blancura de sus dientes en la penumbra; recordó lo que le había dicho Tezcatlipoca en aquel volcán acaso onírico, y supo que era mucho más que un hombre. Había visto lo que había visto, y había estado con quienes había estado, para bien o para mal, y eso ya nadie podía quitárselo.

Volvió al comedor, tomó su sombrero y se lo colocó, alardeando frente a sí mismo con cierto garbo

intimista. Salió a la calle, y caminó decidido por la Jean Jaurés hacia el puente del ferrocarril.

Al llegar, saludó con la mano a Huitzilín, que lo estaba esperando.

-Era hora, cabrón.

-Más vale tarde que nunca.

-¿Qué has estado haciendo todo este tiempo? ¿Leyendo refraneros, o qué?

-Estuve esperando que viniera a verme alguno de los viejos amigos que me dejaron solo en la estacuada.

-¡Pero si has sido tú quien dejó solo al pobre pajarraco para que se lo chinguen los demonios! Deberías ver cómo ha quedado, todo desplumado, pues. Te está esperando pa' darte las gracias personalmente.

-La he pasado mal durante todo este tiempo, Huitzilín...

-Lo sé, pero es que todavía no se ha inventado otra forma de purgar a la gente, para que pueda venir con nosotros. Y hablando de eso, ¿nos vamos?

-Ánda, pásale tú primero -lo remedó, e ingresaron al túnel. Del otro lado podía verse un resplandor extraordinario, pero esta vez Eliseo no se sorprendió. Su alegría, en cambio, era tan inmensa que gruesas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

-Sabes lo que pasa, mano, -dijo Huitzilín, en tanto se afanaba por seguir el paso de Eliseo, -lo malo que tienen los reptiles es que uno siempre tiene que andar esperándolos. Y pa' colmo, cuando llegan, salen como locos y se ponen a llorar como viejas.

